

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

**Carlos Fernando Morales Vera
Harol Marcial Castillo Del Valle
Mercy Tomasa Tigrero Figueroa
Rosa Antonia González De la Cruz
Shirley Paola Catuto Solano
Bertha Elizabeth Vera Rodríguez
Mónica Yiomar Tumbaco Muñoz
Dennys Mauricio Panchana Yagual
Mariana Noemi Medina Suarez**

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI



LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

AUTORES

Carlos Fernando Morales Vera

Magíster en Evaluación y
Modelos Educativos

fernando.morales@educacion.gob.ec
carlosfmorales_5@hotmail.com

Harol Marcial Castillo Del Valle

Magíster en Gerencia de Innovaciones
Educativas

harolcastillo2013@gmail.com
harol_castillo1@hotmail.com

Mercy Tomasa Tigrero Figueroa

Magíster en Planificación Evaluación y
Acreditación de la Educación Superior

Máster Universitario en Formación
Internacional Especializada
del Profesorado

mercytomasat368@gmail.com

Rosa Antonia González De La Cruz

Magíster en Planificación
Evaluación y Acreditación de la
Educación Superior

rosita_gon@hotmail.es

Shirley Paola Catuto Solano

Licenciada en Educación Básica

fshirleycatuto247@hotmail.com
shirley.catuto@educacion.gob.ec

Bertha Elizabeth Vera Rodríguez

Magíster en Educación Parvulario

berthadequimi@gmail.com
bertha.vera@educacion.gob.ec

Mónica Yiomar Tumbaco Muñoz

Magíster en Gerencia de Innovaciones
Educativas

mytumbaco@gmail.com

Dennys Mauricio Panchana Yagual

Magíster en Gerencia y Liderazgo
Educativo

dennyspanchana@gmail.com

Mariana Noemi Medina Suárez

Magíster en Diseño y Evaluación
de Modelos Educativos

marianoem1@hotmail.com

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

REVISORES

José María Lalama Aguirre

Doctor en Filosofía Psicología; Master en Artes;

Doctor en Filosofía Psicología

Universidad Central del Ecuador

jmlalama@uce.edu.ec

Edesmin Wilfrido Palacios Paredes

Doutor em Educacao; Mestre em Educacao;

Mestre em Filosofia;

Licenciado en Ciencias de la Educación y Profesor de

Segunda Enseñanza en la Especialización de Filosofía

Universidad Central del Ecuador

wpalacios@uce.edu.ec

DATOS DE CATALOGACIÓN

AUTORES: Carlos Fernando Morales Vera
Harol Marcial Castillo Del Valle
Mercy Tomasa Tigrero Figueroa
Rosa Antonia González De la Cruz
Shirley Paola Catuto Solano
Bertha Elizabeth Vera Rodríguez
Mónica Yiomar Tumbaco Muñoz
Dennys Mauricio Panchana Yagual
Mariana Noemí Medina Suárez

Título: La sociología y su desarrollo en la universidad en el siglo XXI

Descriptores: Antropología Cultural; Sociología; Educación Superior;
Derecho a la Educación; Siglo XXI.

Edición: 1^{ra}

ISBN: 978-9942-787-62-0

Editorial: Mawil Publicaciones de Ecuador, 2018

Área: Educación Superior

Formato: 148 x 210 mm.

Páginas: 207

DOI: dx.doi.org/10.26820/978-9942-787-62-0

URL: http://186.71.28.67/isbn_site/catalogo.php?mode=detalle&nt=69054



Texto para Docentes y Estudiantes Universitarios

El proyecto didáctico *La sociología y su desarrollo en la universidad en el siglo XXI*, es una obra colectiva creada por sus autores y publicada por *MAWIL*; publicación revisada por el equipo profesional y editorial siguiendo los lineamientos y estructuras establecidos por el departamento de publicaciones de *MAWIL* de New Jersey.

© Reservados todos los derechos. La reproducción parcial o total queda estrictamente prohibida, sin la autorización expresa de los autores, bajo sanciones establecidas en las leyes, por cualquier medio o procedimiento.

*Director General: MBA. Vanessa Pamela Quishpe Morocho Ing.

*Dirección Central MAWIL: Office 18 Center Avenue Caldwell; New Jersey # 07006

*Gerencia Editorial MAWIL-Ecuador-Manuel de Echeandia y Tadeo Benitez: PhD. Lenin Stalin Suasnabas Pacheco

*Editor de Arte y Diseño: Lcdo. Eduardo Flores

ÍNDICE

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI



www.mawil.us

INTRODUCCIÓN.....	13
CAPÍTULO I	
NACIMIENTO Y GENEALOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA	19
CAPÍTULO II	
EL OBJETO DE LA SOCIOLOGÍA.....	41
CAPÍTULO III	
PARADIGMAS SOCIOLÓGICOS	55
CAPÍTULO IV	
AMÉRICA LATINA PARA LA SOCIOLOGÍA.....	103
CAPÍTULO V	
EL DEBATE EPISTEMOLÓGICO.....	129
CAPÍTULO VI	
UNA SOCIOLOGÍA PARA CADA COSA.....	173
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	203

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este texto es brindar un panorama general de la sociología en el espacio académico, a partir de las tendencias principales de su desarrollo teórico y epistemológico las cuales pueden rastrearse, tanto en las publicaciones más aceptadas, como en los planes de estudio de las instituciones dedicadas a formar ese tipo de profesional de las ciencias sociales a nivel de pregrado y de postgrado. Por supuesto, un trabajo exhaustivo se encuentra más allá de nuestro alcance. Son sumamente diversas y complejas la introducción y evolución de las ciencias sociales en las universidades y las instituciones económicas y sociales, que es prácticamente imposible seguir en detalle cada paso, cada cambio, cada giro, que se haya dado durante casi dos siglos que ya tiene de existencia la sociología. A este inabarcable despliegue cabe agregarse la discusión acerca de los criterios para hacer tal descripción, para esbozar algunas líneas explicativas. Se requeriría de una “sociología de la sociología” (como ya la ha intentado un autor tan prolífico y significativo como Pierre Bourdieu), cuyos fundamentales teóricos y metodológicos ameritaría también una discusión extensa.

Nuestro objeto es mucho más humilde y delimitado. Daremos cuenta de las principales influencias y condiciones en las cuales surgió, creció y adquirió relevancia la corriente principal de la sociología como campo de conocimiento y espacio que abarca varias teorías, especialmente en el espacio académico. Esto supone reconocerle un valor a la disciplina, apreciable en sus aportes en la conformación de la modernidad. Pero, como lo delimitan sus propios horizontes, este abordaje de la sociología no entrará a detallar, describir y analizar los acontecimientos en sus detalles empíricos, sino que forma parte de esos trabajos que intentan conceptualizar y ordenar el conocimiento de una realidad ciertamente prolífica y enrevesada. No es tanto que deseemos simplificar lo complejo, sino de hacerlo inteligible para unos lectores que se acercan a este texto con el ánimo de entender al menor los rasgos más generales de un campo de conocimiento tan fascinante como es el social.

En ese trabajo de entender, una de los primeros elementos del abordaje a considerar es reconocer la primacía de ciertos centros donde la sociología surge, se introduce en el medio académico universitario e impone sus modelos en el

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

diseño de políticas y formas de ver la realidad social. Ese surgimiento por supuesto tiene que ver con cambios fundamentales que durante la primera mitad del siglo XIX tuvieron las universidades europeas, especialmente las alemanas y las francesas, seguidas por las británicas e italianas. Como parte de la cultura, la ciencia y específicamente las ciencias sociales, tienen en su constitución genética elementos de tradiciones propias de espacios geográficos determinados, así como de procesos sociales que terminan siendo los motivos y objetos de estudio de la naciente disciplina.

Proponerse una “ciencia de la sociedad” es ya una exigencia propia de una época y de unos espacios políticos nacionales determinados. En ninguna otra parte o en otro período histórico, pudo haberse planteado una empresa de esta naturaleza. Sólo en unos lugares y en un tiempo donde los sabios e intelectuales tradicionales de esas realidades históricas y nacionales, hubiesen dejado ya atrás, de una manera más o menos conflictiva, la rumiatura teológica, con la aceptación de territorios donde la crítica y la objeción no fuera permitida, en fin cuando las universidades fueron dejando de ser organizadas a partir de un núcleo teológico, con la obvia presencia, más o menos dominante, de la Iglesia, se hizo posible vislumbrar que los criterios que se estaban utilizando con éxito para conocer la Naturaleza, en la física, en la química, en la biología, podían aplicarse a una de las más evidentes constantes del comportamiento humano: vivir en sociedad, con los otros.

Igualmente, fueron en esos países y en ese lapso (Europa, siglos XVIII, XIX y XX) cuando las bases mismas de las relaciones sociales y económicas cambiaron, y se generalizaron ciertas formas, industriales, de producción e intercambio de los bienes materiales que posibilitan la vida misma. La sociología es uno de los frutos de la modernidad, así como el predominio de las ciencias naturales, la tecnología aplicada a la industrialización de los procesos productivos, el desplazamiento de los dogmas religiosos.

Por supuesto, sobre todo hacia la mitad del siglo XX, este proyecto de construcción de una ciencia de la sociedad que, a imagen y semejanza de las ciencias de la naturaleza, dispusiera de leyes universales y soluciones “técnicas” a

todos los problemas de los países, pronto dio paso a una profunda decepción. Si se evalúa la sociología con los criterios de la física o la química, cualquier pensador podría decir (y de hecho, lo han dicho ya) que la sociología resultó en una fraude. Las ciencias sociales (incluyendo la antropología, la semiótica, la comunicología, la politología, y demás derivados y disciplinas familiares, aparte de la polifacética psicología) hoy lucen más bien como un campo de diatribas muy fuertes y a veces amargas, porque apenas disimulan que esconden justificaciones para una franca lucha de poderes. Así, algunos epistemólogos afirman que la sociología, lejos de ser un paradigma, es decir, un conjunto de consensos basados en trabajos ejemplares que se convierten en modelos para todos los cultores de la disciplina, es un terreno de enfrentamiento de paradigmas. No hay acuerdos conceptuales, teóricos o metodológicos entre las diversas tendencias sociológicas. Más bien, es signo de salud que haya debate. Esto es malo para quien espera fórmulas y leyes universales, al estilo de cierta versión de las ciencias en general; pero esto es muy bueno como señal de una vida floreciente de las capacidades humanas de concepción y ordenamiento de una imagen de su propio mundo humano.

Definitivamente, el modelo de las ciencias naturales no se cumple en las ciencias sociales. Aunque algunos argüirán, y con razón, que desde la relatividad y la física cuántica, que tampoco se cumple en las ciencias naturales. Pero nos referimos, no a esa visión idílica de la evolución de las ciencias a la manera de un río creciente alimentado por infinidad de afluentes y quebradas, sino a esos ideales de precisión, exactitud y formalización de leyes universales con que se presenta la física, por ejemplo. Tales expectativas no se cumplen en las ciencias sociales, no se han cumplido y dudamos mucho si se cumplirán alguna vez, quizás porque no tienen nada que ver. Mucho menos se observa en las ciencias sociales la tajante distinción, que data del siglo XVIII en el cénit de los ideales iluministas, entre hechos y valores, entre lo que es y lo que debe ser. Para desagrado de no pocos, la sociología huele a política, a intereses concretos, en juego dentro de las luchas cotidianas por el poder.

Tal vez esto se deba a que la sociología, como sus hermanas la antropología, la psicología, la lingüística, la semiótica, etc., brinda elementos para el autoconocimiento del mismo ser humano, cerca del tipo de problemas que acerca

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

del fenómeno humano, se plantea la filosofía. En este sentido cabe decir, como Nietzsche, que la sociología es “humana, demasiado humana”. Y allí comienza el misterio que nuestra especie representa para sí misma, un problema y un tema de siglos que, por supuesto, este libro apenas señala desde muy lejos con el dedo y no se atreve a tocar.

Organizaremos la exposición en este libro en seis capítulos de la siguiente manera.

En el primer capítulo, que titularemos NACIMIENTO Y GENEALOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA, nos proponemos dar cuenta de las condiciones sociales, históricas y culturales, que posibilitaron el surgimiento de la disciplina, con todo y sus pretensiones científicas. Para ellos deberemos remontarnos a la situación general del pensamiento social y político en la temprana modernidad, así como al contexto industrial capitalista y la emergencia de la burguesía industrial europea. Ubicaremos también como antecedente el nacimiento de la economía política, para poder dar el reconocimiento a los padres de las ciencias sociales, especialmente a Marx, Comte y Durkheim, aunque también figuran nombres como el conde de Saint Simon y Vilfredo Pareto, entre otros. Con ello, apuntaremos también a describir las condiciones que permitieron a la Sociología su entrada en las universidades, labrándose su propio espacio académico, que crecerá sobre todo en el siglo XX, y en nuestro continente, en la segunda mitad de ese siglo.

En el Capítulo II abordaremos EL OBJETO DE LA SOCIOLOGÍA, el cual, aun después de pasados todas estas décadas y hasta siglos, no aparece muy claro todavía. Por eso, trataremos de ordenar el panorama de acuerdo a ciertos pares de opuestos que nos parecen claves para entender el territorio. Confrontaremos entonces las concepciones que representan el objeto de la disciplina como una totalidad o un agregado de individuos, como equilibrio o como espacio de conflictos, lo cual se plasmará como una apología o crítica de la misma sociedad; los que enfatizan el aspecto de la materialidad de las sociedades o los que centran su atención en la significación. Igualmente, referiremos los que fijan el objeto en los hechos, la acción social, la práctica o las estructuras, llegando inevitablemente al complejo problema del sujeto.

El capítulo III se ocupará de los principales PARADIGMAS SOCIOLOGICOS, desde el positivismo inicial, inspirado en el auge de las ciencias naturales y por ello propenso a representar la sociedad como un organismo en evolución, dando homenaje a Darwin. Seguidamente, abordaremos el “socialismo científico”, apodo del marxismo, rica tradición de pensamiento, múltiple y complejo. Luego, le tocará el turno al Estructural-funcionalismo, la propuesta teórica fundamental de la sociología norteamericana, respuesta tanto a las visiones organicistas positivistas, como a la propuesta individualista interpretativa de Weber, otro gran Padre de la Sociología que le daremos consideración. Luego, acercándonos a la contemporaneidad, abordaremos las propuestas individualistas, tanto las inspiradas en las teorías del lenguaje (influidas en su génesis por el “giro lingüístico” de la filosofía), propuestas de explicación a partir de “Mecanismos” (Elster), así como las llamadas microsociologías, o sociologías que hacen énfasis en las significaciones que guían a los sujetos en la construcción de las relaciones sociales, por encima de las estructuras previas (interaccionismo simbólico, fenomenología, etc.). Por último, consideraremos los atisbos de una sociología crítica, derivación del pensamiento marxista y hegeliano, pero también de su articulación con el psicoanálisis, y en general de una distinción entre la teoría clásica, que brinda apologías a lo dado, y una crítica, que inspira un cuestionamiento a fondo de las sociedades, especialmente las sujetas por la dominación capitalista.

El CAPÍTULO IV se titula AMÉRICA LATINA PARA LA SOCIOLOGÍA, y en él situaremos la introducción y el desarrollo de la sociología en los espacios académicos universitarios y profesionales en el marco de nuestro Continente. Iniciamos con las visiones positivistas de Nuestra América a partir de las últimas décadas del siglo XIX; el debate acerca del Desarrollo y la propuesta del pensamiento estructuralista y funcionalista, que marcaron gran parte del debate sociológicos a partir de la segunda mitad del siglo XX, lo cual también marcó la entrada de la sociología en la Universidad Latinoamericana. El siguiente tópico de nuestro recorrido es la aparición y despliegue de la Teoría de la dependencia, en posición polémica respecto de las tendencias más añejas. Así mismo los enfoques acerca de los actores sociales, la Informalidad y también la Democracia y las reformas del estado y los ajustes de la economía; dejando un espacio para los nuevos desarrollos y debates de las últimas décadas.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

El CAPÍTULO V estará dedicado al DEBATE EPISTEMOLÓGICO, asunto permanente en la historia de la sociología por la especial naturaleza de esta ciencia, a partir de finales del siglo XIX cuando tuvo lugar el debate entre explicación y comprensión, especialmente en la academia alemana, pero pronto se desbordó a nivel internacional. Reflexionaremos acerca del desafío posmoderno, planteado en las décadas de los 80 y 90. Daremos noticias y comentarios acerca de los planteamientos de la Teoría de sistemas aplicada a la sociología y el enfoque de la Complejidad, que repercute últimamente en el análisis de sistema-mundo, que impregna corrientes de pensamiento como la “Decolonialidad”.

En el último capítulo, el CAPÍTULO VI, nos dedicaremos a dar cuenta de las diversas propuestas sociológicas, organizadas por objetos de estudio específicos: por eso lo titularemos UNA SOCIOLOGÍA PARA CADA COSA. Discurriremos sobre la Sociología política, la Sociología de la educación, la Sociología del arte, del gusto y de la literatura, donde nos referiremos a las interdisciplinas, los cruces con la psicología, la ecología, la semiótica, la ciencia y tecnología en general, etc. Con esta visión variada, llegaremos finalmente a las conclusiones donde avistaremos los horizontes que se han abierto en esta historia dilatada y compleja que es la de la sociología, ya en vistas de la segunda década del siglo XXI.

CAPÍTULO I

NACIMIENTO Y GENEALOGÍA DE LA SOCIOLOGÍA



www.mawil.us

1.1. La filiación de la sociología

Como todo fenómeno cultural, la sociología tiene dos caras. Esta condición de Jano (dios de los umbrales y las puertas, de las entradas y salidas, según la mitología romana; dios que tenía dos caras, una mirando atrás, otra hacia adelante) se manifiesta en el doble carácter que presenta. Por un lado, la sociología fue una respuesta intelectual al momento histórico en el cual surgió, al presente de su nacimiento. Por otro lado, es la actualización de una herencia que viene, incluso, desde la Antigüedad, cuando por primera vez se reflexionó sobre la vida humana junto a sus semejantes en países, poblaciones, comunidades, organizaciones. No sólo tiene una significación propia del presente de su nacimiento, sino también una vida que resurge en cada momento en que se actualiza. Los rasgos establecidos por las tradiciones cuyo mensaje ha recibido, son claramente sensibles y permiten establecer su filiación, sus antecesores, sus “parecidos”, el “aire de familia” que se le observa. Por ello, podemos hablar de una historia y una genealogía de la sociología.

Los rasgos de familia de la sociología son visibles y marcan, en primer lugar, sus pretensiones de “ciencia”, al imitar y seguir los valores de las ciencias naturales que posibilitaron el logro de la conceptualización y el conocimiento de la realidad física que nos rodea y afecta, y que, en la modernidad industrial, permitió el desarrollo asombroso de la tecnología. Las ciencias naturales desde el siglo XVIII, dieron una serie de respuestas a infinidad de cuestiones antiquísimas: desde el movimiento de los astros del Universo, hasta la explicación de las fuerzas elementales de la realidad material; desde las características de la composición química de las cosas, hasta el origen y existencia de las infinitas variedades de seres vivos. Los padres de la sociología (de quienes hablaremos en breve) pretendían fundar una ciencia, entendiendo por ello el descubrimiento y ordenamiento de los conceptos, categorías y sobre todo, las leyes que rigen la aparición y desarrollo de los fenómenos que reivindicaban como de su jurisdicción, las correspondientes a la “sociedad”, nombre o noción que refería un país, una población, unas relaciones entre los seres humanos y de estos con la Naturaleza que le rodea y le da vida.

Pero, además de manifestar su filiación, la genealogía ha de dar cuenta de

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

las condiciones de posibilidad que le dieron razón a su ser. En la sociología se expresa la misma familia de las ciencias de la modernidad, pero también es una respuesta a situaciones específicas del momento de esa modernidad donde vio por primera vez luz.

Nos referimos a las condiciones sociales, económicas y sociales, caracterizadas, a muy grandes rasgos, por el ascenso del industrialismo capitalista y la generalización de la “cultura de la utilidad”, propio de una clase social específica: la burguesía europea, especialmente alemana, francesa e inglesa, que impulsaba la demolición de los valores tradicionales, provenientes del Medioevo, inspirados en la fe religiosa apenas racionalizados por la entonces predominante teología, a favor de una nueva sociedad donde pasaba a ser hegemónico el conocimiento que partía de la razón y la experiencia sistemática, lo cual abría el camino a las innovaciones tecnológicas, permitía inventar nuevos mecanismos para masificar la producción en la industria. El otro valor fundamental de este sentido común utilitarista, tal vez el fundamental, es el dinero, necesario para las inversiones y sobre todo para el mecanismo universal del intercambio de los objetos necesarios que se asumen como equivalente, a pesar de sus diferencias esenciales: el mercado, las relaciones mercantiles. El tercer valor es la individualidad egoísta, el beneficio personal, por encima de consideraciones de casta, más propias de la sociedad feudal, aristocrática, que antecedió al dominio de la burguesía, que tardó casi dos siglos por remover del poder político e intelectual de los países.

De modo que el capitalismo industrial constituye la condición clave del nacimiento de la sociología, con toda su transmutación moral, que coloca en el pináculo de su jerarquía de valores a la utilidad, la ganancia, la tecnología, el dinero, el individualismo. Como diría uno de los Padres Fundadores de la ciencia social, Marx, todos los valores tradicionales (el amor, la familia, la belleza, la lealtad, la verdad inclusive) serían ahogados en las frías aguas del interés capitalista.

Pero esa sociedad capitalista industrial no establece su predominio de manera pacífica y gradual. Por el contrario, la anuncia una profunda crisis, el trastocamiento de todo lo que se daba por estable y perenne. Ello no para allí:

inaugura duros conflictos sociales, donde aparece un nuevo actor en el drama: las crecientes las clases trabajadores, una inmensa masa de pobres, marginados, con nuevas exigencias. Hay revoluciones y guerras civiles e internacionales, que resultan en un nuevo reparto de la territorialidad del mundo conocido. Y con todo ello, una nueva urgencia y demanda que se le hace al conocimiento científico, el considerado por antonomasia como el *conocimiento*: la necesidad de *orden*.

Así, como explica Gouldner (2000), la naciente sociología debe *construir* teóricamente la sociedad para, luego del derrumbe, poder proponerse *ordenarla*. Debe forjar las armas conceptuales para poder entenderla y explicarla, además de describirla, organizarla y poder plantear los nuevos problemas, irreconocibles para la tradición teológica. Esto, al tiempo que realiza la apología de esos cambios, bruscos, dramáticos y profundos. Para la ciencia naciente de las sociedades, los conflictos que abundan en su mundo, se deben, más que todo, a un momento de adolescencia, de inmadurez de la Humanidad, a la terca supervivencia de fragmentos y residuos de la antigua sociedad aristocrática. La naciente sociología debe afrontar lo absurdo, las contradicciones y conflictos de la nueva sociedad capitalista industrial. Y para ello debe dotarse de un esquema conceptual que le permita establecer el nuevo orden. Ya la generalización de una cultura utilitaria había desplazado el punto de vista moral, de las intenciones subjetivas, a los resultados. El nuevo criterio de la eficacia y del éxito, se había convertido en casi único criterio de validación y evaluación de todo. Desde su punto de vida, lo *Bueno* ha sido eclipsado por el *Poder*, y la antigua tensión entre los dos valores (el Bien y el Poder) va resolviéndose en una nueva perspectiva. No es casual que, como resumen de este diagnóstico, tanto Marx, como Durkheim, Comte y hasta Nietzsche, a finales del XIX, hablen, cada quien en sus palabras, de una situación de disolución de los valores, pérdida de los sentidos, nihilismo, desorientación y “anomia”, desintegración de las normas y convenciones.

Los viejos ordenamientos, las tradiciones que enviaban su mensaje desde una sociedad rural, jerarquizada en estratos de ninguna movilidad, fundada en los valores de los orígenes y la sangre de cada quien, del abolengo, de la aristocracia, ya no funcionan. Se disipan en el aire. Este desafío, así como el enfren-

tamiento del absurdo, de las contradicciones, de las situaciones complicadas y violentas, son respondidas por la *Gran Teoría sociológica*, forma predominante de esta primera sociología, que busca más conceptualizar, sistematizar, teorizar, que observar y pacientemente recoger datos empíricos, tareas que vendrán en otro momento del nuevo conocimiento.

1.2. El pensamiento social y político en la temprana modernidad

Por supuesto que antes de las grandes teorías sociológicas, muchos pensadores se habían planteado la tarea de explicar y comprender a los seres humanos juntos, conviviendo, trabajando y decidiendo su propio destino colectivo. Pero esa labor estaba distribuida entre, por un lado, en la Religión y la teología, que pretendían brindar el marco moral necesario para esa convivencia humana, así como la explicación unitaria de los hechos naturales y humanos, y la filosofía, que levantó esos grandes sistemas de pensamiento en los cuales la razón sustituía a la fe y demás virtudes teologales (la Esperanza, la Caridad). Es de manos de la filosofía que se ensaya la sistematización de ese pensamiento social que fundarán las familias de las cuales surgirá la sociología y, luego, producto de una división del trabajo intelectual institucionalizada en las universidades, el resto de las ciencias sociales.

Aun sin pretender reconstruir aquí la compleja y extensa evolución y desarrollo de los sistemas filosóficos que se refirieron a la vida humana en sociedad, es inevitable aunque sea mencionar a Sócrates, Platón y Aristóteles como pioneros de esa reflexión. En estos filósofos primordiales, la sociedad no aparecía directamente, sino a través de importantes cuestiones jurídicas, políticas y morales. En Sócrates, la guía principal de su labor de sabio dialogante, era el de formar ciudadanos de la ciudad de Atenas, a través del esclarecimiento racional y dialéctica (es decir, discutidas entre todos) de las nociones compartidas por simple costumbre o convención. Así, los temas de sus Diálogos (recogidos por Platón) se centran en la Virtud y la Justicia, conceptos no sólo éticos sino directamente políticos, además de cuestiones más amplias como la Belleza, el Amor, la Verdad, etc. En Platón está la primera formulación de un proyecto político de conjunto, en el cual, no sólo se propone una estructura, sino que se asigna un lugar cada grupo y un grupo para cada función de *la República*. En Aristó-

teles hallamos esa afirmación que se ha prestado a muchas interpretaciones, esa de que “el Hombre es un animal político”, que igual puede entenderse en la estrecha relación de la Grecia de la Antigüedad, compuesta, no por un Estado Unificado, sino de la compleja relación entre diferentes ciudades-estado (*Polis*), en los que se habían implementado diversas maneras de organizar la vida colectiva, de cuya labor surge la clasificación clásica de los tipos de Estado. También en estos pensadores, se pueden conseguir afirmaciones generales que sirvieron de hecho como premisas a muchos desarrollos teóricos muy posteriores, acerca de la economía, las leyes, la vida en común, los grupos y clases que puede haber en una nación, entre otros asuntos.

Pero es en la temprana modernidad europea, esto es La Ilustración del siglo XVIII, cuando se replantea el conocimiento de los conceptos políticos y ya abiertamente sociales, al tiempo que los viejos valores de la sociedad medieval van siendo desplazados por los de la “clase media” (mejor dicho, la burguesía, como dice Gouldner, 2000).

Los grandes pensadores políticos de aquella época (Rousseau, Hobbes, Montesquieu) construyen ficciones para intentar explicar el origen de la sociedad y los Estados, partiendo de un “Hombre Natural” que, o bien partiendo de una situación idílica, o bien de una “guerra de todos contra todos”, se propone obtener grandes ventajas, unos de otros hombres, mediante la suscripción de un contrato. En torno a estas ficciones, se tejieron unos supuestos que alimentó, tanto la corriente iusnaturalista (que hacía derivar los derechos y deberes de la Naturaleza Humana, tan discutida seguidamente), como la propuesta contractualista, punto de partida para todo el constitucionalismo y las ciencias políticas actuales.

Por su parte, otros grandes autores, como Maquiavelo, Montesquieu y el marqués de Tocqueville, recogieron y analizaron materiales históricos, así como observaron directamente los hechos y procesos, para elaborar criterios racionales acerca de los pueblos, las naciones, sus estados y sus leyes. Maquiavelo distinguió claramente entre la moral, sobre todo aquella basada en los valores religiosos del cristianismo, de las regularidades, realidades, conceptos y prácticas realmente eficaces en el ámbito de la política, a partir de ejemplos

históricos recomendables para los gobernantes. Montesquieu hizo una abundante reflexión a dos niveles: uno, que podemos llamar las leyes de la razón, que en un estilo especulativo típico de la filosofía, hacía derivar de la razón las leyes ideales para los estados; el otro nivel, empírico, generalizado a partir de la observación de hechos y procesos en las naciones reales, que llamaremos “la razón de las leyes”, ensayaba *explicar*, en un tono objetivo y desapasionado, más cercano a las ciencias naturales, cómo de las costumbres de un pueblo, la configuración de su territorio y su geografía, su clima, sus orígenes raciales, cada nación generaba sus leyes. Para algunos filósofos de la ciencia (como Louis Althusser), en el texto *El espíritu de las leyes* de Montesquieu, se halla un “corte epistemológico”, un cambio de problemática, de las maneras de plantear las cuestiones, que distinguen la filosofía especulativa de corte racionalista, de la ciencia social, con sus generalizaciones a partir de la observación detallada y sistemática de los hechos y procesos históricos.

1.3. El contexto industrial capitalista y la burguesía emergente europea

Efectivamente, los elementos de la cultura, de la cual forma parte la ciencia y específicamente la sociología, están enmarcados en procesos históricos, económicos y sociales mucho más amplios que la relación de las influencias de ciertos autores y la originalidad supuesta de otros. En el caso de la sociología, es un consenso aceptar que su surgimiento como disciplina científica sólo se hizo posible en medio de tres procesos concéntricos: el crecimiento del sistema capitalista, la revolución industrial y la transformación de las Universidades. Desde el punto de vista de las visiones del mundo y las ideas más comunes en esos momentos en Europa, se suele hablar de “Modernidad”, sobre todo a partir del discurso de la Ilustración, en el siglo XVIII, por el impacto de representó en el desplazamiento de la concepción del mundo teológica y la instauración de una nueva jerarquía de valores, como ya hemos dicho. La modernidad significó entonces 1) la reivindicación de los Derechos del Hombre, basados en su propia Naturaleza, más que en el mandato divino, 2) la elevación de la Razón, de mera facultad de los seres humanos, a criterio primordial, tanto en el desarrollo del conocimiento de la Naturaleza, como en la generación de máximas acción éticas y políticas. Con ello, pensaba por ejemplo Kant, el gran filósofo alemán, la Humanidad había alcanzado al fin la “mayoría de edad”, con la cual podía pen-

sar por sí mismo y autodeterminarse, respondiendo ante sí mismo y su razón.

El capitalismo ya llevaba siglos desarrollándose, desplazando las antiguas organizaciones sociales del trabajo, basadas en la servidumbre y la aristocracia “ociosa”, a favor de la universalización de las relaciones mercantiles, su extensión a todo el mundo (especialmente a partir de la conquista de América por España y Portugal, lo cual significó la mundialización de la red del mercado internacional), la expropiación de las tierras comunales, la expulsión de los campesinos de sus tierras para formar una nueva clase social, la de los trabajadores asalariados, quienes fueron sometidos a esas nuevas formas de producción, centradas en las máquinas de la revolución industrial. Todos estos procesos, llenos de conflictos y cruel determinación, es lo que Marx y otros autores caracterizan como “acumulación originaria de capital”, que no es simplemente la reunión de tesoros para la inversión, sino la generalización del trabajo asalariado y el predominio de los activos, las maquinarias y la definición de una clase de los propietarios de esos novísimos medios de producción industrial, que requerían un nuevo pensamiento, una nueva concepción del mundo.

De modo que la sociología se genera en medio de la hegemonía de las ideas de la burguesía, caracterizada por la cultura utilitarista, a la que ya nos hemos referido apoyándonos en Gouldner. El proyecto de elaborar una “ciencia de la sociedad” ya es típico de la nueva mentalidad. Los seres humanos ya no podían ser regidos por conocimientos de la “Ley de Dios”, tampoco de las especulaciones de unos cuantos filósofos. La vida en sociedad debía ser observada, explicada, estudiada, de la misma manera como la ciencia había conocido el movimiento de los astros, las fuerzas elementales de la Naturaleza, la vida de los animales y las plantas.

Tres representaciones de este nuevo mundo axiológico son las planteadas por Marx, Durkheim y Nietzsche, nos dan la clave para entender el marco de referentes y conceptos generales de la sociología inicial. Para Marx, todos los valores tradicionales se “disipan en el aire” y son ahogadas en las “frías aguas del interés”. Por “valores tradicionales” entiende los transmitidos por la tradición en general, específicamente las de la “antiguo régimen” aristocrático: Honor, Perennidad, Linajes, Familia; igual los elaborados por la teología (Fe,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Esperanza, Caridad, Veneración), e incluso los de la sociedad “caballeresca”: Lealtad, Amistad, Amor en pareja. Por su parte, Durkheim, como parte de su explicación de las tasas de suicidios en las sociedades modernas europeas, refiere un especial estado en que las convenciones y las normas tradicionales han desaparecido, quedando los individuos sin ninguna orientación para su vida, las cuales “flotan” en una corriente sin sentido. A esta situación de desintegración de las normas la designó como “anomia”. Ya hacia finales del siglo XIX, Nietzsche conceptualizó como “nihilismo” una situación cultural en la cual “Dios ha muerto”, es decir, desapareció cualquier objeto de culto o veneración, los valores tradicionales (los de los filósofos: la Verdad, el Bien, la Belleza) han quedado sueltos, han perdido sentido y peso, y se anuncia una “transmutación de todos los valores” la cual sólo será posible gracias a la aceptación de los hechos (*amor fati*), la cancelación del “mundo verdadero” ideado por Platón, un egoísmo gozoso reñido por principio con el “espíritu ascético” del cristianismo, todo lo cual avanzará la construcción de un “Superhombre”, capaz de forjar por sí mismo sus valores, deseando repetir infinitamente lo que decide (“Eterno Retorno”).

1.4. La economía política como antecedente

Mientras en la Europa continental (Alemania, Francia) surgían estos pensamientos, que pronto influirían en todo el mundo, en el Imperio Británico, principal potencia comercial e industrial, dio sus frutos una especie de conocimiento social que hacía énfasis en las razones de la producción, distribución, intercambio y consumo de los bienes materiales: la economía política.

Marcada desde su nacimiento de una vocación política, de asesoría a gobiernos, la economía política forjó un conjunto sistemático de categorías para obtener un acercamiento científico de todas esas actividades por las que el Imperio británico se colocó en toda su gloria desde el siglo XVIII: la producción industrial, el comercio y, en consecuencia, la acumulación de capital.

Estableciendo de entrada un rasgo que caracterizará a toda una gran tendencia en el desarrollo de las ciencias sociales, la economía política hacia partir sus estudios de la consideración de los intereses y la lógica de los individuos. El

espacio donde se relacionaban estos individuos para realizar intercambios entre los productos de “su” trabajo, era el mercado, cuyas leyes eran sencillas, puesto que tenía sus propias reglas de veridicción: la verdad del valor de los productos era su precio, determinado, a su vez por sus costos de producción, y por la magnitud correlativa de su oferta y su demanda. A ese mercado, los individuos asistían para buscar su propio beneficio egoísta, claro, pero el resultado general de estas interacciones mercantiles era un equilibrio en la cual residí el bienestar general.

En esencia, sumamente resumido, este era el planteamiento del considerado padre de la economía política, Adam Smith. Llama la atención que Smith, señalado a veces como defensor de principio del egoísmo humano, defendía, en el campo de la reflexión ética, más bien la *compasión* como principio de relación entre los seres humanos. En todo caso, lo que se desprendía de los tomos de su gran obra *la Riqueza de las Naciones* se puede resumir en la frase atribuida a un político británico de la época: “Deja quieto lo que está quieto”. En otras palabras: el Soberano, el Monarca, el Estado, debía dejar quietos a los empresarios productores y comerciantes, dejarlos hacer y dejarles pasar todo, porque su actividad, a la postre, aun siendo impulsada por su estrecho beneficio individual, a la postre resultará en riqueza para todos los ciudadanos. Este liberalismo económico sintonizaba con el liberalismo político de otro pensador británico, John Locke, quien condena cualquier interferencia del estado o la Iglesia, en el libre debate de las opiniones y la libre expresión del pensamiento, contra la intolerancia ideológica. Además, el liberalismo inicial moderno le daba a la propiedad privada la significación de base de lo humano. De hecho, la propiedad debía ser sagrada, puesto que la primera propiedad del ser humano era su propio cuerpo.

Pero al lado de este brillante panorama del capitalismo, estaba su dura y violenta realidad del proceso de acumulación originaria y el avance de la revolución industrial, donde se escenificaban las tensas y terribles relaciones entre las nuevas clases dominantes y dominadas de la sociedad moderna. Antes de Marx, el economista David Ricardo, fue el más agudo analista de estas situaciones. Observó que los intereses de los trabajadores asalariados, el proletariado, eran contrapuestos a los de los propietarios de los medios de producción o capitalistas, y este conflicto se notaba, en primer lugar, desde el establecimiento en el

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

mercado del precio que cobraba el “trabajador libre” (libre de las ataduras de la servidumbre del feudalismo, se entiende), es decir, la fijación del salario. Ya desde Smith, la economía política había establecido que el trabajo era la principal fuente de riqueza y valor. Pero, por otro lado, el interés de que los salarios bajasen era propio de los compradores de trabajo. Esto hacía que los salarios tendieran hasta niveles incluso más bajos que el costo de la propia subsistencia de los trabajadores y sus familias. La necesidad de la existencia de los trabajadores evitaba hasta cierto punto que el salario bajase a niveles insoportables, pero era, en definitiva, la lucha económica de los trabajadores los que evitaban situaciones de hambre y necesidad extremas para los obreros. De todos modos, Ricardo vislumbró que, si no se le ponían de una u otra forma, algún tipo de contrapeso a los intereses de los capitalistas, la clase obrera estaba condenada a niveles de mera supervivencia y pobreza extrema, como ya se evidenciaba en las ciudades nacientes y en pleno crecimiento de los grandes centros industriales de la época.

Esta contraposición de intereses entre clases sociales, vistas desde la economía política, complementaría el descubrimiento del conflicto de clases que se produjo, en primer lugar, planteada entre las “clases ociosas” (aristocracia y clero) y las “clases productivas” (trabajadores, artesanos, industriales), durante y después de la Revolución Francesa. De hecho, autores que nutrieron la fundamentación ideológica de la Revolución Francesa en fechas posteriores a su inicio en 1789, como Sieyés, dedicaron sus escritos a esclarecer la necesidad revolucionaria de elevar a los productores, es decir, el llamado “Tercer Estado” dentro del parlamento de la Monarquía francesa, a ser “Todo”, es decir, el núcleo de la Nación; mientras que los otros dos “estados”, el de los nobles de alcurnia y el de los sacerdotes, debían ser reducidos a “nada”. Se cumplió así la observación de Marx, en cuanto a la complementación entre el pensamiento económico-político británico y la discusión doctrinaria política francesa. Como veremos pronto, esto lo vislumbró Marx, apoyado en otra tendencia moderna, la filosofía idealista clásica alemana.

1.5. Los Padres de la sociología

Gouldner (2000) establece cuatro períodos principales de la historia de la

sociología:

1. El del “positivismo sociológico”, iniciado en Francia en los primeros 25 años del siglo XIX, con Henry de Saint Simon y Augusto Comte;
2. El del “marxismo”, cristalizado a mediados del siglo XIX, hasta trascender en una rica y heterogénea tradición, una de las dos corrientes principales de las ciencias sociales durante todo el siglo XX, proyectándose todavía en nuestro siglo. El marxismo adquirió categoría de disciplina académica ya desde su introducción por parte de profesores alemanes a principios del siglo XX, pero se convirtió en una de las dos tendencias predominantes fundamentalmente a partir de 1917, con la victoria de la Revolución soviética, y luego el crecimiento del llamado “Bloque socialista” con la revolución china en 1949, luego de la Segunda Guerra Mundial en toda Europa Oriental, y la extensión de los procesos vinculados al socialismo en Cuba, Vietnam y algunos otros países africanos y asiáticos.
3. El de la “sociología clásica”, ya establecida como disciplina y profesión universitaria en Europa y luego en los Estados Unidos, durante las primeras décadas del siglo XX, sintetizando las propuestas de los períodos anteriores, en las obras de Max Weber, Emile Durkheim y Vilfredo Pareto, principalmente.
4. El de la teoría funcional estructuralista parsonsiana, desarrollada en la Academia norteamericana durante la década del treinta del siglo XX, en la obra de Talcott Parsons y el llamado “grupo de Harvard”: Robert K. Merton, Kingsley Davis, Wilbert Moore, Robin Williams, entre otros (ver Gouldner, Ob. Cit.: 88-89).

De modo que se admite generalmente como “padres de la sociología” a Henry Saint Simon, Augusto Comte, Karl Marx, Friedrich Engels, Max Weber, Emile Durkheim, Vilfredo Pareto, Talcott Parsons, Robert Merton, y demás autores destacados. Como puede observarse, hay un trasiego de influencias entre Francia, Alemania, Estados Unidos e Inglaterra, cada país con su peculiar “estilo”, pero contribuyentes todos en el nacimiento de esta disciplina.

En las Universidades latinoamericanas, la sociología entra, a finales de la

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

década de los cincuenta y comienzos de los sesenta, de la mano del estructural-funcionalismo norteamericano, para luego derivar en otros enfoques, como la Investigación-Acción (Orlando Fals Borda) y, sobre todo, las teorías del desarrollo (Raúl Prebisch, Gino Germani), que conjugaba aportes del marxismo y el funcionalismo, en la década de los sesenta. Seguidamente, se generalizó el enfoque de la Teoría de la Dependencia (Gunder Frank, Teotonio Dos Santos, Silva Michelena, Franz Hinkelammert, entre otros), que recibió el impacto de la Revolución Cubana, con sus diversas corrientes. A partir de allí, la sociología por estas tierras continuó su devenir, asimilando influencias internacionales de algunas de las derivas de la sociología actual mundial: postmodernidad, sociologías interpretativas (fenomenología, interaccionismo simbólico, individualismo metodológico), las microsociologías, etc.

Como puede observarse, es inevitable enmarcar la historia y genealogía de la sociología, incluso como disciplina académica y profesional, en períodos históricos marcados por procesos políticos: la revolución francesa, las revueltas proletarias europeas durante todo el siglo XIX, las guerras asociadas a la pugna entre las potencias europeas, el surgimiento de nuevas potencias mundiales y su enfrentamiento posterior en la “Guerra Fría” (Estados Unidos y la URSS), el derrumbe del llamado “Bloque Soviético” y el fin de la “Guerra Fría”. Es lógico pensar que el replanteamiento geopolítico del mundo actual, de la mano de la emergencia de las potencias rusa, china y demás, demandará nuevas respuestas teóricas y conceptuales de parte de las ciencias sociales. Así mismo, el impacto de la discusión epistemológica de mediados del siglo XX, que cuestionó la hegemonía del positivismo como fundamento del conjunto de las ciencias, y el desarrollo de nuevos enfoques, como el de la complejidad, tendrán su impacto en los desarrollos contemporáneos de la sociología.

Incluso cabe distinguir entre los aportes de los padres fundadores de la sociología, en relación a las situaciones y coyunturas muy específicas a las cuales dieron respuestas, incluso desde su posición de teóricos. Tal es el caso de Henry de Saint Simon, quien sistematizó y generalizó, dándole su fundamentación teórica en las primeras décadas del siglo XIX, a la contraposición, típica de los momentos álgidos de la revolución francesa, entre las clases productivas y las ociosas, como ya hemos comentado. Muchas de esas ideas después serían reto-

madras por Marx y todo el movimiento socialista europeo y mundial.

Saint Simon construyó un edificio teórico que, en su conjunto, constituía una respuesta, en el doble sentido de cuestionamiento y complementación, del “sentido común” utilitarista que, aun disponiendo de grandes representantes intelectuales (Jeremy Bentham y Richard Prestley, entre otros), era un conjunto de ideas, valores y creencias ampliamente compartidos por la masa de la burguesía francesa de la época. En primer lugar, Saint-Simón reformuló el concepto de utilidad, originalmente concebida desde el punto de vista del individuo más o menos egoísta, hasta pensarla como utilidad para toda la sociedad e incluso para toda la Humanidad y hacia los tiempos futuros. Esto anticipa de hecho un enfoque cercano al Estado Benefactor implementado después de la Segunda Guerra Mundial en los principales países del llamado hemisferio occidental. En segundo término, hizo énfasis en la importancia del conocimiento científico y la innovación tecnológica, dentro de los cuales ubicó al propio conocimiento sociológico.

Comte formuló las líneas generales de una filosofía positivista. Por tal cosa, entendió, no tanto un nuevo sistema deductivo especulativo, basado únicamente en la razón, a la manera de las grandes arquitecturas ideales de la filosofía racionalista; sino un horizonte de la historia de la Humanidad, dibujada por la noción central del *Progreso*, ya introducida en la filosofía de la historia por Condorcet, a propósito de su interpretación de la Revolución Francesa. Igualmente, Comte pretendía establecer las bases para fundar el orden social de los tiempos modernos. Su propuesta de una “ciencia de la sociedad” (de hecho, el nombre, “sociología”, es de Comte), es la culminación del desarrollo de todas las ciencias naturales en ascenso. Era el vértice superior de una pirámide en cuya base estaban la matemática y la astronomía, subía hasta el nivel de la física y la química, proseguía hacia arriba con la biología, hasta llegar a la cúspide del conocimiento: la de las sociedades humanas.

Lo “positivo” en la doctrina de Comte se refiere a varias cosas: en primer lugar, al carácter principalmente optimista que se le da a la historia humana, la cual se representa como un avance necesario por varias etapas, cada una de las cuales dominada por una forma de conocimiento y un sistema de valores.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

En una primera etapa, denominada mágica o supersticiosa, el Hombre teme a los fenómenos de la Naturaleza y se los representa como expresión de fuerzas misteriosas, terribles, contra las cuales sólo cabe sortilegios y ceremonias, que convocan a los espíritus mediante la magia para lograr la protección y hasta el favor de esos poderes colocados superiores. Más tarde, en la etapa teológica, centrada en la Iglesia, es Dios el eje de todo, y la teología, la ciencia madre que dará tanto nociones claves para el conocimiento y explicación del Universo, como de las normas morales y legales de las sociedades. Finalmente, producto del avance de la industria y la tecnología, se llegaría al estadio positivo, cuando la ciencia será al fin el conocimiento por antonomasia y regirá a los Hombres, consiguiendo una sociedad ordenada que logrará nuevos avances en el bienestar y en el control de las fuerzas de la Naturaleza. Positivo también significa para Comte, la positividad de lo empírico, la experiencia, la observación, descripción y análisis desnudo de los hechos, sin los prejuicios propios de las creencias mágicas y religiosas.

En cuanto a las propuestas de Karl Marx y Friedrich Engels, iniciadores de una tradición teórica y política de gran significación, sobre todo en el siglo XX, cuando estados inspirados explícitamente en su doctrina ocupen territorios de más de la mitad del planeta, constituye (como lo explicó el gran líder revolucionario Vladimir Lenin) una gran síntesis de tres tradiciones de pensamiento social europeo: la filosofía idealista clásica alemana, la literatura revolucionaria y socialista francesa y la economía política inglesa.

Partiendo de una crítica de izquierda de la filosofía de Hegel, gran maestro de la Academia alemana, que entendía la historia de la Humanidad como el despliegue contradictorio del Espíritu, Marx y Engels cuestionan, siguiendo a Feuerbach, las diversas formas de alienación de los humanos, colocan a la práctica como criterio de verdad definitivo, y formulan las premisas de lo que para ellos era una nueva ciencia: la concepción materialista de la historia. Los seres humanos entran en relación para producir su vida material en las actividades productivas. Estos vínculos es el primer nivel de organización social, una estructura económica sobre la cual se levantan las demás “superestructuras”: la del Estado, las leyes, los valores morales, las ideas y conocimientos. En fin, la superestructura política y la ideológica.

Marx y Engels retoman el concepto de la lucha de clases como “motor” de la historia, proveniente de Saint Simon y demás pensadores que trataron de explicar la dinámica de la revolución francesa, pero la ubicaron en estadios sucesivos del desarrollo de las “fuerzas productivas” (básicamente, las técnicas con que los humanos dominan y explotan la Naturaleza, es decir, la industria y la tecnología). La lucha de clases correspondiente a la sociedad moderna, determinada por las relaciones capitalistas de producción, en la cual el trabajo de los asalariados es explotado por los propietarios de los medios de producción, o sea, los capitalistas, es la planteada por los conflictos entre el proletariado y la burguesía, luchas que comienzan por ser económicas, por el monto de los salarios, y culmina en la lucha por el poder político, que puede llegar a la disolución del estado al perder sentido cuando se acaban las relaciones de explotación de clase. El aporte específico de Marx y Engels, según ellos mismos, es afirmar que la lucha política de la clase proletaria será la última de la larga secuencia de la historia de la Humanidad, por cuanto acabará con toda explotación de clases, y con ella, se disolverá la necesidad histórica de la existencia del Estado. Esta hipótesis o pronóstico, se convirtió en programa político máximo de una importante tendencia política europea y, después, mundial.

Weber, Durkheim y Pareto, los clásicos de la sociología académica, abren el espacio universitario para la naciente disciplina, fundan una nueva profesión y establecen métodos, temas, objetos de estudio especializados, separando la nueva disciplina definitivamente de la economía, en una nueva división del trabajo intelectual. De acuerdo a Wallerstein, las ciencias sociales en las universidades se organizan de acuerdo a diferentes distinciones: entre el pasado y el presente, el centro geográfico y las periferias. Así, quedan de un lado, la arqueología y la antropología estudiando el pasado o la zona externa de la civilización occidental, y en el otro, la sociología, la economía y las ciencias políticas, atendiendo los asuntos presentes, modernos.

Pero también en esta sociología académica se distinguen varios enfoques epistemológicos y metodológicos, especialmente entre dos: por un lado, el individualismo metodológico que parte de las racionalidades de los sujetos, patentes en sus proyectos y sentidos de la acción (Weber, Pareto), y el holismo que representa la sociedad como un organismo en el cual hay que analizar funcio-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

nes, normalidades y estructuras (Comte, Durkheim y, más tarde, Parsons y sus seguidores).

El estructural-funcionalismo elaborado teóricamente por Talcott Parsons, en medio de una de las más espantosas crisis del capitalismo, a finales de la década de los veinte, se plantea integrar las dos orientaciones metodológicas fundamentales de la sociología europea académica, en una propuesta conceptual y de modelos resultado de una elaboración fenomenológica, es decir, ideacional. La acción social (aquella acción que adquiere un significado desde el punto del grupo o de la sociedad, además de en la subjetividad de los actores) se desarrolla en el marco de relaciones estructurales que asignan a cada actor un papel, un *rol* y un *status*, variables a voluntad de los individuos, pero que están distribuidos en función de lograr un equilibrio y una estabilidad sistemáticas. Como señalaran los críticos posteriores de esta corriente, especialmente desde el punto de vista de la “Teoría Crítica”, el estructural-funcionalismo es fundamentalmente conservador en su enfoque teórico, puesto que no se centra en el conflicto, el cual es asumido únicamente como una disfunción, sino en los equilibrios y la estabilidad del sistema social, funcional a la manera de un organismo biológico.

A partir del estructural-funcionalismo, creación principalmente norteamericana, se desarrolló un estilo de investigación que hacía énfasis en la observación empírica y la medición estadística, insistiendo en la científicidad del método y la cuantificación rigurosa de las variables establecidas por la operacionalización de los conceptos. El estilo norteamericano de sociología se caracterizó, entonces, por el enfoque cuantitativo, la obsesión por la medición y la búsqueda de la formalización.

1.6. Las fases de la historia de la Sociología y su entrada en las universidades

La transformación de la sociología en una disciplina y una profesión, en fin, la apertura de un espacio académico para ella, sólo pudo ser posible luego de un cambio profundo en la orientación general y las estructuras de las Universidades, hecho efectivo durante las dos primeras décadas del siglo XIX, con las reformas universitarias impulsadas por Napoleón Bonaparte y Wilhelm Von

Humboldt en Europa, y las universidades norteamericanas.

Las líneas centrales de esas reformas universitarias tenían que ver, en primer lugar, con el desplazamiento del lugar central que conservaba, como herencia del feudalismo, la teología, como conocimiento-madre de todas las demás, incluido el Derecho. En lugar de la teología, las Ciencias Naturales ocuparon el lugar de centro estructural y modelo de todo el conocimiento a producirse e impartirse en los espacios académicos.

Igualmente, las Universidades con estas reformas asumieron su función de formar profesionales, lo cual fue implantado principalmente por inspiración de la reforma napoleónica. Napoleón Bonaparte, durante su paso por el poder Imperial de Francia, por una parte, aniquiló todo ánimo de autonomía respecto del poder estatal o imperial, pero por otra, creó una serie de escuelas especiales, al servicio del gobierno central. La enseñanza superior se organizó a través de las escuelas especiales o profesionales, con el fin de formar médicos, maestros y abogados. Se trató de una educación con una concepción práctica de la vida, desde la que se promovió una formación profesional correspondiente a las características de un país eminentemente agrario, con 90% de la población rural. Estas escuelas profesionales fueron denominadas facultades y tenían la función de formar profesionistas al servicio del imperio.

Mientras tanto, recibiendo una herencia que venía desde los siglos anteriores, cuando se implantó la “libertad de cátedra”, y rompiendo a su vez con la sofocante influencia francesa napoleónica, la universidad alemana de la época contemporánea se reformó en las primeras décadas del siglo XIX, gracias al impulso de intelectuales de la talla de Kant, Hegel, Humboldt, Fichte, Schelling, Schleiermacher, entre otros. Esta orientación modernizadora, a la vez científica y civilizatoria, era clara y se fue incubando de manera precisa, en palabras de Scheleiermacher: *“La tarea de las universidades era despertar la idea de ciencia en los jóvenes... ayudarlos a contemplar todo lo intelectual... en sus conexiones científicas próximas, e inscribirlos en una gran conexión, en constante relación con la unidad y la totalidad de los conocimientos... En este sentido debe interpretar también la universidad su propio nombre, pues en ella no deben reunirse solamente unos pocos conocimientos, sino su totalidad (Mondolfo,*

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

1955). Esta visión debía cumplirse si y sólo si se cumplían con dos condiciones: primera, que la investigación fuera enfatizada en cada campo del pensamiento –aún en la literatura y la teología- y segunda, que cada maestro universitario fuera antes que nada un investigador (Mondolfo, 1955).

En el mismo año Humboldt, en su propósito de revivir la universidad, planteó una relación estrecha y casi idéntica entre enseñanza e investigación. Consideraba a la universidad como una corporación al servicio de la ciencia, que no debía limitarse a un mero canal de transmisión de conocimientos, sino un motor que hiciera avanzar la ciencia. Otra de las ideas que Humboldt impulsó como propia la institución universitaria fue que debería ser apoyada por el Estado, pero sin que éste interviniera en sus asuntos internos, idea bastante atrevida y original, ya que Humboldt era trabajador del Estado. Así mismo, se consideraba que las universidades debían dedicarse al quehacer científico independientemente de creencias doctrinales.

En síntesis, la reforma universitaria alemana pretendían desarrollar aspectos como la libertad de cátedra, el énfasis de la investigación, la unión entre docencia e investigación así como la autonomía académico-administrativa de las facultades que integraban la universidad. Estas nuevas condiciones que privilegiaban la libertad académica.

Fue en este tipo de universidad en el que la investigación científica sentó las bases para la creación de las disciplinas propias para la enseñanza con un método y contenido específicos para su transmisión. El éxito que alcanzó este modelo universitario tal vez no correspondió a las expectativas de quienes la concibieron, ya que proponían construir una sola universidad nacional que se dedicara principalmente a la especulación dentro de la filosofía idealista, y no un sistema de universidades como después se desarrolló, el cual se vio favorecido, entre otros casos por el ambiente de competencia que se estableció.

Además de la tendencia al desplazamiento de la teología por las ciencias naturales, la partición entre Humanidades y Ciencias Naturales y la separación tripartita de la Verdad, la Belleza y el Deber, las reformas introducidas por Wilhelm Humboldt en la Universidad de Berlín, proyectaron en el pensamiento

universitario un nuevo Humanismo, que venía siendo un relanzamiento de la propuesta ya insinuada desde el renacimiento italiano, a partir de la admiración hacia la cultura antigua griega.

La experiencia universitaria norteamericana también creó las condiciones del espacio académico para la innovación que implicaba una disciplina científica dedicada a estudiar la sociedad. De hecho, el sistema norteamericano es uno de los modelos de educación superior que han estado influyendo de manera significativa en las características que van conformando nuestro sistema de educación superior, sobre todo en la actual organización académica en el marco de la Globalización (norteamericanización) que se ha instituido como estructura hegemónica adquiriendo un radio de acción mundial, gracias a iniciativas como las de la Fundación Ford de imposición de planes de estudio y estructuras académicas, muy importantes en la historia de las universidades latinoamericanas.

Conservando estructuras organizativas propias de los “colleges” británicos, las instituciones estadounidenses distinguen la parte administrativa de la propiamente académicas o científicas, mediante un presidente-rector que se encarga de contactar los financistas de su organización, en una visión abiertamente corporativista. También, de la experiencia norteamericana proviene la noción de la estructura académica departamentalizada, la delimitación de los niveles educativos, la libertad de cátedra de los profesores y el sistema electivo flexible y semiflexible. Un rasgo importante, inspirado en el modelo de la Ilustración alemana, fue establecer la tarea de la investigación como otra de las misiones universitarias. Así, mismo la flexibilidad para la escogencia por parte del estudiante de las materias que conformaría su plan particular de estudios. Este último sistema se implementó en la Universidad de Virginia. Ella ofrecía a los alumnos la posibilidad de elegir uno o varios campos de conocimiento, integrados a ocho *colleges* o departamentos diferentes, en donde cada uno correspondía a uno o varios campos de conocimiento (bloques), que mantenían los contenidos tradicionales como griego, latín, moral, etcétera. Un rasgo de flexibilidad característico de la institución era que el alumno podía tomar al mismo tiempo cursos avanzados, intermedios o iniciales de distintos departamentos. No existían materias para primero, segundo o tercer año.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Harvard había establecido, desde 1825, instancias académicas denominadas departamentos para supervisar varios cursos paralelos. Tal innovación combinada con los aportes de la Universidad de Virginia, con el tiempo sería reconocida como departamentalización, rasgo considerado como típico de la vida académica norteamericana. En Harvard, en la década de 1850, se crearon escuelas profesionales y se incorporaron laboratorios; dando como resultado una enseñanza más pragmática.

Fue en esta universidad, en la época del rector Eliot (1869-1909) donde se estableció que el claustro de profesores de Artes y Ciencias fuera responsable de toda la educación no profesional desde el ingreso al *college* hasta la obtención del grado de Doctor en Filosofía (Ph. D.).

La Universidad de Harvard protagonizó una verdadera revolución con la inclusión de aspectos tales como: el establecimiento del sistema electivo, la incorporación de las artes liberales al pregrado en el *college*, la instauración del posgrado, así como de las escuelas profesionales y la promoción de la integración de la docencia y la investigación.

Otro aporte norteamericano fue la figura del **departamento**, como instancia académico-administrativa en la que descansa la organización de la educación superior norteamericana en la que descansa la organización de la educación superior norteamericana, es un fenómeno relativamente nuevo. Algunos historiadores se refieren a ella como “una forma desviada de la norma que adquirió mayor desarrollo en los Estados Unidos”, donde surgió en el ámbito controlado por los patronatos y las administraciones sobre las universidades y de los *colleges* emergentes en el siglo XIX.

De modo, que estaban dadas las condiciones para acoger el desarrollo de la sociología como disciplina científica y profesión, con lo cual a su vez, se le dio nuevo impulso a la universidad moderna en el mundo.

CAPÍTULO II

EL OBJETO DE LA SOCIOLOGÍA



www.mawil.us

2.1. La construcción de un objeto de estudio

Algunos historiadores y filósofos de la ciencia afirman que las disciplinas científicas “construyen su objeto de estudio”. Esta frase puede confundir a los legos, cuyo sentido común les indica, por una parte, que, si realmente existe el objeto, no debiera ser construido por los científicos sino, en todo caso, captado por ellos; pero si, por otra parte, se insistiera en la afirmación de la “construcción”, ésta sería entonces como un “invento” o una “creación”, a la manera de los literatos que escriben cuentos o novelas, con lo cual no estarían haciendo ciencia que, supuestamente, trata de objetos reales y no inventados, sino fantasía o ficción. La confusión aumenta porque, en otros textos, se señala que las ciencias hacen un “recorte” en la realidad, es decir, que sus respectivos objetos de estudios son “pedazos” de la realidad. La duda surge acerca de cuál tipo de “tijeras” sirven para hacer semejante “corte” y de acuerdo a cuál patrón se recorta, si nos atenemos a la imagen de un sastre o costurera. Pero el desconcierto puede hacerse aún mayor, si afirmamos con certeza que no existe, entre los sociólogos, un consenso, acerca de cuál es el objeto de estudio de la sociología, y que tal asunto es motivo de discusiones entre las distintas corrientes que actúan en el seno de la disciplina.

Por supuesto, todas las ciencias parten de una premisa realista: el mundo y sus cosas existen; están allí, independientemente de que las queramos o no, o que las conozcamos o no. Acerca de este punto no conviene discutir demasiado; en este texto eso no está en discusión, aunque los filósofos sí debaten ese punto. Nosotros lo daremos, en cambio, por supuesto. Es obvio que hay “algo”, y no la “nada”. De esta manera, podemos distinguir entre el Objeto Real, lo que existe, y el Objeto de Conocimiento, lo que vamos a conocer de eso que existe. Precisamente este último aspecto es lo que es motivo de discusión entre filósofos y científicos.

El asunto del objeto del conocimiento tiene que ver con qué es eso que está ahí, existiendo, si es posible dar cuentas de él, cómo conocerlo y lograr una certeza acerca de ello. Hay tres formas de abordar estos problemas. Uno, es remitirse a la importancia que para nosotros (o para la Humanidad, la comunidad, la Nación, etc.) tiene conocer una cosa o la otra. Es decir, en términos de Weber,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

los valores constituyen los criterios para delimitar los objetos de estudio. El otro enfoque es remitirse al “sentido común”, a lo que es evidente “para todos”, a lo obvio. La tercera pista nos viene dada por el examen de la historia de cada objeto que ha sido motivo de atención por parte de los investigadores. Siguiendo este criterio, veremos que, efectivamente, los centros de atención del conocimiento cambian con la época y (cosa común cuando hablamos de elementos culturales como la ciencia misma) con el espacio: las naciones, las regiones, los pueblos, etc.

En el caso de la sociología, existe una premisa ontológica básica, formulada por uno de los Padres Fundadores, Emile Durkheim: hay hechos sociales. Estos deben estudiarse como cosas dadas, específicas, no reductibles a fenómenos químicos, físicos o biológicos, ni siquiera psicológicos o mentales. Son pertinentes entonces las precisiones acerca del adjetivo “positivo” por parte de Comte: un hecho es positivo en cuanto real, opuesto a quimérico. En segundo lugar, un hecho es útil o inútil para algo o para alguien. En tercero y cuarto lugar, lo positivo es cierto y seguro, por oposición a lo indeciso o ambiguo, así como es preciso y no vago. Por último, lo positivo es lo contrario a lo negativo, en el sentido de que es constructivo y no destructivo.

Por esos motivos, el camino para conocer esos hechos sociales, es el de la objetividad, lo cual, en término más precisos, implica desechar cualquier pre-concepto acerca de ellos. Con esta premisa metodológica, la nascente sociología evidencia su ascendencia de las enseñanzas de Francis Bacon, quien insistía una y otra vez en sus observaciones y experimentos, remontándose trabajosa y sistemática de hecho en hecho, en una legítima inducción, hasta poder afirmar con seguridad ciertas aserciones. Bacon en su momento identificó los *idola*, los prejuicios que aceleran o precipitan los juicios de una manera tal que conducían al error, y los ubicó como aquellos correspondientes a las ideas comunes de las comunidades, las tradiciones, así como los errores de percepción propios de los seres humanos.

Como hemos dicho, no existe todavía hoy un consenso entre todos los sociólogos acerca de cuál es el objeto de estudio de la sociología. Esta constatación puede llevar, bien a una duda sistemática, bien a una decidida toma de partido.

Cualquiera sea la opción, hay que acercarse a estos dilemas, en los cuales ni siquiera hay consenso en la existencia del término que le da nombre a la disciplina: la “sociedad”. De hecho, para los individualistas metodológicos, de filiación liberal, no hay tal cosa, sino individuos relacionados de una u otra forma. Por otra parte, unos confirman que tales relaciones son materiales, tangibles, concretas, mientras que desde otra posición, son más bien representaciones, proyectos, signos, con que los seres humanos orientan sus interacciones. Por otra parte, para algunos la ciencia debe revelar las constantes de las sociedades, los elementos que llevan a su persistencia y equilibrio; mientras que para otros, por el contrario, el conocimiento social debe evidenciar los puntos donde surgen los conflictos que son la clave para entender sus transformaciones y su flujo complejo. Unos sociólogos se concentrarán en los hechos sociales en su objetividad, otros en la acción orientada por valores o ideas, los terceros en la práctica transformadora de acuerdo a proyectos y todavía un cuarto grupo que hará énfasis en las relaciones estables, estructuradas, que al final determinan esa acción o práctica de los hombres.

Lo que sí caracteriza a toda la sociología, incluso las posiciones más antagónicas, es que la sociología ya no es más especulación filosófica, sino ciencia que, como dice Durkheim (1976), no toma partido por las grandes hipótesis metafísicas (libertad contra predestinación, por ejemplo). En todo caso, a lo más que aspira es a descubrir el cumplimiento del principio racional de la causalidad, de que es posible explicar los hechos que estudia.

2.2. Totalidad o agregado de individuos

La primera oposición en cuanto al objeto de la sociología que consideraremos, es la planteada entre los holistas y los individualistas metodológicos. Para los primeros, el bosque es lo primero; para los segundos, sólo hay árboles. Cada partido da una respuesta diferente a las preguntas acerca de los conceptos fundamentales de la disciplina: sociedad, estado, clase social, administración pública, capitalismo, nación, etc. ¿Se trata en cada caso de agregados de elementos básicos, o sistemas integrados, totalidades? Por supuesto, en el fondo se trata de una vieja cuestión filosófica: la relación entre el lenguaje, las palabras, de una parte y por la otra, las cosas, las realidades; entre las “voces” y la “res”; entre

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

los conceptos universales y la realidad. ¿Cuál es la naturaleza de los conceptos generales en la sociología? ¿Los conceptos colectivos como sociedad, iglesia, partido, sindicato, entre otros, se ajustan a alguna forma de realidad?.

Para los sociólogos individualistas, los conceptos universales no se corresponden con ninguna realidad, puesto que sólo se refieren a agregados de individuos. En cambio, para los holistas, se trata de conceptos inanalizables, es decir, que no se pueden descomponer en partes más simples, pues aluden a realidades independientes de los individuos y sus acciones. Para los individualistas, las estructuras, por ejemplo, son sólo epifenómenos, meros hechos superficiales, de las acciones de los individuos; mientras que para los holistas es lo contrario: el accionar de los individuos es la manifestación de estructuras que lo determinan.

Aquí se juega un dilema ontológico, a despecho del llamado durkheiminiano de rechazar por principios las alternativas “metafísicas”. Ambas posiciones extremas representan bases ontológicas enfrentadas. De un lado, sólo existen los individuos libres que interactúan; del otro, esa libre determinación de las voluntades individuales no es más que una ilusión, pues incluso el individualismo en un resultado, no una causa de la historia (cfr, Pellegrini, 2004).

El grupo de las teorías sociológicas holísticas se orientan hacia la historia, la estructura y el sistema. El comportamiento de los individuos sólo puede explicarse de esas totalidades de acuerdo a sus leyes generales, que pasa por ubicar y describir las posiciones o roles que esos individuos ocupan al interior de esas totalidades. Las entidades sociales son originarias respecto a los individuos, porque condicionan su acción, sus creencias, deseos, objetivos e identidad.

El individualismo metodológico funda su explicación de la sociedad en la acción motivada por fines o intenciones de los individuos, y por ello se le ha atribuido y criticado su subjetivismo o teleologismo (énfasis en los fines propuestos por los actores sociales); mientras que el holismo basa sus explicaciones en aspectos objetivos (por oposición a lo subjetivo) y en las leyes o regularidades observadas, por lo que se le critica un supuesto mecanicismo que niega el papel creativo de los sujetos.

Existen tres tendencias principales entre las sociologías que hemos agrupado en la orientación holística, la cual arranca con Marx, Durkheim y Comte:

- a. La tendencia historicista, de inspiración hegeliana y/o marxista (los teóricos de la llamada “Escuela de Frankfurt”, todos los de la tendencia marxista en su gran diversidad).
- b. La tendencia estructuralista, tanto en su variante funcionalista (Parsons, Merton), como de inspiración lingüística (Levy Strauss).
- c. La tendencia sistémico-relacional (las explicaciones de la comunicación y las patologías mentales de Bateson, o la teoría de sistemas de Niklas Luhmann).

Por otro lado, el individualismo metodológico, que se origina en Weber y Pareto, podría ramificarse a su vez en las siguientes tendencias:

- a. Teorías inspiradas en la microeconomía y la derivada teoría de elección racional (los “mecanismos” de Jon Elster, los modelos de máxima racionalidad de Popper).
- b. La sociología interpretativa, que incluye teorías basadas de alguna manera en la de la acción social de Weber.
- c. La fenomenología (Sartre, Schutz).

Ha habido intentos de conciliación de ambas tendencias teóricas extremas. En la propuesta misma del estructural funcionalismo de Talcott Parsons, por ejemplo, el sociólogo intenta articular la teoría de la acción social de Weber, por la cual la acción se hace social por la significación que le asignan los individuos, con una perspectiva de conjunto, sistémica, por la cual la sociedad funciona como un organismo autoregulado. Esa totalidad es construida conceptualmente mediante un procedimiento propio de la filosofía fenomenológica: a partir de modelos puramente ideales.

Por otra parte, en la tradición marxista de dos siglos, ha habido propuestas de articulación y complementación entre el materialismo histórico, por un lado, y por el otro el psicoanálisis (Reich, Adorno, Marcuse, Fromm), la fenomenología (Sartre, las “historias de vida”) y hasta la teología (teología de la liberación:

Dussel, Hinkelammert), las cuales se orientan a la misma necesidad de integrar el enfoque holístico, propio de la concepción materialista de la historia, con enfoques individualistas.

Posiblemente, la debilidad de esos proyectos de articulación reside en que reproducen una suerte de “dilema metafísico”, como diría Durkheim, entre los conceptos de “libre albedrío” y “predestinación”, términos que se enfrentan desde los tiempos más remotos de la teología. En otras palabras, debiera plantearse, no a nivel de las premisas y enunciados generales de la Gran Teoría que, como ya se dijo, pretenden sintetizar todo el orden social en modelos teóricos y conceptuales, sino al nivel de las metodologías específicas para analizar problemas y procesos concretos. En todo caso, las bifurcaciones en las decisiones de los investigadores sociales, a nivel conceptual, no se reducen al par holismo/individualismo.

2.3. Equilibrio y conflicto, apología o crítica

Adorno y Horkheimer, fundadores de la llamada “Escuela de Frankfurt” (ver en capítulo III), hicieron, a comienzos de la década de los 30 del siglo XX, una distinción esencial en las teorías sociales, entre aquellas que aceptaban la sociedad como “lo dado” y terminaban por centrarse en los mecanismos de su estabilidad y hasta convertir su elaboración intelectual en una apología más o menos consciente de los existente; y las otras teorías que, por el contrario, se detenían en las debilidades y conflictos de la sociedad y, desde el punto de la razón, emprendían una crítica sistemática al orden social. Así quedaba establecida la oposición Teoría tradicional/teoría crítica. Por supuesto, la “Escuela de Frankfurt” se presentaba a sí misma, como exponente de esta última corriente.

Del lado de la “teoría tradicional” quedaban alineados, principalmente, el positivismo sociológico y el estructural-funcionalismo de Talcott Parsons. No les falta razón: el positivismo, con su insistencia en asumir los hechos sociales como “cosas”, distinguir tajantemente hechos de deberes o deseos, abundar en la cuantificación empírica, reduciendo todos los fenómenos a fenómenos medibles, y el estructural-funcionalismo que representa la totalidad de la sociedad como un sistema que busca su propio equilibrio mediante organismos y funcio-

nes auto-reguladas, quedando reducidos los conflictos a simples disfunciones.

Igualmente, habría que incluir en la “teoría tradicional” aquellas sociologías individualistas que dan como universal una racionalidad, una “lógica” de la acción (como diría Pareto) que busca el beneficio y hace el cálculo de las ganancias y las pérdidas en cada comportamiento o decisión. Los teóricos de Frankfurt, de hecho, desarrollan una crítica completa a lo que ellos conceptualizan como “racionalidad instrumental” que es aquella lógica que lo reduce todo, comenzando por los propios seres humanos, pero también a la totalidad de la Naturaleza, a meros medios o instrumentos para conseguir unos fines que, al no someterse a discusión desde una razón crítica, acaban siendo los objetivos del sistema en su conjunto: la reproducción de las relaciones de dominación, la acumulación de capital, la explotación y destrucción de la Naturaleza.

En el capítulo III nos extenderemos más acerca de los criterios de esta “Teoría Crítica”. En este apartado sólo insistiremos que esta oposición tradicional/crítica de la teoría social, coloca a la sociología, como a toda ciencia, ante los dilemas y las tomas de partido directamente políticos, en el sentido de que los debates teóricos, incluso los más abstractos, acerca de la sociedad, tienen una base y unas implicaciones en las propuestas de cambios, transformación, reforma y conservación de ese mismo orden social. Esto remite a consideraciones, históricas y teóricas, por supuesto, pero sobre todo a opción políticas radicales, en el sentido de que van a la raíz constitutiva de las sociedades.

Otra oposición, que puede comprenderse en el marco de la que comentamos de tradicional/crítica, es la apuntada por varios autores, entre ellos Gouldner (1970), que se refiere a la actitud emocional o disposición práctica de las teorías hacia su propio objeto de estudio. Gouldner opone el romanticismo al racionalismo, indicando con la primera tendencia una consideración de los aspectos no racionales del actuar humano en sociedad, y con la segunda, la que resalta las normas y las lógicas en la organización social. Señala el autor que esta distinción puede explicarse por las tradiciones nacionales alemanas y francesas, las cuales son opuestas en cuanto destacan o no la disposición a actuar y a defender o tomar distancia respecto al componente emocional. También se relacionan estas “coloraciones emocionales” de las sociologías a la oposición holismo/

individualismo, aunque el marxismo, por ejemplo, que enfatiza la relación de la teoría con la práctica militante de transformación social, frente a la actitud más distanciada y académica de la “sociología académica” la cual, a su vez, es interpretada como resultado del aislamiento y virtual derrota política del positivismo sociológico de Saint Simón y Comte, por lo menos. Es decir, la conversión de la sociología en una disciplina académica y su retiro de la arena política, tiene la significación del poco apoyo que la burguesía francesa tuvo hacia las propuestas políticas de Saint Simon y sus discípulos más activos, así como de los planteamientos reformistas de Comte y su “Religión de la Humanidad”.

2.4. Materialidad y/o significación

Otro criterio de distinción de las corrientes sociológicas en la definición de su objeto de estudio, se refiere a su materialidad objetiva o su carácter subjetivo, ideal o significativo.

Es la misma distinción que coloca los objetos de estudio, bien a nivel público, constatable por un observador distanciado, ajeno a los intereses de los individuos o grupos directamente involucrados en el trato o en las pugnas que tejen la sociedad, o bien a un nivel mental, íntimo, subjetivo, por lo que el observador, de alguna manera, entra en una relación empática con algún lado de los participantes en las relaciones sociales, dilema que polariza a las propuestas objetivistas y las subjetivistas o fenomenológicas. Terciando en el debate, se encuentra el estructuralismo de inspiración lingüística, que tematiza la significación como proceso independiente, con sus propias reglas, que no son las de las subjetividades relacionadas en la comunicación.

No sólo el positivismo enfatiza la materialidad de los “hechos sociales tomados como cosas”; también el marxismo, cuyo criterio de objetividad y verdad es la práctica social, ejemplificada en el trabajo productivo, la actividad intelectual artística o científica y la lucha política. Por materialidad se entiende aquí una profundización en el realismo metafísico, en la convicción de que hay algo que existe independientemente de que sea conocido o querido, y que es eso lo que aborda la ciencia, tratando de ser justos con las cualidades intrínsecas e independientes del objeto.

En la acera de enfrente, la fenomenología asume como objeto de estudio los “mundos de vida” reseñados por Husserl en la última etapa de su obra, como aquello que se encuentra en las conciencias de los sujetos en “actitud natural”, tal y como se representan su vida en la cotidianidad de su trabajo y de sus relaciones con los demás, con sus criterios propios de verosimilitud. Aquí es clave, entonces, como se trata de significaciones subjetivas, de la actitud empática, de la capacidad de los investigadores de “ponerse en el lugar del otro”, lograr captar empáticamente las coordenadas, la constitución de los objetos y relaciones, que hacen los sujetos en sus conciencias, a partir de la propia capacidad de hacerlo del sujeto investigador. Un mediador fundamental en estos procesos de conocimientos es el lenguaje y los símbolos en general. Por ello, la semiótica de inspiración estructuralista encuentra su pertinencia al formalizar, de una manera tendencialmente lógica, la reducción de las oposiciones semánticas o narrativas de los discursos y representaciones.

Igualmente, y con primacía, las sociologías que giran en torno a la significación, asumen las indicaciones metodológicas de Max Weber, asumiendo su carácter de interpretativas. De hecho, esas sociologías entienden su labor como una interpretación de las interpretaciones que de su propia vida social, realizan los sujetos en general, es decir, los “legos”, quienes no son científicos. Guías orientadoras de esas interpretaciones son los “Tipos ideales”, construidos por la conciencia del investigador, buscando su pureza conceptual, que sirven de modelos generales y abstractos para adscribir las observaciones y ubicarlas en sus categorías básicas. Es decir, el intérprete social, el científico, adscribe los aspectos observados en los rasgos generales de sus modelos teóricos, que le sirven para atribuirles significación.

En el fondo, el debate remite a la contraposición entre las dos funciones principales, a veces asumidas como contrarias, del conocimiento científico social: por un lado, la *Explicación*, por el otro, la *Comprensión*. Ambos alcances del saber social atienden a la pregunta del *Por qué* del objeto de estudio, sea fenómeno, hecho social o proceso interpretado. Pero las respuestas, tienen una modalidad distintiva según sea un explicación causal (la causalidad eficiente, siendo externa y anterior la causa, respecto del efecto) o una comprensión significativa (la motivación o atribución de significación que realizan los sujetos

en su acción social o su práctica).

Para Gidens (2008), en su comentario acerca de las corrientes sociológicas de las últimas décadas del siglo XX, hay tres categorías claves de las sociologías interpretativas: el Poder, el Valor y la Significación. Ellas, a su vez, tienen su correspondiente objetividad, observable en los comportamientos humanos y en la construcción de las relaciones sociales. Porque uno de los rasgos distintivos de esta postura epistemológica es que la sociedad no preexiste, mucho menos determina, a los sujetos y sus significaciones, sino que es más bien un resultado de sus interacciones, es un tejido que entre todos hacemos a partir de lo que aparece en la conciencia en forma de “mundos de vida”, marcos significativos para la acción reconocida, tanto por sí mismo, como por los demás, es decir, la acción social.

2.5. Hechos, acción, práctica, estructuras

Hemos aludido a algunas tentativas de conciliar los enfoques holísticos e individualistas en la sociología. No todas han satisfecho las expectativas de los científicos sociales; mucho menos han contestado satisfactoriamente a las objeciones que ellos mismos les hacen.

Una solución conciliatoria podría ser la noción de rizo de retroalimentación, introducida en la reflexión por Edgar Morin, quien lo toma a su vez de la teoría de los sistemas y de la cibernética, con su concepto de retroalimentación (feed back). Este modelo de interacción entre los dos principios del conocimiento social, la totalidad social y los individuos, puede ser útil porque remite a un proceso en el cual ninguno de los dos factores aparece como causa o efecto único del otro, y además la primacía depende del momento que se estudia en el fenómeno que centra la atención del investigador.

Así, la totalidad social y los individuos intercambian lugares en la cadena de la causalidad social. La primera genera a los segundos, pero estos, a su vez, generan la primera. Como en la pregunta lúdica de quién fue primero, si el huevo o la gallina, se responde que los dos, o que en un momento es uno, pero seguidamente es el otro.

Aplicando esta oscilación conceptual en la historia de los debates de la sociología, pudiéramos decir que los hechos sociales son producidos por acciones sociales que, al estabilizarse, resultan en prácticas sociales que, cuando se conservan por un tiempo, construyen estructuras, la cuales, a su vez, cambian por efecto de las prácticas sociales, concretadas en acciones sociales. La materialidad implica la significación, y ésta última a la materialidad.

Este esquema, tomado prestado de la teoría de sistemas y de la complejidad, debe ser tomado con cuidado. No se trata de un eclecticismo, un “corte y peque” incoherente; sino un conjunto de prevenciones frente a una tendencia a la cristalización del conocimiento social. Este debe concebirse más como un flujo que como algo ya hecho. Hay niveles nuevos que siempre emergen en la relación, oposición, conflicto, complementación e integración de principios ciertamente opuestos en lo conceptual.

Estas prevenciones han de tomarse como parte del método. Es decir, son pertinentes a la hora de la investigación precisa y concreta, y no tanto a nivel de abstracción de las Grandes Teorías, como explicación síntesis o mapa definitivo de toda la realidad social en devenir. En este sentido, la investigación social debe tener una conciencia histórica de sí misma; saber de sus limitaciones y alcances determinados, que no son únicamente definidos por los investigadores, sino de la época completa de la disciplina, como contexto necesario para la comprensión.

CAPÍTULO III

PARADIGMAS SOCIOLÓGICOS



www.mawil.us

En este capítulo se utilizará el concepto de paradigma en el sentido de Thomas Kuhn (1983): un trabajo de investigación ejemplar que sirve de modelo a una comunidad científica, la cual se agrupa por un consenso alrededor de determinados valores, temas, problemas, métodos y teorías. De modo que un paradigma tiene dos aspectos: uno, epistemológico, en el cual se sistematizan sus criterios de verdad, sus conceptos, modelos y explicaciones, la manera cómo se plantean los problemas sus temas; el otro, social e histórico, alude a la formación, agrupamiento y capacidad de institucionalización que incluye posiciones en la Academia la formación de nuevos miembros de la comunidad científica.

El punto clave (y polémico) es si existe un consenso suficiente entre las diferentes sociologías, que ya vimos divididas en torno a un asunto tan importante como su objeto de estudio. Esa diversidad ha llevado a algunos teóricos a plantear que, en todo caso, las ciencias sociales (que abarcan la sociología, la historia, la psicología, la antropología, la semiótica, etc.) son pluriparadigmáticas, debido al escaso consenso entre sus practicantes, acerca de puntos esenciales de la práctica científica, académica y profesional.

Cabe aclarar que en este capítulo expondremos lo esencial de la denominada “Gran teoría” sociológica, la cual pretende realizar un mapa general de la sociedad en su conjunto, en contraste con las teorías “de alcance medio”, que se refieren a áreas más específicas, relativas a países, períodos determinados, subsistemas sociales (la Política, la Economía) o bien a problemas muy delimitados (como los marcos sociales de las tendencias artísticas y literarias, el desarrollo, la educación, las organizaciones, las elecciones, la delincuencia, la pobreza, etc.)

Siendo así, dedicaremos este capítulo a describir las posiciones esenciales de los principales paradigmas o corrientes sociológicas de la “Gran teoría”.

3.1. La sociedad como organismo y en evolución: el positivismo sociológico de Saint Simon, Comte y Durkheim

Si bien dentro de una historia de la sociología, como pensamiento y propuesta teórica, puede englobarse en la etiqueta “positivismo sociológico”, el

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

cual además implica un compromiso con una visión holista y orgánica de la sociedad, los planteamientos de Saint Simon, Comte y Durkheim, existen unas diferencias importantes entre los tres enfoques teóricos. La principal: el énfasis en el presente de la sociedad moderna o en su historia y posible posterior evolución. Los dos primeros (Saint Simon y Comte) proponen lo que pudiera caracterizarse como una visión evolutiva de la sociedad; mientras que Durkheim se centra en su funcionamiento en el presente.

Como ya hemos comentado, Saint Simon sustenta un conjunto de reformas sociales orientadas a consolidar el predominio de las clases productivas, los industriales y trabajadores, la atención hacia los problemas sociales (la pobreza, el hambre, etc., de las clases trabajadoras) y hasta la relativización de la importancia de la propiedad privada. Para este autor y sus discípulos, esto corresponde a una evolución social indetenible, hacia una sociedad basada en el conocimiento científico y técnico, que garantizaría una vida mejor a todos los ciudadanos, mediante una planificación socialmente acordada. Por su parte, Augusto Comte concibe una evolución social de tres estadios, en la cual la moderna sociedad industrial constituiría la última y más avanzada, garantizada su desarrollo igualmente por la ciencia y la tecnología. La transmutación de los valores morales, ocasionada por el mismo proceso de transformación histórica, sería compensada por la propuesta de una “Religión de la Humanidad” que desplazaría definitivamente los dogmas del cristianismo, ya considerados obstáculos para el avance social. Ambos autores consideran que la sociedad moderna, en pleno avance, todavía encuentra a su paso, como obstáculos a remover, los residuos culturales, económicos y políticos de la anterior estructura jerárquica feudal y aristocrática. Es a esos restos a los que se deben los conflictos sociales, los cuales serán superados indeteniblemente por la sociedad “positiva”.

Es acorde con esa visión evolucionista, la propuesta de un autor como Herbert Spencer, quien, en su gran obra “La decadencia de Occidente”, considera a las culturas y las sociedades particulares como organismos que nacen, crecen, se desarrollan y mueren. Este evolucionismo queda reducido, como hemos dicho, en la obra de Durkheim, pero será recogida posteriormente, tanto por el marxismo, como en las ciencias sociales aplicadas a lograr el desarrollo, como veremos en el capítulo dedicado a la sociología en América Latina.

Por su parte, Durkheim, enmarcado en un momento histórico diferente, posterior a la Restauración monárquica en Francia, reorienta sus énfasis teóricos en el problema del orden y el funcionamiento actual de la sociedad moderna, burguesa, industrial y capitalista. Es por ello que deja atrás una visión histórica, evolucionista, y destaca la noción de “función” que proviene de la biología, específicamente de la representación de las células o los organismos vivos en general. También realiza Durkheim un estudio más detallado de los factores de cohesión social, amenazada por el proceso de pérdida de normas y reglas, conceptualizado como “anomia”, y distingue la “solidaridad mecánica”, propia de las sociedades anteriores a la moderna, de la “solidaridad orgánica”, propia de una sociedad en la cual la división del trabajo ha avanzado tanto que, no sólo aumenta significativamente la productividad del trabajo, sino que crea una nueva conciencia de la necesidad de la integración social en los individuos.

En términos generales, lo que los identifica a los tres padres fundadores del positivismo sociológico es, primero, la comprensión de la sociología como descendiente o discípula de las ciencias de la naturaleza, de sus métodos y sus objetivos; segundo, la reconsideración, más o menos polémica, del valor “utilidad”, que constituía el eje del “sentido común” de la sociedad burguesa o de clase media del siglo XIX, en proceso de industrialización y afianzamiento del capitalismo, en contraste con la mentalidad de la aristocracia como clase representante de la sociedad jerarquizada anterior a la revolución francesa. La utilidad se convierte en social y referida a las próximas generaciones, ya para Saint Simón en el primer cuarto del siglo XIX; es decir, pierde su sentido individualista y referida a la ganancia capitalista que adquiriría en autores representativos tales como Bentham. Más tarde, con Durkheim, la utilidad como concepto se disuelve en la noción de “función”, la cual se constituye como respuesta de los organismos ante sus propias necesidades.

La ruptura de Durkheim con Comte, entonces, puede resumirse, sobre todo, en el descarte de la “Religión del Hombre” y de la tesis de los estadios del Progreso, desde un estadio supersticioso y animista, pasando por la fase “teológica”, hasta la sociedad “positiva”. Estas sobrevivencias del evolucionismo, era inaceptables para Durkheim porque constituían concesiones a la especulación

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

filosófica y, más importante, a planteamientos políticos de cambio social, cuando la preocupación principal de teórico francés era el orden social y la integración de los individuos en la pujante sociedad industrial. Es decir, la sociología, para asumir su carácter de ciencia, debía tomar distancias respecto de la filosofía especulativa y de las ideologías políticas. Este énfasis en la cientificidad de la naciente sociología académica, facilita su incorporación en las Universidades como disciplina y profesión. Estas reconceptualizaciones de Durkheim sirven a la liberación de la sociología respecto de la filosofía y las doctrinas políticas generales, en el sentido de un mayor cientificismo que, a su vez, refuerza su carácter académico.

Durkheim enfatiza además la personalidad de la nueva disciplina, reivindicando el carácter irreductible de los hechos sociales respecto a fenómenos psicológicos, biológicos o físicos. Cada uno de los hechos sociales (instituciones, organizaciones, estado, familia, etc.) sólo es explicable, en una cadena causal propia de las ciencias, por otro hecho social que, ocurrido antes y desde el exterior, tiene una eficacia determinable empíricamente.

Igualmente, esta especificidad de los hechos sociales exige al científico que se dedica a su estudio, una *objetividad* conquistada gracias al rechazo a todos los preconceptos provenientes de las tradiciones morales, religiosas o políticas. Esta objeción general a los prejuicios, constituye una herencia directa de Francis Bacon, quien condenó cualquier concepto o afirmación aceleradores del juicio, como un obstáculo a remover en el disciplinado y trabajoso proceso por el cual el científico observa y realiza sus experimentos, va registrando los fenómenos, agrupándolos y clasificándolos, hasta lograr, por la vía de la inducción generalizadora, unos conceptos los cuales, formulando hipótesis, eran nuevamente sometidos a prueba, en repetidas experiencias, detalladamente diseñadas.

El positivismo sociológico es holista. Su premisa metodológica básica es que la sociedad constituye una unidad orgánica. Hay entonces una totalidad social que explica el comportamiento de los individuos quienes no tienen la capacidad esencial de producir hechos sociales, más que en el marco de sus relaciones y asociaciones con otros hombres. La sociedad es una realidad nueva respecto a la de sus integrantes. Se trata más bien de un sistema formado por la asociación

de los hombres. Hay una radical heterogeneidad entre los hechos individuales y los sociales. Estos últimos constituyen propiedades emergentes, nuevas como las del agua, en relación a las propiedades de sus componentes, los átomos de hidrógeno y oxígeno. De tal manera que los sociólogos positivistas se representan a la sociedad como una realidad única, total, en analogía con la de la célula.

Dado que la sociedad es una realidad específica, con su propia línea de causalidad, ejercen una coerción sobre los individuos para integrarlos, pues ella tiene sus propios objetivos diferentes de los de sus integrantes tomados individualmente. La coerción la ejercen determinadas instituciones, tales como el estado, la familia y la Iglesia, pero más allá de ellas, esa acción sobre los integrantes es ejercida por la asociación completa de todos los individuos asociados.

La integración que estudia Durkheim es principalmente simbólica, regulada, normalizada, en las sociedades. De allí que el principio general de la cohesión y regularidad es fundamental para la sociología positivista. La integración social se logra gracias al acento puesto en los valores y las normas a través de las instituciones. Son ellas las que vencen la potencial anomia, pérdida de fuerza y sentido de las reglas y normas, producto de las transformaciones sociales por el industrialismo y la generalización de las relaciones sociales que buscan el beneficio individual, además del desplazamiento de las instituciones antiguas, como la Iglesia. Para Durkheim, los principales factores de esa integración son la moral y los valores, los cuales son consecuencia de la pertenencia del individuo a algún un grupo.

El holismo positivismo entiende que el individuo es social e históricamente determinado, mientras que el grupo es la unidad fundamental del estudio de la sociedad, y la mediación principal de los valores que cohesionan la totalidad.

En lugar de examinar la evolución de las sociedades, este enfoque sociológico positivista considera como claves para entender a la sociedad, dos procesos que se reinician en todo momento en el presente: la división social del trabajo y las funciones sociales. La primera, que es típica de la sociedad industrial en la cual alcanza su profundización y perfeccionamiento, permite una relación más dominante con la Naturaleza, un aumento en la productividad del trabajo, así

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

como el logro de mejores niveles de vida. Pero su mayor significación radica en lo que aporta a la conciencia de la necesidad de la asociación y unidad de la totalidad, desde la perspectiva del individuo. De hecho, crea un sentimiento de solidaridad (mecánica u orgánica) que se halla a la base de la integración. En cuanto a las funciones sociales, distinguibles no sólo en la modernidad, sino incluso en las sociedades primitivas o ágrafas, como las estudió la antropología funcionalista, son los modos en que el mismo colectivo busca la maneras para satisfacer las necesidades del Todo social. Las funciones sociales producen beneficios para toda la sociedad, y se forman a partir de la relación de correspondencia entre unas necesidades dadas y las instituciones sociales.

Desde el punto de vista del modelo holístico y orgánico de la sociología funcionalista positivista, el objetivo de las investigaciones científicas es el establecimiento de regularidades, de cadenas de causalidad entre los distintos hechos sociales, con el fin del establecimiento de leyes generales.

3.2. El marxismo

Para sus autores, Marx y Engels, se trata de la concepción materialista de la historia, basada en las formas en que se asociaban los hombres para producir su vida material, en contraste con la concepción idealista, cristalizada en el sistema filosófico hegeliano para el cual la historia de la Humanidad era el despliegue de la idea de la Libertad en el Espíritu Humano durante siglos y a través de la cultura y la política de varios pueblos. Para una de las tradiciones que se desprenden de las obras de los iniciadores, el marxismo está constituido por una ciencia, el materialismo histórico, y una filosofía, el materialismo dialéctico. En una lectura más atenta de la obra de los fundadores, cabe más bien distinguir tres momentos en su elaboración como propuesta teórica, en la cual se pueden distinguir preocupaciones heterogéneas y respuestas a diferentes debates ubicables en el tiempo. En primer lugar, un deslinde respecto de la concepción idealista de la historia, expuesta por el gran filósofo alemán Hegel, y un esbozo teórico metodológico de lo que podría ser una ciencia de la historia que explique los pensamientos y las formas políticas por su base económica, en contraste con el método hegeliano. En segundo término, después de un Manifiesto donde se establecen los principios de una nueva perspectiva política basada en la

emergente clase obrera, una secuencia de análisis de determinadas coyunturas o procesos políticos históricos de la segunda mitad del siglo XIX (el golpe de Estado de Luís Bonaparte en Francia, la Comuna de París, las luchas obreras en Alemania, la guerra civil en Estados Unidos, etc.), en la cual se pone a prueba los nuevos conceptos de la “concepción materialista de la historia” y cómo la lucha de clases se manifiesta y adquiere formas nacionales. En tercer lugar, un análisis y crítica de la economía política clásica, en vista de una crítica general al capitalismo como “modo de producción” basado en la explotación del trabajo asalariado, factor que justifica la acción del movimiento revolucionario del proletariado de todo el mundo, especialmente de aquellos países industrializados. La vocación del marxismo siempre fue la de integrar la teoría y la práctica política. El Comunismo, para Marx, no era otra cosa que el movimiento histórico de superación del capitalismo, a través de las luchas del proletariado mundial. Como teoría, Marx y Engels siempre reivindicaron que se trataba de una ciencia. De allí la denominación “socialismo científico”; pero, por otro lado, identificaron su propuesta doctrinaria con el proletariado industrial de la sociedad moderna. Al caracterizar como “metafísico”, término que expresa desdén, el debate filosófico acerca de la verdad, levantaron la “práctica” como el criterio fundamental. Así, de paso, se distinguieron del materialismo del siglo XVIII, que concebía a la “materia” como cosa u objeto, y no como actividad creativa o combatiente del Hombre.

Para Vladimir Ilich Lenin, el líder revolucionario ruso que afirmó haber aplicado en su práctica el marxismo, éste tiene tres fuentes que son igualmente las tres partes integrantes: idealismo alemán, economía política inglesa y socialismo utópico francés. Valga decir, la doctrina que se convirtió en eje de todo un bloque de países durante parte importante del siglo XX, era a la vez una filosofía, una ciencia económica y un programa político.

Las premisas de la concepción materialista de la historia (o “materialismo histórico”, para la tradición comunista soviética o china, predominante en el siglo XX), son las siguientes: los seres humanos establecen relaciones entre sí para producir su vida material que constituyen la base o estructura económica, sobre la cual se levanta un “edificio” o superestructura política, jurídica, ideológica o cultural. Esas estructuras cambian en la historia, que es un proceso en el

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

cual se enfrentan clases sociales de intereses antagónicos (explotadores contra explotados), lucha de clases que ponen en juego los avances alcanzados por la Humanidad en cada etapa de su productividad y la técnica de dominio de la Naturaleza (fuerzas productivas). Este largo proceso ha alcanzado su cúspide con la plenitud de la sociedad capitalista industrial, en la cual se alcanza el máximo desarrollo de las fuerzas productivas, los valores tradicionales se “ahogan” en el “mar helado” del interés económico por la acumulación de ganancias en el capital, pero las relaciones de producción, las mismas que distinguen y enfrentan las clases explotada y explotadora, se convierten en un obstáculo para proseguir el progreso de la Humanidad, por lo que se hace necesaria una revolución que transforme la estructura social, acabe con la explotación de clases y, en consecuencia, vaya disolviendo el Estado, institución cuyo único sentido es el de mantener la dominación de clase, lo cual pierde cuando es la clase explotada moderna, los proletarios, quienes alcanzan al fin el poder y se les posibilita eliminar toda explotación y dominación.

Son perceptibles en la obra de Marx y Engels de la década de los cuarenta del siglo XIX, las mismas líneas evolucionistas de Saint Simon y Comte, así como algunas premisas, como la lucha de clases, que ya circulaban en las mismas ideas fundadoras de la sociología del primero. Ahora bien, ya en la filosofía de Hegel, el gran maestro contra el cual irrumpen los dos teóricos asociados, encontramos los gérmenes de muchas más ideas, aparte del evolucionismo que abarca toda la historia de la Humanidad: el papel creativo del Trabajo (que Hegel, a su vez, recoge de la naciente economía política inglesa) y el “método dialéctico”, que es un magnífico intento de reconstruir racionalmente el planteamiento y superación de los conflictos y las contradicciones de los procesos históricos. Hegel había interpretado períodos históricos como la oposición de ideas o principios básicos, que se identificaban en cuanto a las cuestiones de cada momento, interactuaban, devenían uno en el otro, hasta que eran superadas por una síntesis que a su vez se desdoblaba en un nuevo par de opuestos.

Pero la ruptura con Hegel era ya un hecho en el ambiente intelectual alemán a través de nuevas tendencias del pensamiento, que se caracterizaron como la izquierda y la derecha hegelianas. En esos debates de sus maestros, Marx y Engels primero se identificaron con Feuerbach, quien desarrolló una antropolo-

gía filosófica en la cual, no sólo rompía con el idealismo de Hegel, al definirse claramente como “materialista”, sino que reconceptualizaba nociones claves como el de la alienación, la enajenación del Hombre verificable en la Religión y otros espacios, y que a la postre le sirvió a los fundadores del marxismo para comprender la explotación del proletariado. Poco después, en las once tesis sobre Feuerbach, Marx y Engels plantean su materialismo centrado en la práctica y en el compromiso de no quedarse en la interpretación del Mundo, sino en su transformación efectiva.

Ya desde las décadas inmediatas a la revolución francesa, se conocían distintas versiones del socialismo y el comunismo, como otras tantas doctrinas políticas que pretendían dar nuevas perspectivas a las luchas para transformar el capitalismo, a partir de la amarga experiencia de la despiadada explotación de la clase obrera. Pero para Marx y Engels, esas ideologías tenían el defecto de ser utópicas, en parte mero producto de la imaginación literaria de muchos soñadores que no comprendían las causas de la sociedad moderna, en parte elaboraciones de sectas que pretendían organizar experiencias colectivas al margen de la sociedad industrial capitalista que ya se había generalizado, o como meras reformas humanizadoras, como sería el caso del “socialismo burgués”, en el cual clasificaron al pionero de la sociología, Saint Simon, no sin antes tomar de él muchas ideas. Lejos de basar en la imaginación ficticia su programa político, Marx y Engels, apoyándose en su nueva “ciencia de la historia”, definieron como base y fuerza principal de su revolución al proletariado como clase, de vocación internacional, y además inserto en los fabulosos avances de la industria moderna que se convertía en condición necesaria de la nueva sociedad.

La Europa capitalista e industrial vivió en el siglo XIX varias revoluciones, en las cuales apareció efectivamente el proletariado como nueva fuerza. En 1830 y especialmente en 1848, la ola revolucionaria barrió varios países europeos. Los socialistas y comunistas aparecieron a los ojos de los gobiernos conservadores y restauradores de la monarquía y las sociedades jerárquicas feudales, en asociación a la burguesía ya enriquecida en el industrialismo, como un peligro fatal para la estabilidad social. El manifiesto Comunista de Marx y Engels, de 1848, es contemporáneo con esa coyuntura histórica y, aunque no se puede decir que decidió muchos de estos movimientos revolucionarios,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

conducidos más bien por dirigentes anarquistas, sí contribuyeron a difundir la nueva doctrina entre amplias masas trabajadoras, en contraste con la sociología positivista de la restauración que, como ya vimos, hacía énfasis en los temas del equilibrio y la integración social, el Orden y la generalización de la industria a través de la ciencia y la tecnología.

De allí que Marx y Engels, se centraron durante aquellos años de derrota parcial y retrocesos de los movimientos revolucionarios europeos, en realizar análisis políticos de coyunturas y situaciones que lucían como experimentos de la fuerzas y alcance de la clase obrera en acción política. De sus obras acerca de la experiencia del golpe de estado del sobrino de Bonaparte en la Francia de los 60, luego la Comuna de París, las guerras campesinas alemanas, la guerra civil norteamericana, etc., cabe tomar en cuenta que, además de la aplicación de la conceptualización básica de la concepción materialista de la historia, nos encontramos con documentos fundamentales para entender la orientación general que se trató de imprimir a la organización de los proletarios, papel que asumieron con pasión Marx y Engels, en la Asociación Internacional de los Trabajadores, incluso en pugna con otras tendencias revolucionarias, como los anarquistas.

Korsch (1978) llama la atención que la elaboración de la obra máxima de Marx, *El Capital*, tuvo lugar en un momento de derrota y repliegue de todo movimiento obrero revolucionario en Europa. La gran obra, preludiada por ensayos metodológicos de primera importancia teórica como la “Introducción a la Crítica de la Economía Política”, constituye la culminación de la obra científica marxista, puesto que formula una teoría de conjunto, explicativa, modélica, del modo de producción capitalista, en sus rasgos y tendencias más generales. Las crisis cíclicas como crisis de sobreproducción, la revelación del mecanismo básico de la explotación capitalista a través de la extracción de la plusvalía del trabajo del obrero, la universalización de la mercantilización de las relaciones sociales, la relación entre el desarrollo de la tecnología, reflejada en el capital fijo, y la explotación del trabajo, capital variable, como fórmula que indica una tendencia decreciente de la tasa de ganancia, y con ello una tendencia intrínseca del sistema a colapsar, son algunas de las ideas principales de la obra que hoy, incluso de parte de teóricos, economistas y sociólogos colocados en posiciones antagónicas, admiran y reconocen de gran riqueza y vigencia actual.

A la muerte de Marx y Engels, el testigo de la tradición de la concepción materialista de la historia la asumió la Socialdemocracia alemana, el Partido obrero más grande y significativo de Europa para la época, finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Era aquella una época en la cual ya se hacía evidente, para muchos estudiosos, el paso de la sociedad capitalista a una nueva etapa, en la cual los monopolios, en los que se integraban sectores productivos centralizados por grandes capitales que se fusionaban con el capital financiero, defendían agresivamente sus intereses internacionales, y nuevas formas de subyugación colonial dan paso al moderno imperialismo. Parejo a esta nueva realidad económica, se intuía la proximidad de una guerra internacional, motivada precisamente por los insaciables intereses de los monopolios imperialistas, que usaban el poderío de las grandes potencias.

Es insoslayable la marca positivista del marxismo socialdemócrata. Ello es notable, para autores como Gramsci, el extremado énfasis en el determinante económico sobre la voluntad política de la praxis revolucionaria. Esto se apoyaba a los ingredientes comunes del marxismo con el positivismo (el culto a la ciencia, el evolucionismo general, etc.), pero, a la hora de las grandes decisiones políticas, tuvo también sus consecuencias. El marxismo vivió graves deslindes internos, como el revisionismo reformista de Bernstein (que rompía con la perspectiva de la crisis capitalista y la revolución proletaria misma, a favor de un avance meramente parlamentario, institucional y democrático, que posibilitara algunas reformas en el sistema capitalista). Pero, más grave aún, en el momento de desatarse la Primera Guerra Mundial, conflagración en la que entraron en juego los imperialismos y sus ambiciones de control de territorios, mercados y capitales, la Socialdemocracia alemana, francesa y demás, rompen los acuerdos internacionales, respaldan sus propios gobiernos burgueses o asumen la dirección de su propia guerra nacional, por encima del imperativo político de convertir la guerra en revolución.

La Guerra de 1914 fue el escenario de la siguiente escisión en el marxismo internacional y el replanteamiento leninista. Apoyado en los estudios acerca de la nueva fase de desarrollo histórico del capitalismo, el imperialismo, Lenin culmina su labor intelectual y política elaborando la tesis del eslabón más débil: la revolución proletaria era la acción siguiente, necesaria, de todos los revolu-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

cionarios porque ya se había alcanzado el máximo de desarrollo de las fuerzas productivas, pero la revolución sólo se haría efectiva en el eslabón más débil de la cadena del imperialismo, que en aquel momento se ubicaba en Rusia, por una serie de circunstancias especiales: el gran tamaño del país, su atraso social y cultural, el derrumbe del zarismo, la presencia combativa de una clase obrera pequeña pero que en alianza con el campesinado y unos soldados descontentos, posibilitaba el acceso de los revolucionarios al poder. Este quedaría en manos del Partido de vanguardia, organización de revolucionarios profesionales, unidos por una férrea disciplina, que el propio Lenin había comandado desde la primera década del siglo. Es a través de este partido que se hizo posible la implantación de la dictadura del proletariado, es decir, el poder por encima de las leyes de toda una clase social, en una economía atrasada como la rusa, a la cual habría que modernizar planificadamente, asumiendo las tareas que la burguesía fue incapaz de emprender: la electrificación, la industrialización, la modernización.

Con el triunfo del Partido bolchevique, el partido de Lenin, en la revolución soviética de 1917, el marxismo se convirtió en la segunda tendencia científica social del mundo. Cabe destacar que el marxismo tenía ya en esa época importantes desarrolladores en otros países, como Antonio Gramsci en Italia, Gyogy Lukacs en Hungría, Karl Korsch y Rosa Luxemburgo en Alemania, y otros más, teóricos y a la vez dirigentes políticos, que hicieron importantes aportes teóricos, como las anotaciones de Gramsci acerca de la formación de los intelectuales en Europa, la relación estrecha entre sentido común e ideología, la reconsideración del marxismo como filosofía de la praxis con un nuevo materialismo basado en la práctica, la relación entre la ciencia y la ideología, así como del arte y la política.

Después de la revolución soviética, y especialmente luego de la derrota de los nazis en la Segunda Guerra Mundial con la contribución significativa de la URSS, el panorama era de varios marxismos en el poder, que adaptaron las formulaciones teóricas a sus realidades nacionales: el marxismo chino, de la mano de Mao Ze Dong, el marxismo cubano con Fidel Castro y Ernesto Guevara, etc. Igualmente, caben contar los aportes, desde la disidencia, como Troysky y Tito.

Mientras tanto, en aquellos países donde no se tomó el poder, en Europa Occidental, se desarrolló un estilo peculiar de marxismo, denominados por estu-
dioso como Perry Anderson, los marxismos occidentales: los ya mencionados
Lukacs, Korsch, Luxemburgo, entre otros.

Con la muerte de Stalin, la denuncia de sus desviaciones y crímenes y la rup-
tura entre China y la URSS, se desató un debate internacional que para muchos
marcó la crisis del marxismo. Varios teóricos plantearon que estaba en cuestión
la fundamentación misma del marxismo, desde el punto de vista político en pri-
mer lugar (revalorización de la democracia, la necesidad de liberarse de la de-
pendencia y dominación soviética, el surgimiento de socialismos “nacionales”,
la posibilidad de cambiar las relaciones sociales independientemente del avance
de las fuerzas productivas, etc.), y en segundo lugar, desde el punto de vista
filosófico, epistemológico, ético. Es propio de la segunda mitad de la década
de los sesenta, la generalización de la discusión acerca de las articulaciones crí-
ticas posibles con otras teorías: con el psicoanálisis (Adorno, Marcuse, Reich,
Fromm), la fenomenología existencialista (Sartre), la teología pastoral cristiana
(teología de la liberación latinoamericana). Por otro lado, nuevas propuestas
teóricas, desde la academia, como el llamado “marxismo analítico” replanteaba
el holismo tradicional del marxismo, buscando interacción con la filosofía ana-
lítica y el individualismo metodológico para repensar asuntos como la crisis del
capitalismo y la explotación de la clase obrera.

Durante la última década del siglo XX, para cuando se derrumba el Bloque
Soviético y los socialismos que quedan (sobre todo, China) efectúan giros prag-
máticos, que implicaron incluso alianzas con la economía capitalista mundial,
el marxismo se sigue planteando como pensamiento crítico, buscando diálogos
e integraciones con otras tendencias críticas como el feminismo, la ecología
política que cuestiona la amenaza ambiental que representa el capitalismo in-
dustrial, las luchas de las minorías y las comunidades étnicas, la decolonialidad,
etc.

Cabe destacar que el marxismo sólo se convirtió en una propuesta académica
con la victoria de la revolución bolchevique y su imposición como paradigma
dominante en las universidades de todo el llamado bloque soviético. Por ello,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

es incómodo adaptarlo a la división del trabajo intelectual propio de las academias. Esto pone en cuestión incluso su condición de sociología, como disciplina claramente diferenciada de la economía, la politología, la educación y la historia. La obra cumbre de Marx, “El Capital”, es una crítica de la economía política clásica que ha fundamentado desarrollos específicamente económicos, que sirvieron, en parte, a la elaboración de una “economía marxista”, base de las teorías de alcance medio útiles para la planificación y administración económica de los llamados estados socialistas. Marx y Engels siempre consideraron su teoría como una concepción materialista de la Historia. Por ello, algunos filósofos marxistas, como Althusser, no sólo confirman la tradición de distinguir, en el seno del marxismo, una filosofía (el materialismo dialéctico) y una ciencia (el materialismo histórico, una ciencia de la historia), abordando ésta última, integradamente, el examen de fenómenos económicos, históricos y políticos, e incluso culturales y educativos en general, como apuntaron los trabajos de Antonio Gramsci y especialistas en arte y literatura como el soviético Anatoli Lunacharsky. Esto muestra el rasgo interdisciplinario, sólo visible desde la tendencia a la especialización de las universidades y las academias.

3.4. Max Weber y la sociología interpretativa

Al tiempo que en Francia la sociología gana su espacio académico y universitario, asumiendo el modelo objetivista y racionalista de las ciencias naturales, despojándose en parte de su evolucionismo y sus propuestas religiosas humanistas; en Alemania, con una tradición intelectual más romántica, que atiende a los aspectos no racionales o emocionales de la vida humana, que ha constatado que la cultura, la historia, la literatura, el arte y la jurisprudencia no son objetos de conocimientos a los que se puede acceder adecuadamente con los métodos de la física o la química, Max Weber realiza una síntesis de su herencia intelectual para elaborar otra Gran Teoría sociológica que, por un lado, polemizará con el marxismo, en auge en el movimiento obrero y la vida política, y mantendrá una distancia crítica respecto al positivismo francés.

Cuando nos referimos a la tradición intelectual alemana, estamos pensando en aportes que provienen de las llamadas “Ciencias del Espíritu” o, como lo tradujo Ortega y Gasset, Humanidades, Geisteswissenschaften en alemán, las

cuales agrupan disciplinas de gran prestigio en las universidades de gran prestigio, de la mano de grandes pensadores y estudiosos en el campo de la filología, la estética artística y literaria, la historia y el Derecho. Esa línea de pensamiento, que atraviesa todo el siglo XIX, presta especial atención, en contraste con los pensadores franceses más destacado, a la subjetividad, manifestada en los sentimientos y pasiones, pensamientos y grandes ideales, como motivos de la acción. Además de las obras trascendentes en todas las artes y en la literatura, la tradición romántica alemana tuvo su máxima representación en los grandes sistemas de la filosofía idealista alemana, desde Kant, pasando por Fichte, hasta llegar a Hegel quien sintetizó una arquitectura ideal que explicaba la Totalidad y la Historia de la Humanidad como despliegue del Espíritu: ciencia, derecho, arte, religión, moral y filosofía.

Esa misma herencia se propuso darle fundamentos a las ciencias humanas estableciendo una diferencia esencial respecto a las ciencias naturales, partiendo de que el objeto de conocimientos de las primeras eran las propias realizaciones humanas. Los planteamientos más representativos en este sentido, fueron los aportes de Dilthey, quien intentó fundamentar la Razón histórica en la labor de la *comprensión*, una forma de conocimiento diferente al de las ciencias naturales, puesto que las realizaciones humanas en el arte, el saber, la historia, la política y el Derecho, implicaban directamente al propio Sujeto y, por tanto, requerían otros métodos, sustentados en la capacidad de la *empatía*, el ponerse en el lugar del otro, intentar comprender a los sujetos objeto de conocimiento, mediante una identificación con los pensamientos y sentimientos del propio Sujeto cognoscitivo.

Max Weber desarrolla una prolífica obra en la cual incorpora la *empatía* como una de sus fuentes de sustentación y de evidencia. La investigación sociológica weberiana, en sintonía con la herencia romántica alemana, es interpretativa o hermenéutica; como tal se propone captar los *sentidos o significaciones* de los individuos interactuantes en la vida social, sean aquellos “mentados” o puramente pensados o vividos, en una la actualidad, en un caso históricamente dado, como promedio en una masa de casos. Todos ellos pueden ser estudiados a partir de “tipos ideales”, construcciones puramente teóricas del investigador para imaginar el caso en su pureza abstracta. Los individuos actúan, para Weber,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

dándole sentido a lo que hacen o por pura reacción. Ambos casos incluyen a los que lo hacen por pura costumbre. Algunos actos (los místicos, por ejemplo) no son explicables con palabras por el propio actor, pero aún así, pueden llegar a ser comprendidos por quienes, “desde fuera”, pueden llegar a acceder a su sentido. Tampoco es necesaria la capacidad de producir uno mismo una acción semejante a la ajena para poder comprenderla; no es necesario ser César para comprender por qué César hace esto o aquello. Weber señala: “El poder de revivir en pleno algo ajeno es importante para la evidencia de la comprensión, pero no es condición absoluta para la interpretación del sentido” (Weber citado en Mardones, 2000: 249).

Al igual que la naciente sociología clásica francesa, encarnada en el positivismo durkheiminiano, la sociología de Weber polemizó contra el marxismo. Disputó con él la explicación del surgimiento del capitalismo (y, en consecuencia, objetos de estudio como el Estado, la propiedad privada, el Poder y la Autoridad, etc.), en términos casi inversos. Mientras que los marxistas insistían en la estructura económica y la lucha de clases como explicaciones históricas del nuevo predominio capitalista, Weber, apoyado por una comparación sociológica sistemática, encontró en la ética protestante el motivo y la significación que orientaron en la conformación de la sociedad burguesa moderna. Más tarde, cuestionó la noción de que el industrialismo podía ser la base del socialismo que garantizara la asociación libre de los productores, por cuanto observaba en la misma industria el predominio creciente de la burocracia que terminaría neutralizando la libertad de los individuos y administraría toda la vida en una fría “Jaula de Hierro” de procedimientos impersonales, mecánicos y automáticos.

Al colocar como centro del estudio sociológico, las significaciones y la acción social resultante, Weber se adscribió al individualismo metodológico, tomando así distancias respecto, tanto del positivismo sociológico organicista y funcionalista francés, como del marxismo, tendencias que comparten un enfoque holístico de la sociedad, aunque orientado hacia la estabilización de su funcionamiento, el primero y hacia su cambio revolucionario, el segundo.

La necesidad de presentar una alternativa de conjunto frente al marxismo, que se presentaba como una “ciencia de la historia”, pretendiendo formular

regularidades universales a todos los países y épocas, como la constante de la lucha de clases y el avance de las fuerzas productivas, Weber desarrolló una extensa sociología comparada, con la cual abordó las grandes civilizaciones de la antigüedad: la China y la India, entre otras.

La sociología weberiana se presenta como una ciencia centrada en la Comprensión a través de la interpretación. Esta se fundamenta en dos tipos de evidencia: la intelectual y la empática. La primera presenta la acción como racionalmente evidente cuando hay una clara “conexión lógica” entre un motivo, los medios y los fines. De este modo, son incluso conocibles los errores que pueden ser de manejo de información necesaria para la toma de decisión y aplicación de la acción, o en la escogencia de los medios o instrumentos para conseguir un fin. La evidencia empática se apoya en una fantasía por la cual reproducimos en nuestro interior, vale decir: en la mente del investigador, las vivencias del sujeto cuando actúa. Lo comprensible de la acción humana o social es su fin imaginado y los medios seleccionados, procurados y utilizados para conseguirlo. La tarea de la sociología es entonces la comprensión, a través de la interpretación, de las acciones orientadas por un sentido.

La comprensión sociológica es entonces comprensión actual del sentido, sea una acción racional, con fines y medios mentados, explícitos, o sea irracional a consecuencia de una situación emocional, una explosión de rabia o de entusiasmo. Igualmente, la comprensión es explicativa, en cuanto podemos dar cuenta del sentido de una manera racional. Siempre habría que representar y explicar las conexiones de sentido. Ahora bien, las interpretaciones no son más que hipótesis causales acerca de los motivos explícitos o encubiertos de las acciones. Hay que tomar en cuenta que manifestaciones externas de la acción tenidas por nosotros como “iguales” o “similares” pueden apoyarse en conexiones diversas de sentido. Por otra parte, hay situaciones en que los hombres están sometidos a la pugna de impulsos contradictorios, todos ellos comprensibles. Cuál sea la intensidad relativa con que se manifiestan en la acción las distintas referencias significativas subyacentes en las luchas de motivos, para nosotros no se puede apreciar nunca con toda seguridad y en la mayor parte de los casos ni siquiera de un modo aproximado. Sólo el resultado efectivo de la lucha de los motivos nos ilustra sobre ello.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Aunque Weber se pronunció por la “neutralidad axiológica” como condición del trabajo auténticamente científico, en cuanto a que éste no debe tomar partido por alguno de los factores en juego en sus investigaciones, aparte de que distinguió claramente, en contraste con el marxismo, la diferencia de intereses o motivos, el poder o el conocimiento, entre el científico y el político, el sabio alemán admitió la importancia que tienen los valores del propio investigador en la determinación del objeto de estudio sociológico. Para Weber no existe ningún análisis científico objetivo de la vida cultural, o bien de los fenómenos sociales, que fuese independiente de unas perspectivas especiales o parciales que, de forma expresa o tácita, consciente o inconsciente, las eligiese, analizase y articulase plásticamente. La razón se debe al carácter particular del fin del conocimiento de todo trabajo de las ciencias sociales que quiera ir más allá de un estudio meramente formal de las normas, legales o convencionales, de la convivencia social. La ciencia social que nosotros queremos practicar aquí es ciencia de la realidad. Queremos comprender la peculiaridad de la realidad de la vida que nos rodea y en la cual nos hallamos inmersos, Por una parte, el contexto y el significado cultural de sus distintas manifestaciones en su forma cultural y, por otra, las causas de que históricamente se haya producido precisamente así y no de otra forma (Weber citado por Mardones, 2000: 265).

Además de la evidencia racional y empática, los sociólogos de la escuela de Weber cuentan con el recurso metodológico de los *tipos ideales*. Estos, como ya dijimos, son elaboraciones puramente teóricas de casos ideales donde se cumplen una serie de condiciones de un fenómeno social o una significación de acción social. La sociología, como ciencia, se afana en conseguir reglas generales del acaecer. Esto en contraposición a la historia, la cual se esfuerza por alcanzar análisis de las cadenas causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales, consideradas culturalmente importantes. Para posibilitar convertirse en una ciencia generalizadora, la sociología busca que sus conceptos tengan que ser relativamente vacíos frente a la realidad concreta de la historia. En contrapartida, puede ofrecer la univocidad, la reducción de la ambigüedad, de sus conceptos. Estos siempre mantienen una determinada distancia de la realidad específica, lo cual, paradójicamente, permite calcular su aproximación a las realidades contingentes o únicas, las cuales pueden aprehenderse por su cercanía o distancia relativa de los conceptos puros, ideales. La sociología, entonces, debe

formar tipos ideales de las estructuras sociales que muestren en sí la unidad más consecuente de una adecuación de sentido lo más plena posible. La casuística sociológica sólo puede construirse a partir de estos tipos ideales, promedio del género de los tipos empíricos probables.

Las construcciones típico-ideales de la acción social son “extrañas a la realidad” en el sentido en que se preguntan sin excepción 1. ¿Cómo se procedería en el caso ideal de una pura racionalidad económica con arreglo a fines con el propósito de comprender la acción codeterminada por obstáculos tradicionales, errores, afectos, propósitos y consideraciones de carácter no económicos, en la medida en que también estuvo determinada en el caso concreto por una consideración racional o suele estarlo en el promedio, 2. Con el propósito de facilitar el conocimiento de sus motivos reales por medio de la distancia existente entre la construcción ideal y el desarrollo real. Cuanto con más precisión y univocidad se construyan estos tipos ideales y sean más extraños en este sentido, al mundo, su utilidad será también mayor tanto terminológica, clasificatoria como heurísticamente. Una acción con sentido efectivamente tal, es decir, clara y con absoluta conciencia es, en realidad, un caso límite.

Así, refiriéndose a la acción social, debidamente con sentido, Weber distinguió tres tipos ideales:

- a. La acción social tradicional, cuyo sentido es preservar una costumbre o una tradición o herencia cultural para poder identificarse con ella,
- b. La acción expresiva o emocional causada por un sentimiento o emoción tan fuertes que requieren de alguna acción para manifestarla.
- c. La acción racional, en la cual el sujeto, en vistas del logro de un fin determinado y explícito, selecciona, procura y utiliza los medios o instrumentos necesarios para adquirirlo de la manera más rápida y efectiva,

Deduciendo de estos tres tipos de acción social, Weber estudió las formas de la autoridad, como manera de abordar la cuestión del Poder y poder comparar sus manifestaciones en las civilizaciones antiguas y la moderna. De esta manera, distinguió los tres tipos ideales de autoridad: la tradicional, la carismática y la burocrática. La primera, se basa en las costumbres y creencias transmitidas

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

por varias generaciones dentro del pueblo del cual forma parte el sujeto. Incluyen las autoridades en virtud de la bendición divina o las derivadas de los lazos familiares o de tribu. Corresponde a sociedades tradicionales, antiguas, feudales o primitivas. La autoridad carismática se manifiesta cuando los seguidores encuentran en su líder o dirigente características extraordinarias, tanto desde el punto de vista de su aspecto o atractivo físico o intelectual, como de su inteligencia, capacidad de trabajo, valentía o capacidad de trabajo. A veces irrumpe en las sociedades modernas desatando las pasiones y emociones de afecto desbordadas por las masas. Finalmente, la autoridad racional, más propia de la moderna sociedad burguesa altamente burocratizada, es la que se basa en las reglas explícitas, procedimientos detalladamente establecidos por leyes o estatutos, controles impersonales, registros sistemáticos y decisiones tomadas administrativamente.

Weber estudió la burocracia, esa forma de organización propia de las grandes corporaciones sociales, como el Estado o las grandes empresas industriales, comparándolas con las de los Estados de las civilizaciones antiguas, como la India y la China. La formalización de las relaciones, la impersonalidad, el control sistemático, el cálculo de medios en función de los fines, todos estos rasgos de la organización y el tipo de autoridad burocrática, le permitieron vislumbrar que la burocracia era el futuro, no sólo del capitalismo industrial, sino del socialismo, en tanto se anuncia como desarrollo a un nuevo nivel, del mismo industrialismo. De esta manera, en el horizonte de la historia humana, Weber advirtió acerca del horizonte preocupante de la Jaula de hierro de la burocracia, limitante de la libertad humana y su impulso espontáneo y sano hacia la acción.

Weber (1966) ubica el surgimiento histórico del fenómeno social de la burocracia estatal, remontándose incluso a los Imperios de la Antigüedad, incluido el Chino y el Azteca; pero adquiere una nueva significación con el surgimiento del capitalismo en las sociedades occidentales. La burocracia, en tanto cuadro administrativo del Estado Moderno, forma parte de un proceso gradual que va imponiendo un nuevo tipo de legitimación basado en

Un orden legal, burocracia, jurisdicción compulsiva sobre un territorio y monopolización del uso legítimo de la fuerza son las características esenciales del

Estado Moderno (Weber, 1964: 391)

La burocracia es la realización concreta del tipo legal racional de dominación, por lo que su funcionamiento debiera ser regido por reglas impersonales (leyes y reglamentos) que establecen de manera racional las jerarquías y atribuciones correspondientes a cada posición, así como los procedimientos para el reclutamiento y promoción de los titulares de tales posiciones en la estructura estatal. Pero esta concepción, fundada en la observación de una realidad histórica determinada, el estado prusiano de finales del siglo XIX, no da cuenta completamente de los hechos sociales que la sociología actual sí puede observar y describir, y que constituyen verdaderos correctores de estas tipologías ideales.

La gran teoría weberiana sirve de base a todas las sociologías de sesgo individualista metodológica y, en especial, a las caracterizadas como interpretativas, como las que mencionaremos en el aparte dedicado al constructivismo social en este mismo capítulo.

3.5. Estructural-funcionalismo

Ya establecidas las escuelas llamadas “clásicas” de la sociología en las universidades europeas, se iniciaron así las tradiciones académicas y científicas a partir de la segunda mitad del siglo XIX, sin casi comunicación entre ellas, especialmente la herencia francesa (Durkheim) y la alemana (Weber). Esta peculiar situación de falta de contacto e interacción entre esas dos tendencias fundamentales de la sociología, sólo podría superarse desde otro espacio, es decir, los Estados Unidos, país en medio de una pujante avance de la industrialización capitalista no afectada por la Primera Guerra Mundial, y en una situación histórica especial derivada, en la década de los treinta, de la profunda crisis del capitalismo mundial a partir del llamado “Crack” financiero de 1929. Como resalta Gouldner (2000), la Gran Teoría sociológica de Talcott Parsons fue posible gracias al intento de síntesis de los aportes francés, alemán e italiano (Vilfredo Pareto), que buscó dar respuesta científica a los estremecimiento que sufría la sociedad norteamericana, en primer lugar, pero también proyectándose en la primera propuesta auténticamente global y abstracta de la sociología académica. Así, el estructural-funcionalismo de Parsons fue, en principio, la síntesis

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

teórica norteamericana del subjetivismo de la tradición alemana, por una parte, y el organicismo francés racionalista, lo cual permitió la internacionalización de la gran teoría sociológica.

Los contextos de esta labor teórica de Parsons son significativos. El crack financiero de 1929 causó la quiebra de miles de negocios, lanzó a la calle millones de trabajadores despedidos, las protestas se generalizaron. Pero además de la situación económica y la agitación social, todavía se sentían con intensidad en Europa las heridas de la reciente guerra mundial, aparte de que en 1917 había triunfado la revolución bolchevique y se había afirmado su estabilidad como gobierno, lo cual constituía una amenaza para los sectores dominantes en el resto de Europa y para los Estados Unidos. La naciente sociología académica, con la insistencia del positivismo en el orden y las explicaciones históricas alternativas de la escuela weberiana, se planteaba como opción frente al marxismo y como conocimiento social científico que podía ayudar a restablecer la estabilidad y el funcionamiento de la sociedad industrial capitalista. Otro contexto a considerar, y que se marca en las características de síntesis de la propuesta parsonsiana, es que su autor era académico en la Universidad de Harvard, institución abierta a las innovaciones europeas. De modo que la nueva corriente teórica se propondría como respuesta a la situación de origen, haciendo de nuevo énfasis en el orden social, aunque con acentos diferentes antes y después de la Segunda Guerra Mundial.

El estructural-funcionalismo es una teoría que se comprende dentro del holismo sociológico, es decir, considera a la sociedad como una totalidad orgánica, capaz de mantener su estabilidad e integridad mediante mecanismos intrínsecos de equilibrio homeostático. Esto Parsons lo tomó del modelo de equilibrio de Pareto, el sociólogo italiano, y que se entiende como un conjunto de relaciones de interdependencia entre muchos elementos, regido por el principio del propio equilibrio. El carácter orgánico de los sistemas sociales pone en cuestión su análisis a partir de sus elementos o componentes, por contraposición de un sistema mecánico, cuyas partes pueden ser aisladas, real o conceptualmente. Las totalidades orgánicas adquieren propiedades emergentes, diferentes a las de sus componentes o partes. Las partes sólo son comprensibles en el marco general funcional y sistémico. La estructura es el componente relativamente estable de

las modalidades de organización del sistema social total, basado en modelos normativos y alternativos constantes. En esto es fundamental la noción de función, entendida como los haces de actividades dirigidas a la satisfacción de las necesidades esenciales del sistema como tal, relacionadas al problema de su subsistencia en el tiempo y del mantenimiento de su equilibrio interno (integración de sus partes, aparición de propiedades emergentes) y externo (adaptación al medio ambiente). Es decir, el concepto de función designa las consecuencias implícitas en un proceso o un elemento estructural del sistema para que éste logre su integración o su transformación.

El objetivo general de la propuesta general de Parsons, es el estudio analítico de la acción social, lo cual se desarrolla a través de los análisis de la estructura social y sus procesos, a través de los cuales se producen las intenciones de los actores socialmente significativas y se realizan, en la práctica, con mayor o menor éxito. La acción social, así, puede que sea voluntaria, pero debe acatar las normas del sistema social, y tiene como componentes a) un actor que persigue b) un fin en c) una situación compuesta a su vez de condiciones no modificables por el actor y medios sujetos al control del actor; d) todo bajo normas que median entre el fin y la situación, que se realiza a través de e) un esfuerzo como factor subjetivo de la realización de la norma en f) una secuencia temporal (Parsons, 1968).

Los supuestos fundamentales de esta teoría son, en primer lugar, la existencia de un sistema de valores compartidos en la sociedad; en segundo lugar, los cuatro problemas funcionales que caracterizan a todo sistema social y, finalmente, los intercambios entre cuatro subsistemas diferenciados. Las relaciones entre esos subsistemas son de tipo cibernético. Estos responden a necesidades biológicas (comer, vestirse, refugiarse, etc.) requerimientos psíquicos, de los contextos sociales y de la cultura. De estos contextos se derivan sistemas básicos de acción, principalmente normativos, que constituyen mecanismos que sirven para orientar, dirigir o controlar la acción. Estos subsistemas están jerárquicamente ordenados respecto del grado de control que ejercen sobre la acción, lo cual establece un flujo de información por el cual cada sistema ejerce control sobre los sistemas inferiores, lo cual ocasiona que cuanto más elevado es un subsistema más control ejerce sobre los demás. Cada sistema se enfrenta con

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

cuatro problemas fundamentales: el de la conservación de su estructura, el de la integración, el del logro de sus objetivos y el de la adaptación. La conservación de la estructura implica la conservación y reforzamiento de los valores básicos del sistema y resolver las tensiones derivadas del encuentro o la adquisición de nuevos valores. La integración, por la cual se designan derechos y deberes, obligaciones, recompensas y recursos para asegurar la armonía entre los miembros del sistema. El logro de objetivos supone la necesidad de movilizar agentes y recursos de forma organizada de modo que puedan utilizarse para alcanzar fines determinados. Finalmente, la adaptación se ocupa de la necesidad de producir o adquirir recursos generales que puedan ayudar a la realización de objetivos específicos.

Para Parsons, una sociedad se integra, en primer lugar, mediante un sistema de significaciones, el cual constituye el primer sistema a considerar, el cultural, que comprende un sistema de valores, expresados en normas que legitiman los tipos y formas de conducta en la sociedad. De tal manera, que el sistema cultural comprende las intenciones y significaciones de la acción compartidas por los miembros del sistema global de la acción.

El segundo sistema, el social, que es sucesivo al cultural, comprende la interacción, normativamente establecida, de los miembros del sistema. Las relaciones sociales son definidas como situaciones de interacción entre dos o más actores en situaciones específicas. El sistema social tiene cuatro componentes: roles, colectividades, normas y los valores. Las acciones se articulan en sistemas que están socialmente definidas por las expectativas de rol, a través de los cuales la comunidad anticipa normativamente la conducta de los actores. Los actores no son nunca individuos aislados o autónomos, sino que interactúan con otros similares, por lo que la unidad analítica básica del sistema social es la participación duradera del actor en una relación interactiva, concebida como un *rol*, el cual organizado sobre las expectativas respecto de un contexto partículas de interacción. De tal manera, que el sistema social es un sistema de roles diferenciados. La interacción social se institucionaliza en roles cuando la definición de la situación se ordena y se estabiliza en una estructura.

Por otra parte, el status es la posición que tiene cada actor en la sociedad y

representa la conciencia que actor adquiere sobre tal posición. Mientras que el rol es la actividad desempeñada por los actores en la posición que ocupan, el cumplimiento de esta actividad supone una serie de derechos y deberes, socialmente asignados, que guían la conducta de cada actor para mantener el equilibrio general de la sociedad. Los individuos se integran, pues, al sistema social mediante la realización de actos repetitivos y constantes que expresan la regularidad y la estabilidad del proceso de interacción social.

El tercer sistema básico de acción, es el referido a las necesidades y orientación de la acción de los actores individuales dentro del sistema total. Este sistema de la personalidad es una “fuente de energía” que debe ser orientada en sentido funcional para el mantenimiento del equilibrio y la integración del sistema. Se encarga de garantizar las gratificaciones de las necesidades biológicas, emocionales y psicológicas de las personalidades. Su unidad mínima de análisis es la persona humana. Esta se organiza en la identidad individual mediante los procesos de socialización y la experiencia del individuo en la sociedad. La personalidad es un nivel distinto de la vida social y define las singularidades personales que resultan del encuentro entre ellas y la sociedad como totalidad. Las orientaciones de las acciones individuales son el resultado de modelos simbólicos, configurados por el sistema cultural, que son necesarios para integrar los distintos comportamientos de los actores. El rol, desde este punto de vista, aparece como conjunto coherente de modelos de conducta orientados a desempeñar una función, como punto de encuentro entre el sistema social, el de la personalidad y el sistema de la cultura.

Parsons considera también como sistema el aspecto biológico del ser humano. Este es el cuarto sistema que responde a las necesidades biológicas de alimentación, salud, conservación, etc.

Los cuatro subsistemas, en el enfrentamiento de sus funciones, definen pautas variables (*patterns-variable*), indispensables para tipificar los roles, los términos de la interacción social y el grado de integración social. Sirven al aspecto racional de los comportamientos y presentan la diferenciación de la orientación motivacional. Según Parsons, cada orientación de acción resulta de la selección hecha en cinco dilemas principales que el actor debe resolver. Esas opciones

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

son 1) Afectividad o neutralidad afectiva, 2) orientación hacia sí mismo o hacia la colectividad, 3) universalismo o particularismo, 4) adscripción o desempeño y 5) especificidad o difusividad. Esas elecciones en situaciones determinadas, no están fijadas por la racionalidad natural del actor, sino por la cultura común, los valores compartidos, concretados en las pautas variables. Estas, a su vez, son interiorizadas por cada actor a través de diversos procesos de socialización, mediante los cuales los individuos aprenden a satisfacer sus necesidades, sus expectativas y sus disposiciones.

La sociedad, como tipo de sistema social, debe encarar con éxito los cuatro problemas fundamentales mencionados, y para ello utiliza subsistemas primarios, entre los que se distinguen: la economía que corresponde a la función de la adaptación, la política que atañe a la función de logro de metas, el subsistema integrativo mediante las leyes que rigen la vida de la comunidad y el subsistema de mantenimiento de pautas, donde entran los sistemas educativos. Los dos últimos subsistemas se relacionan directamente con la problemática fundamental de la teoría de Parsons: la desviación social y su control (ver Pellegrini, 2004).

3.5. Constructivismo social: fenomenología, etnometodología, interaccionismo simbólico

Mientras la Gran Teoría se desarrollaba en las tres grandes corrientes holísticas principales (a saber: el marxismo, la propuesta organicista de Durkheim y el estructural-funcionalismo de Parsons, Merton y otros colaboradores), la tradición de las Sociologías interpretativas continuó profundizando sus fundamentos con las premisas del individualismo metodológico, la centralidad de la búsqueda de la significación de la acción social y la subjetividad y la exploración en espacios más manejables que los grandes períodos históricos. De allí, crecen las propuestas caracterizadas como constructivistas, por cuanto la “sociedad” no es una condición de partida para las relaciones sociales sino que, al contrario, estas sociologías parten de que las relaciones entre los individuos van tejiendo y resultando en los grandes conjuntos institucionales y sociales.

Aun teniendo un “aire de familia” común, unos elementos comunes bastante importantes que les viene de la herencia weberiana, pueden deslindarse por lo

menos tres grandes ramas de estas sociologías: las fenomenológicas, las wittgensteinianas y las basadas en la teoría de elección racional. A ellas corresponden respectivamente, la sociología fenomenológica de Schutz y colaboradores, el interaccionismo simbólico y la etnometodología y, en tercer lugar, los intentos de explicación social desde los “mecanismos” de Elster y las deducciones teleológicas. Según Pellegrini (2004), al adscribirse todas al individualismo metodológico, pretenden llevar todo conocimiento a la comprensión intersubjetiva y subjetiva de la acción; en consecuencia, niegan todo valor de realidad a los sujetos colectivos y reducen a puros nombres conceptos como sistema social, institución, Estado, fuerzas de producción u organización social.

Como rasgos generales comunes debemos mencionar el antiobjetivismo, notable en su énfasis en considerar los aspectos subjetivos e intersubjetivos de la acción social; así como una postura que se distancia del positivismo. Estas tendencias consideran los fenómenos sociales como producto de las interacciones dotadas de sentido de los procesos simbólicos cuyos protagonistas son los actores sociales: la realidad no existe como un “en sí”, sino que es un fruto de un proceso de construcción social. Se opone el constructivismo tanto a la dura imagen estructural de la sociedad durkheiminiana, como al materialismo del marxismo. Igualmente, representa lo opuesto a la rígida predictibilidad de la ciencia, frente a la cual destaca la fluidez y la riqueza de significados del humanismo. Aunque sus principales exponentes son contemporáneos de Parsons, y dan a conocer sus obras hacia la década de los 1940, las teorías constructivistas alcanzan su pleno desarrollo e influjo hacia la década de los sesenta, y todavía hoy es predominante en muchos espacios académicos latinoamericanos y norteamericanos.

Existe un consenso aproximado en que hay principalmente tres tendencias principales de estas sociologías interpretativas, centradas en la significación y seguidoras del individualismo metodológico. Cada una de ellas corresponde a la influencia de una tradición de reflexión filosófica importante. Una, la vinculada a la tradición romántica alemana y las filosofías hermenéuticas del siglo XVIII, se refleja en la obra pionera de Max Weber. La segunda tendencia, es influida por la filosofía del lenguaje ordinario, que arranca con la segunda etapa de la obra de Wittgenstein (la que se sumerge en el análisis de los “juegos del

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

lenguaje”) y las reflexiones acerca de los “actos de habla” de Austin y demás filósofos. La tercera corriente, se basa en la fenomenología, a partir de la obra de su fundador, Edmund Husserl. Pero a pesar de estas distinciones, existe un entretejido de influencias entre ellas.

Podemos esbozar brevemente la complicada ramificación de conexiones. Muchos de los escritos de Schutz se basan en gran parte en Husserl; pero Schutz también vincula a Husserl con Weber, y de este modo aparece indirectamente vinculado con la tradición de la *Geisteswissenschaften*. A su vez, la obra de Garfinkel tiene a la de Schutz como punto de partida y la relaciona con las ideas tomadas de Wittgenstein y Austin. Las investigaciones filosóficas de Wittgenstein se convierten en el estímulo principal de los trabajos de Winch; como indicaron algunos autores, hay evidentes similitudes entre las ideas de Winch y las desarrolladas por la principal figura de la filosofía hermenéutica contemporánea: Gadamer. La obra de este autor aparece, a su turno, profundamente influida por un desprendimiento de la tradición fenomenológica: el representado por Heidegger (Guidens, 2004: 26).

Cabe insistir en que la categoría central de estas propuestas sociológicas es el concepto de significado como motivante de la acción social. Por ello, es central para ellas la comprensión (“*verstehen*” en alemán), la cual es considerada, no tanto como técnica de investigación peculiar del investigador social, sino como una constante en toda interacción social, es decir, como forma de la experiencia, mediante la cual el pensamiento del sentido común de la “actitud natural”, toma conocimiento del mundo sociocultural. Concebir la comprensión como objetivo de la sociología, proviene de Weber, pero el gran sociólogo en realidad es un intermediario de una nutrida tradición de pensamiento alemana que se remonta a los intentos modernos de sistematizar el antiguo arte de la hermenéutica, llevada a cabo por el sabio del romanticismo germano, Schleiermacher. Más tarde, a finales del siglo XIX, esta tradición rechazó que el modelo de las ciencias naturales fuese universal incluso para las ciencias que estudian a los seres humanos en sociedad y en la cultura, como la Historia, El derecho y la jurisprudencia, el arte y la literatura, la Ética. Este debate fue adelantado por pensadores tales como Dilthey, y los neokantianos Cassirer, Rickert y Windelband.

Según Dilthey, Cassirer, Windelband y Rickert, se impone una clasificación de las ciencias, no sólo de acuerdo al tipo de explicación propia de cada tipo (explicación causal matematizable vs. Comprensión significativa o finalista), sino también al rol que juegan en ellas la valoración (si la ciencia misma puede determinar lo que es Bueno, Bello o Justo) y al tipo de objeto: si es único e irrepetible (un acontecimiento histórico, una obra de arte) o diverso y sujeto a regulares apariciones (fenómenos físicos, astronómicos, químicos y hasta biológicos). Así, la Unidad de las Ciencias sólo es aceptable, no a partir de la hegemonía de la física, sino sobre la base del reconocimiento de una diversidad *epistemológica*.

La implicación directa de ello es que toda investigación social utiliza las mismas clases de recurso que los legos usan para comprender los comportamientos; por ello las “teorizaciones prácticas” espontáneas de las personas no deben descartarse sino que, al contrario, servir de punto de partida para la elaboración del conocimiento científico social, aparte de que es un elemento vital por el cual los actores sociales constituyen o hacen que ocurra las conductas sociales. Los conocimientos a los que recurren cotidianamente los miembros de la sociedad para hacer un mundo social significativo, dependen de un conocimiento orientado pragmáticamente que, en gran parte, se da por sentado o queda implícito. Esto es un conocimiento que el agente rara vez puede expresar proposicionalmente y para el cual los ideales de la ciencia (precisión de la formulación, la forma lógica exhaustiva, definición precisa del léxico) no son requisitos necesarios. Los conceptos empleados por el científico social están vinculados con una comprensión previa de los que usan los legos al constituir un mundo social significativo, o dependen de ellos (Guidens, 2000).

Entre las tendencias del constructivismo sociológico, destaca la fenomenología, cuyo principal pionero fue Schutz. Su propuesta, en principio, se propuso fundamentar filosóficamente, en la fenomenología creada por Husserl, las grandes líneas de la sociología de Weber. Cabe aclarar que la fenomenología no constituye una sola doctrina filosófica, sino que es más bien un tronco del cual surgen diversas ramas que se asocian con autores tales como Scheler, Heidegger, Merleau-Ponty, Ricoeur y Sartre, entre otros. Husserl, aceptado como “padre de la fenomenología”, se proponía establecer un esquema filosófico que

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

trascendiera el conocimiento científico, a partir de la reflexión acerca de la “intención”, el contenido de los pensamientos en la conciencia. Tomando la noción de su maestro, Brentano, Husserl partía de que la conciencia tiene siempre un objeto que la constituye, por lo que la epistemología siempre implica la ontología: el conocer supone un ser. De allí que lo objetivo se distingue de lo real, y carece de significación en sí y por sí mismo, excepto cuando la conciencia está dirigida a él. La fenomenología toma distancia del empirismo por su incapacidad supuesta de mostrar cómo el pensamiento pasa de lo particular a lo general, de las experiencias específicas a la clasificación abstracta. Husserl trata de explicarlo al asentar que existe una diferencia absoluta entre un “universal ideal” y sus “particulares” concretos. O sea, un concepto abstracto no puede ser identificado con algún objeto o evento específico, y tampoco es de manera alguna la suma de un número definido de objetos o eventos. La intencionalidad, es decir, el contenido del pensamiento consciente, entonces, implica un “acto de ideación”, diferente a cualquier experiencia empírica particular o específica, la cual es “puesta entre paréntesis” (epojé) para poder llegar a la “esencia” de lo consciente. Este es el punto de partida de una fenomenología trascendental, para la cual el filósofo necesita distanciarse de la “actitud natural” del sujeto en su “mundo de vida”, para poder acceder a la “subjetividad pura” del acto ideacional. Pero, en la siguiente etapa de su pensamiento, Husserl se devuelve en su discurrir filosófico y revalora el “mundo de la vida” y la “actitud natural” del sujeto, es decir, el conjunto de significaciones de la vida diaria o cotidiana de los sujetos. Es en ese horizonte que se le hace posible vislumbrar soluciones a la cuestión de la intersubjetividad. Es precisamente allí, donde Schutz encuentra que Husserl puede ayudarle a aclarar la concepción sociológica de Weber.

Schutz se enfrenta, entonces, a la fenomenología descriptiva del “mundo de vida” entrevisto por Husserl en la “actitud natural”. Este resulta de gran interés, por cuanto allí los seres humanos, ya lejos de la epojé fenomenológica de la ideación, no suspenden su creencia en la realidad material y social, ni en que sea algo distinto a lo que parece. En esa exploración fenomenológica, Schutz encuentra elementos para complementar la concepción de Weber de la acción social. Asienta el sociólogo que la asignación de significado a las experiencias, que implica una mirada reflexiva sobre el acto por parte del actor o de los otros, es algo que sólo puede aplicarse retrospectivamente, a actos ya realizados. La

categorización reflexiva de los actos depende de la identificación del propósito o proyecto que el actor buscaba obtener: un proyecto cuando ha sido alcanzado, convierte el flujo transitorio de la experiencia en un episodio completado.

El proceso de la vida, según Schutz, implica mutaciones constantes en la significatividad de acuerdo con el entrelazamiento o superposición en la jerarquía de proyectos de la gente: el flujo del curso total de experiencias vividas puede analizarse en función de una serie de temas y horizontes superpuestos. La comprensión de la conducta de los otros puede examinarse fenomenológicamente como un proceso de *tipificación*, por el cual el actor aplica esquemas interpretativos aprendidos para captar los significados de lo que realizan. En cualquier encuentro cara a cara, el actor trae a la relación un acervo de conocimientos que están “a la mano” o “comprensiones del sentido común” en función de lo cual tipifica al otro, puede calcular la probable respuesta de aquel a sus acciones y sostener una comunicación con él. Ese acervo de conocimiento es una totalidad de evidencias que cambian de situación en situación, pues son de índole pragmática.

Las significaciones de los miembros legos (o sea, no científicos sociales) de la sociedad, están conectadas con las tareas prácticas de la vida cotidiana, mientras que la del sociólogo son puramente teóricas. Pero ambas deben guardar una estrecha relación, pues el segundo, mediante el método interpretativo, establece construcciones teóricas de modos típicos de conducta con el fin de iluminar los terrenos subjetivos de la acción. En otras palabras, la ciencia social tiene como meta la clarificación de lo que piensan sobre el mundo social los que viven en él. Para ello elaboran conceptualizaciones que son construcción de segundo orden, respecto a las de primer orden, elaborados por los actores sociales mismos. Aquí se cumple el postulado de la adecuación, de acuerdo al cual los conceptos de la ciencia social deben estar contruidos de tal manera que un acto humano, realizado dentro del mundo de la vida por un actor individual, en la forma como lo indica la construcción típica, resulte comprensible para el actor mismo y o para sus congéneres, según la interpretación del sentido común de la vida cotidiana.

Así como la sociología fenomenológica de Schutz se nutre en la filosofía de

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Husserl, otras corrientes sociológicas hacen lo propio con el pensamiento de Wittgenstein y de Gadamer. Especialmente, la denominada “Etnometodología” intenta reunir las influencias mencionadas, en un planteamiento sociológico en el cual, de nuevo, así como la fenomenología de Schutz llamaba a no desdeñar la significatividad del “sentido común”, la propuesta de Garfinkel (proponente de la etnometodología) arranca considerando que el sentido común es un depósito de ideas y prácticas al que hay que recurrir para conocer el mundo social.

No valorar el mundo de vida o de la cotidianidad, lleva a los científicos a no entender la acción social o a considerarla “irracional”. Frente a esta incompreensión de los científicos, Garfinkel desde su propuesta llama la atención acerca de los trabajos de los filósofos del lenguaje ordinario, quienes logran resolver o *disolver* los problemas tradicionales de la filosofía, gracias a un análisis del lenguaje, situado en circunstancias concretas, en oposición a tratar de aclarar el lenguaje de acuerdo a reglas demasiado abstractas. Wittgenstein, por ejemplo, en lugar de referir la significación a evocaciones mentales, la reduce a “usos” en el marco de “juegos de lenguaje” cuyas reglas caracterizan un “modo de vida”. Por su parte, Austin hace girar su pensamiento en torno a las cosas que se hacen con el lenguaje en interacciones personales específicas. Para ello se detiene ante el hecho de que, al decir, se hace algo más: se promete, se amenaza, se bendice, se acepta, se afirma, se autoriza, etc. Esto lo conceptualizó Austin como “actos de habla”, y así distinguió entre locuciones (el acto de decir algo), ilocuciones (los actos que se realizan al decir: se ordena, se acepta, se pide, se ofrece, se promete, etc.) y las perlocuciones (los efectos que se producen o no, al decir: se asusta al informar de la posibilidad de un terremoto, por ejemplo).

La etnometodología se propone entonces conocer a través de la interpretación los “métodos” que usan los actores, en una interacción lingüística, para interpretar a su vez lo que los otros le dicen y hacen al decir. Para ello, es clave esclarecer lo que conceptualiza como “expresiones indexales” que son aquellas que sitúan ciertas locuciones en circunstancias concretas: aquí, ahora, yo, tú, etc. Así, las significaciones de las palabras no están en ningún diccionario; tampoco es posible nombrar los hechos de la realidad. Para la etnometodología, la acción debe ser tratada como “racional”, en tanto sea explicable. Esto es posible por cuanto las actividades que producen las efectuaciones de la vida cotidiana

son idénticas a los procedimientos de los actores para hacer inteligibles esas efectuaciones. El observador científico social, de acuerdo a esta idea, estudia las expectativas de fondo de los involucrados en una interacción, para lograr una designación válida del fenómeno. La validación de este conocimiento puede lograrse con una “triangulación” en la cual un tercer observador aprecia los horizontes de sentido del actor que ha interpretado la acción del primer actor original. Lo importante siempre, en todo caso, es el contexto físico, temporal, metalingüístico (códigos utilizados), etc. El estudio de la conducta social implica necesariamente comprender las acciones observadas, y el observador sólo puede hacerlo en función de las reglas particulares en las cuales esas acciones se fundan. Esto resulta ser una implicación del principio de Wittgenstein de que las reglas de un juego (de lenguaje) especifican un universo de significaciones que pertenece a la esfera del juego mismo.

En un resumen crítico de las sociologías interpretativas, Guidens (2000) anota como principales debilidades de ellas, las siguientes:

- Cada una de esas propuestas se ocupa de la acción como significado que como praxis, es decir, que como actividad transformadora de la naturaleza o de las mismas relaciones sociales mediante compromisos colectivos para realizar intereses concretos; ninguna presta atención al fenómeno del *Poder* como elemento central de la vida social, por ello se les escapa que las relaciones sociales no incluye únicamente vínculos entre pares, sino que, al contrario, abunda en jerarquía y las mismas organizaciones e instituciones tienen presente siempre las relaciones de poder;
- Tampoco estas sociologías ponen en cuestión, y ni siquiera son capaces de observar o describir, las interpretaciones diferentes de las normas y las reglas sociales, debidas a diferentes intereses y la ocurrencia de conflictos, que tampoco aparecen entre los intereses de conocer por parte de esos planteamientos interpretativos;
- En consecuencia, ninguna de las escuelas sociológicas consideradas como interpretativas, ofrecen ningún aporte acerca de los cambios históricos o transformaciones institucionales.

Otra variante de sociología orientada por el individualismo metodológico

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

es la propuesta, aplicable en otras ciencias sociales, de Jon Elster (1996). La principal diferencia con las interpretativas mencionadas, es que, lejos de plantearse “comprender” los significados de la acción social, a partir de una actitud empática, la reproducción ideal del “mundo de vida” o de la interpretación de las reglas del “modo o mundo de vida”, Elster se propone establecer las bases para poder realizar explicaciones causales “finas”, específicas, incluso excepcionales, de los acontecimientos, a partir de los hechos sociales que ocurren antes y desde fuera de los primeros, gracias a las acciones y las decisiones de los individuos, de cuyas interacciones resultan las instituciones y la sociedad misma. La clave para obtener una explicación adecuada es a través de lo que él denomina “mecanismos”. Estos vienen siendo las mediaciones precisas que explicitan la eficacia o eficiencia de los hechos que causan acontecimientos, el cómo de la causalidad. Elster considera necesario distinguir una explicación “fina” como la que él propone, mediante mecanismos, de otras declaraciones explicativas, tales como

1. Las aserciones que se reducen a señalar una causa general, es decir, a dar cuenta de la sucesión de los hechos previos al acontecimiento a explicar, por cuanto esta relación no basta para una buena explicación, sino que hay que precisar el mecanismo por medio del cual aquéllos son eficientes.
2. El señalamiento de una correlación, es decir, es insuficiente registrar la secuencia de dos hechos, por cuanto de ello no puede concluirse lógicamente una cadena causal, pues el segundo puede muy bien ser causado por la misma razón de la primera, es decir, ser causados los dos acontecimiento por una tercera causa en común, lo cual es sólo una correlación.
3. Tampoco es suficiente para una buena explicación, mencionar una o varias condiciones necesarias para que ocurra algo, por cuanto se queda en la constatación del cumplimiento de una ley general, la cual puede identificarse con la deducción lógica de una premisa que aparece así como la condición necesaria o unas causas que siempre ocasionan el acontecimiento en cuestión. Las leyes generales no son pertinentes puesto que puede reflejar correlaciones y no causas eficientes. Para hacer explicaciones “finas” hay que tomar en cuenta que un mecanismo causal puede tener infinitos eslabones.

4. Las narraciones hipotéticas sobre lo que pudo haber pasado, tampoco son explicaciones como las que busca Elster. Aunque las narraciones pueden sugerir nuevas explicaciones que pueden convertir algunas preconcepciones (muchas de las cuales son “metafísicas” para el autor, como aquellas que suponen que “siempre” la gente actúa por egoísmo, en forma racional o irracional, “en última instancia”) en algo discreto, observable y hasta medible. Nunca hay que confundir la realidad con esas ficciones (no literarias, científicas) que suelen sólo confirmar prejuicios, así estos sean teóricos, como aquel de que “todo tiene una función”.
5. Definitivamente, las predicciones no son explicaciones. Esto va contra la opinión del filósofo de la ciencia K. Popper, quien asegura que la forma de la explicación implica una predicción. Las ciencias sociales pueden aislar tendencias, propensiones y mecanismos; pero lo que no siempre puede es captar las condiciones suficientes para un fenómeno. Elster prefiere explicar mediante los mecanismos que a través de la aplicación de leyes generales, las cuales no pueden dar cuenta de las excepciones. Los mecanismos, en contraste con las leyes, no son generales sino específicos. A fines predictivos, pierde sentido la distinción entre correlación, condición necesaria y explicación. La predicción no ofrece un entendimiento tan preciso, sino más bien elementos para el control (Elster, 1996:27).

Una acción puede explicarse como producto de dos filtros de hechos: uno, el que constituye el conjunto de oportunidades, comprende las restricciones de varios tipos (físicas, económicas, legales y psicológicas) de cada individuo, además de los costos que conllevan cada acción. El segundo filtro es el compuesto por los mecanismos que seleccionan la acción que efectivamente se realiza entre todas las posibles. Elster considera como los más fundamentales la *elección racional* y las *normas sociales*. De esta manera, los actos quedarían explicados por los deseos y las oportunidades.

Hay casos en que las restricciones son de tal magnitud que casi no cabe una elección, y no se puede apelar a las preferencias y oportunidades para la explicación. Es un asunto de opinión teórica y profesional asentar que todos tene-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

mos básicamente los mismos deseos (alimentación, confort, habitación, pareja, transporte, etc.); pero las oportunidades son más observables a efectos de un estudio sociológico. A veces es más fácil cambiar las circunstancias y oportunidades que la manera de pensar y, por lo tanto, los deseos y preferencias. Puede darse que las preferencias y las oportunidades sean independientes; pero hay casos en que se influyen unas en las otras. O sea, los deseos pueden terminar por adaptarse a las oportunidades, o estas surgir de aquéllos. Las oportunidades a mediano y largo plazo también pueden modelar los deseos.

Señala Elster

Cuando la gente está en malas condiciones es alta su motivación para innovar o rebelarse. Pero su capacidad u oportunidad para hacerlo es más baja cuando se encuentra en situaciones difíciles (...) La participación en la acción colectiva requiere capacidad para tomar parte del tiempo dedicado directamente a las actividades productivas, pero es exactamente lo que no puede permitirse un trabajador o campesino empobrecido (Elster, Ob. Cit.: 27)

Puede haber dos razones para autolimitarse en la acción: o bien, cuando no se confía en que se actuará racionalmente, o bien, cuando por interacción estratégica con los otros competidores, ayudantes u opositores, se pueden mejorar los resultados, eliminando ciertas opciones del conjunto de las oportunidades.

Las oportunidades son objetivas y externas a las personas, mientras que los deseos son subjetivos e internos: lo que puede explicar las acciones son los deseos y preferencias de las personas junto a sus creencias acerca de sus oportunidades. Por ello es bueno observar, por ejemplo en el diseño de las políticas públicas, cómo los objetivos interactúan con las creencias acerca de lo que puedan ser políticas factibles.

La teoría de la elección racional, que es principal mecanismo explicativo de la acción para Elster, parte de la premisa de que la gente, cuando enfrenta varios cursos de acción, suele hacer lo que cree que es probable que tenga el mejor resultado general. La elección racional es instrumental: está guiada por el resultado posible. Las acciones no son evaluadas y elegidas, no por sí mismas, sino

como medios más o menos eficientes para la consecución de un fin. En principio, para Elster, todas las decisiones humanas pueden asimilarse a una escogencia racional, siempre y cuando se logra determinar una lista jerarquizada de preferencias mediante una treta matemática por la cual se le asigna números a las opciones de tal modo que las preferidas tengan un mayor valor. Así, la persona puede actuar buscando maximizar su utilidad. La elección racional se ocupa de hallar el mejor medio para fines dados. Es un modo de adaptarse de manera óptima a las circunstancias, pero no es un mecanismo infalible, pues la persona sólo puede elegir según lo que él *crea* que es el mejor medio. Esa creencia puede muy bien ser errónea. La persona puede perder oportunidades o no acertar por error. No sólo es humano errar; también puede ser racional hacerlo si todas las pruebas señalan en la dirección equivocada. El proceso de alcanzar una creencia puede ser racional, aunque no necesariamente verdadera. Una decisión puede ser la mejor mientras más pruebas reunamos y cuanto más las consideramos, pero el momento de la decisión puede haber pasado por emplear el tiempo en estas consideraciones y cavilaciones.

Para Elster, como buen individualista metodológico, sujetos colectivos como las instituciones, el Estado, las sociedades, etc., son resultados de la interacción de las personas. Es decir, en sentido estricto no existen por sí mismas. Por eso, para él las instituciones, por ejemplo, presentan al menos dos caras. De un lado, nos protegen de las consecuencias destructivas de la pasión y los intereses particulares, pero, por el otro, ellas mismas pueden ser socavadas por esos mismos factores. Una institución puede ser considerada como un mecanismo para poner en vigencia ciertas reglas sociales. Estas en general, también pueden regir las conductas de los seres humanos, aunque con sanciones externas e informales, y mediante su internalización, y no sólo mediante sanciones formales. las instituciones nos hacen hacer cosas, modifican nuestra conducta, a través de la amenaza del uso de la fuerza, entendida ésta última como toda acción destinada a hacer que una práctica indeseada les resulta más costosa a aquellos que pueden sentirse tentados a realizarla. Las reglas incluyen leyes, decisiones judiciales, decretos administrativos y órdenes ejecutivas. Con todo, las instituciones tienen cinco clases de efectos en la vida de las personas: a) pueden ser eficientes para que todos estén mejor b) son redistributivas, c) pueden redistribuir al costo de algún desperdicio, d) logran la eficiencia al costo de la redistribución y, por últi-

mo, e) pueden ser puramente destructivas, al hacer que todos terminen estando peor.

Elster reconoce que las decisiones institucionales pueden ser fácilmente desviadas y distorsionadas por la conducta interesada de los agentes que deben ponerlas en práctica. La forma más visible y cruel de oportunismo es la corrupción. Los ajenos a la institución pueden sobornar a los funcionarios para que modelen las reglas o las violen a su favor. Si el funcionario busca poder antes que riqueza puede tratar de inflar la maquinaria burocrática y aumentar su personal más allá de cuanto necesite ejecutar sus tareas. Para el autor, la variación en corrupción entre los países se explica en gran medida por el grado de compromiso público de sus funcionarios y no por la inteligencia del diseño institucional. La moralidad y las normas sociales parecen contar mucho más que el interés propio esclarecido. Los deseos importan más que las oportunidades. En todo caso, las instituciones no son entidades monolíticas en las que se puede confiar para que transmitan y luego llevan a cabo las decisiones tomadas en los niveles más altos de poder.

3.6. Sociología crítica

Una clave importante para entender las teorías sociales, es el contexto histórico. Así como para comprender la significación del positivismo inicial hay que considerar el ambiente de la revolución francesa y la reinstauración de las instituciones monárquicas y aristocráticas en la primera mitad del siglo XIX, para entender globalmente al marxismo hay que conocer la emergencia de la clase obrera en las luchas políticas de los países capitalistas industrializados, para captar el sentido del estructural-funcionalismo en los Estados Unidos hay que remontarse al gran colapso económico de los treinta, para que adquiera su significación la llamada “Escuela de Frankfurt”, hay que advertir que su surgimiento se produce en las vísperas del auge del nazismo en Alemania, el fortalecimiento del estalinismo en la URSS y la Segunda Guerra Mundial. Esas circunstancias históricas pueden servirnos para comprender sus temas, sus énfasis, incluso las tradiciones que seleccionan y actualizan para articular sus propuestas teóricas.

La línea de reflexión del grupo de filósofos, sociólogos, psicólogos e historiadores (varios de ellos judíos, todos perseguidos por Hitler, muertos o en

el exilio a partir de 1933) que se nuclearon en el Instituto de Investigación Social de la ciudad de Frankfurt, a finales de la década de los veinte, arranca con una distinción clara entre la teoría social “tradicional” y la “teoría crítica”, la cual, explícitamente, rechaza los límites de la mera descripción y análisis de su contexto sociohistórico, y asume como tarea contribuir a su cuestionamiento y transformación, a partir de su confrontación con la Razón, retomando las nociones hegelianas de una historia en movimiento a partir de una actividad de negación que, en este caso, toma objeto de su crítica las formas de dominación, explotación y destrucción que es ya la negación establecida por la sociedad capitalista moderna. Esto asienta una confrontación implícita, tanto con el sentido conservador de la sociología clásica de rasgos durkheimianos, como con la inclinación estabilizadora del estructural-funcionalismo norteamericano. La propuesta crítica se anuncia, de entrada, por ser “negativa”, frente a la noción de lo positivo de las corrientes mencionadas anteriormente. Las instituciones y las estructuras de la sociedad capitalista moderna no son meramente “objetivas”, “dadas” en su positividad, sino que son un devenir resultado de la negación del ideal humano racional, lo cual debe ser a su vez negado por la crítica para, en un movimiento dialéctico del pensamiento, ser superado y poder acceder a una nueva afirmación de la Razón histórica.

Una de las primeras tareas planteadas por la teoría crítica es la respuesta a los grandes acontecimientos de su contexto que parecían negar la racionalidad de la Historia, es decir, la realización de la Idea de la Libertad según Hegel. Ambas formas de totalitarismo de la época, el nazifascismo y el estalinismo, pero también las realidades de la aparente alternativa en la forma de vivir norteamericana, reproducen las formas de irracionalidad de la sociedad capitalista. En esta labor, de inspiración hegeliana y marxista, los teóricos de Frankfurt muy pronto se vieron llevados a remontarse a una crítica más radical a toda Razón Iluminista, cuyos orígenes se encontraban mucho más atrás y profundo. De hecho en una de las primeras obras de Max Horkheimer y Theodor Adorno (sucesivos directores del Instituto), “Dialéctica del Iluminismo” (1944), se describe al iluminismo y su razón dominadora instrumental como una tendencia de siglos, que persigue el dominio de la Naturaleza y termina dominando al ser humano mismo. La Razón es paradójica. Promete la Liberación y el sacudimiento de los mitos, pero en su devenir histórico, se convierte en un nuevo mito que confirma

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

y profundiza la dominación. Los autores usan el símbolo de Ulises, el personaje homérico, cuando se hace atar para soportar el canto de las Sirenas, como símbolo del burgués moderno que, al dominar la Naturaleza y a los esclavos, debe someterse a sí mismo. Así, la magia, de ser ritual de la dominación, deviene con los siglos, en su contrario, la racionalidad instrumental. Esta, que se inicia como odio a todas las imágenes, deviene pensamiento conceptual abstracto. Esto porque pasan estas formas de la mente por un momento dialéctico de negación en el cual se niega la figuración de la magia, y se conserva el ánimo dominador de la razón.

Para llevar a delante su misión, la teoría crítica reconoció una estrecha colaboración entre la filosofía y la ciencia social. Igualmente, en contraste con el positivismo, que rechazaba cualquier incursión en lo que consideraban “metafísica” o mera especulación filosófica, teóricos como Adorno y Horkheimer adoptaron muchas de las perspectivas abiertas por Hegel con su filosofía dialéctica de la historia, hasta llegar, paradójicamente, a negarla y superarla. Las categorías abstractas de la filosofía sólo son posibles por el proceso de abstracción real y concreta que realiza la mercantilización de todos los aspectos de la vida, desplegada en el capitalismo. Es decir, existe un vínculo directo entre los conceptos de la economía política y el pensamiento dialéctico. Lo abstracto es expresión de la abstracción implicada prácticamente en las mercancías. Pero, en contraste con la dialéctica hegeliana, esta de Adorno y Horkheimer no tiene síntesis o conciliación de los contrarios. La totalidad no se cierra, y se mantiene el antagonismo entre lo universal y lo particular.

Frente a la negación que de sí misma realiza la razón de las propuestas negadoras, lo cual conduce a la insistencia de la dominación, Adorno dirige su reflexión hacia el arte como opción a la praxis revolucionaria. Las obras de arte constituyen una “promesa de felicidad” para superar la opresión social; pero ellas se confrontan dialécticamente con la institución misma del Arte, por cuanto ésta porta una culpa por ser un lujo de los dominadores. Esto lleva al autor a un paradójico rechazo a la estética a través del devenir de sus propias categorías. En virtud de la mercantilización universal del capitalismo, la cultura deviene una industria por sí y en sí misma. De hecho, al acuñar el concepto de *industria cultural*, Adorno y Horkheimer dan cuenta de la integración de las

grandes empresas mediáticas: el cine, la televisión, los medios en general, en una sola rama industrial que condena todo el arte. Se estandarizan tanto la producción como el consumo del arte, en aras de aprovechar el tiempo “libre”, que ya no lo es más. Esa estandarización es la generalización de un esquema que domina a las subjetividades y las homogeniza para la dominación. Más tarde, Adorno descubre en la personalidad de los norteamericanos, habitantes de una sociedad supuestamente opuesta en sus valores al totalitarismo hitleriano, los mismos rasgos autoritarios que pudieran dar base al nazifascismo, precisamente por este devenir de la racionalidad instrumental que lo convierte todo, incluidos los propios seres humanos, en medio para consecución de fines de poder o riqueza.

Los teóricos de Frankfurt se inspiran todos en la dialéctica hegeliana, y la convierten en un gesto que reproduce el de Marx, otro de sus maestros, en fundamento de la crítica social. Como lo explica Marcuse (1978), otro de los representantes de Frankfurt, el idealismo alemán contrapone la Idea, el concepto filosófico, a lo Real, lejos del conformismo implicado en el enunciado de Leibniz de la “razón suficiente”, según el cual todo lo existente tiene un por qué. Por el contrario, el aspecto crítico del pensamiento de Hegel (que también tiene su lado, contrario, de conservadurismo), es precisamente que la Idea niega la negación que está implicada en lo Real. Como ya advirtiera Marx, en el idealismo alemán se parte de la posición del sujeto activo, crítico, negador. Por ello existe un vínculo histórico directo entre Hegel y la revolución francesa, entendida ésta en sus extremos como el intento desesperado de la Razón por someter a lo Real. De todos los discípulos de Hegel, todos desarrollando su propia crítica al maestro, es Marx y Engels quienes logran conservar el filo crítico de la dialéctica, a la vez que la despojan de sus lados reaccionarios. Pero esta Razón ha devenido en razón instrumental, funcional a la dominación, como se muestra en todos los aspectos de la vida del capitalismo industrial plenamente desarrollado, como en los Estados Unidos. Para Marcuse, en esas sociedades altamente industrializadas, además de que el consumo se ha hecho una forma de dominación (como ya señalaba Adorno), se ha cercenado la capacidad crítica de la Razón, recudiendo a los sujetos en piezas funcionales y seres unidimensionales (Marcuse, 1977). Esta tendencia a la dominación se nota en todos los ámbitos, desde la cotidianidad del consumo y el trabajo, hasta las formulaciones neopositivistas filosóficas,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

que reducen la ciencia y el pensamiento a través de una reflexión del lenguaje que es reducido a su vez en lógica y descripción precisa de lo dado. La ciencia igualmente ha quedado dominada por la razón instrumental, hasta convertirse, en su cosificación, en la expresión por antonomasia de ella. La razón instrumental ha penetrado incluso hasta las profundidades inconscientes de la psique de los individuos, sofocando así las diferencias y ejerciendo una “sublimación opresiva”, en el disfrute de las mercancías y la manipulación publicitaria de los deseos y los instintos, con la cual logra convertir el “principio de la realidad” (descrita por Freud como el opuesto al “principio del placer”) en simple “principio de rendimiento”. Esto lleva a Marcuse a plantearse el problema acerca del sujeto de la revolución, y termina su búsqueda ubicándolo en los “marginales” (etnias, minorías, la juventud) o en las poblaciones de los países neocoloniales, en rebeldía frente a la dominación imperialista.

Pero Marcuse, además de criticar la unidimensionalidad de las sociedades altamente desarrolladas capitalistas, dirige su crítica también hacia el marxismo soviético (Marcuse, 1975). Los países del bloque soviético también están dirigidos por una racionalidad instrumental que les lleva al dominio de la Naturaleza y de los hombres. El marxismo, de ser expresión de la razón crítica, como heredero de la dialéctica, ha devenido en simple ideología justificadora de la nueva opresión. De hecho, para Marcuse, la ideología no constituye una “superestructura” montada sobre la esencial estructura económica, sino que la ideología se encuentra ya en el interior de los mismos procesos productivos. Pero los dirigentes soviéticos han terminado por ser, paradójicamente, dominados por esa racionalidad instrumental al que han reducido el mentado “marxismo-leninismo”, producción específica de la razón instrumental soviética. Sus tesis y doctrinas, que guían su política internacional desde los tiempos del liderazgo de Stalin hasta el período de la “coexistencia pacífica”, se convierten en premisas de su acción, ordenando en esquemas de bloques de fuerzas opuestas, tanto los países del “campo soviético” como aquellos liderados por los Estados Unidos. Este esquema, que tiene su análogo en los diseños estratégicos del campo imperialista pro norteamericano, mantiene al mundo en un equilibrio del terror que sólo reproduce, a un nuevo nivel, la dominación.

La crítica a la racionalidad instrumental y a la dominación, es el hilo con-

ductor de todos los teóricos de Frankfurt. Así mismo, el enriquecimiento del pensamiento crítico incorporando, a un tronco donde claramente se advierten los aportes de Hegel y Marx, en su análisis del capitalismo (específicamente, el capitalismo altamente industrializado), nuevos desarrollos con conceptualización provenientes del psicoanálisis. Ello ocurre, como ya hemos señalado, en la obra de Adorno, Horkheimer y Marcuse, pero también es destacable en los estudios de Erich Fromm acerca de la psicopatología de la normalidad capitalista, y la formación histórica de una personalidad autoritaria, precursora de la fascista, en el texto “El miedo a la libertad” (1978). Aunque Marcuse y Fromm, principalmente, se distinguen y polemizan acerca de algunos conceptos de la metapsicología de Freud, ambos profundizan en las deformaciones ocasionadas por la racionalidad instrumental desde los instintos y la estructuración del inconsciente del Hombre contemporáneo, inmerso en la sociedad capitalista. Sus angustias, neurosis y perversiones, son producto de la realidad social de dominación y no asuntos meramente personales. Participan de una patología de la normalidad (Fromm, 1981). Esta puede llevar a prestar apoyo a regímenes realmente opresivos, como lo fue el de Hitler en Alemania. La libertad del ejercicio de la propia razón crítica, puede resultar demasiado pesado para individuos coartados en un desarrollo sano de su libido, a través de la represión, sublimación y demás mecanismos psicológicos. Así, esos individuos terminan prefiriendo la presencia de un Padre todopoderoso, materializado en el Führer o en sus figuras homólogas.

Es notable la tonalidad pesimista de los analistas frankfurtianos. Adorno termina negando la Totalidad opresiva que remataría cualquier dialéctica, por lo que lo razonable es mantener el antagonismo en el pensamiento y en lo social que es reflejado en el pensamiento. Por su parte, Walter Benjamin y sus tesis acerca de la Historia (Benjamin, 1996), muestra, a través de la interpretación de diferentes “constelaciones” o disposiciones significativas de procesos inicialmente desconectados, pero que concurren ante el pensador para adivinar un sentido, cómo la civilización capitalista moderna constituye más bien una catástrofe en la cual la destrucción, tanto de la Naturaleza como de la subjetividad libre, es la nota dominante. La historia escrita es siempre la historia de los vencedores, sobre capas sucesivas de los muertos de los vencidos, etnias, pueblos, clases dominadas, cuya derrota y muerte se reproduce una y otra vez, cada vez

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

que hay una derrota social o política del proletariado. Por el costo en sufrimiento y destrucción es tanto, que Benjamín más bien propone una revolución para meterle el freno a la locomotora de la sociedad capitalista, que avanza con un costo inmenso en recursos naturales y humanos.

Se considera como de la última generación de la escuela de Frankfurt, al destacado pensador Jurgen Habermas (ver 1998, 2000). Este continúa la tradición de la crítica de la razón instrumental, pero rescatando la Razón moderna como tal, mediante su distinción respecto de la racionalidad comunicativa.

Habermas realiza una interpretación de conjunto de las ciencias, y las distingue según el interés que las anima. De esta manera las tipifica en tres segmentos: las ciencias técnicas manipuladoras, las hermenéuticas y las críticas. Las primeras, pretenden reducir los procesos que estudia en ciertas regularidades o leyes, con el fin de obtener un control y una manipulación sobre el objeto, sea natural o humano, para poder obtener una ganancia en términos de transformación o aprovechamiento y explotación. Las segundas, con su inclinación comprensiva, tratan de recuperar las significaciones y sentidos de las tradiciones y formas de vida para conservar y reproducir unas relaciones directas a la manera del “mundo de vida” fenomenológico. Las ciencias críticas, entre las que se contemplan el psicoanálisis y el materialismo histórico, además de dispensar una explicación causal y una interpretación comprensiva, consigue que los sujetos tomen conciencia de las fuerzas impersonales que los dominan y así tender a la autonomía y la liberación.

Para Habermas, la Razón (o racionalidad) no se queda en la selección y administración de medios para conseguir fines establecidos por el sistema capitalista (es decir, la racionalidad instrumental dirigida a la acumulación de capital y la dominación del Hombre y la Naturaleza), sino que establece los fines mediante acuerdos entre seres racionales (logro de la Modernidad) en una contrafáctica (es decir, deseable, no empírica, sino proyectada) situación ideal del Habla. En ésta, los hablantes se encuentran en un diálogo donde se respetan ciertos prerrequisitos: manejo común del lenguaje, respeto del derecho de hablar de todos, sinceridad y congruencia pensamiento-lenguaje, acuerdos de métodos para verificar las aserciones emitidas. Esos requisitos se desprenden del

aprendizaje racional posible históricamente en la modernidad. Es por ello que Habermas, frente a los teóricos de la postmodernidad y distinguiéndose de los aspectos más pesimistas de la obra de sus maestros (Adorno, Horkheimer, Marcuse, Benjamín, etc.) desarrolla una consistente defensa de la modernidad en tanto proyecto inconcluso cuya realización plena es deseable y posible, en tanto reconstrucción de las condiciones sociales de vida de acuerdo a una razón que guíe a los fines sociales. La integración en su pensamiento de elementos, tanto de la filosofía pragmática del lenguaje como de la revalorización del “mundo de vida” proveniente de la fenomenología, le dan elementos a Habermas para proponer una reconstrucción del materialismo histórico, que incorpore las estructuras de la comunicación social, como posibilitadores del aprendizaje moral y técnico, necesario para el pasaje de un modo de producción a otro, en el devenir histórico. Desde esta perspectiva, Habermas igualmente revela las causas de la crisis de legitimación en la que se encuentran las sociedades del capitalismo tardío, no sólo en la insatisfacción de las demandas de libertad y autonomía de los individuos, sino en la pugna por la colonización del “mundo de vida”, donde se realiza la razón comunicativa (es decir, los intercambios lingüísticos entre los sujetos en vistas de un acuerdo racional) por parte de la racionalidad instrumental del sistema capitalista, que convierte todo en medio o técnica. Esta contradicción implícita en la amenaza de colonización del mundo de vida por la lógica del sistema, es el aspecto crítico del pensamiento de Habermas que, de alguna manera, mantiene viva la herencia del conjunto de los teóricos de la Escuela de Frankfurt.

CAPÍTULO IV

AMÉRICA LATINA PARA LA SOCIOLOGÍA



www.mawil.us

4.1. Las visiones positivistas de Nuestra América

Los predecesores de la sociología y, en general, las ciencias sociales, en nuestras tierras de América Latina, pueden encontrarse en el conjunto del ensayismo latinoamericano que, desde el siglo XIX, intentaron interpretar las características específicas de nuestras realidades culturales, sociales, psicológicas y económicas, a raíz del proceso emancipador de las colonias del Imperio Español durante las dos primeras décadas de la mencionada centuria. Autores como Walter Mignolo (2007) lo hacen remontar a las “Corónicas (sic) Reales” de Inca Garcilaso de la Vega (2009), texto que reúne narración, testimonios y esbozo de un pensamiento político elaborado ante la consideración del pasado precolombino frente a las actualidades de la dominación colonial hispano. Esto es plausible, pero preferimos centrarnos en el antecedente de los principales ensayos y hasta proclamas políticas (como las cartas y discursos claves de Simón Bolívar, por ejemplo) que intentaron esclarecer las significaciones de nuestra historia, cultura y sociedad como preparación de la entrada de las ciencias sociales en el ambiente académico de nuestros países, hacia la década de los treinta y luego de los cincuenta del siglo XX.

El conocimiento e interpretación de nuestras sociedades, siempre ha ido de la mano con la propuesta de proyectos políticos de gran amplitud. Esto es destacable en las cartas y proclamas de Simón Bolívar, quien esbozó una caracterización de nuestros pueblos en varias partes (la llamada “Carta de Jamaica”, el discurso ante el Congreso de Angostura, sus propuestas constitucionales en general), intentando a todo trance, distinguirlos, tanto de los españoles peninsulares, como de los indígenas aborígenes. En todo caso, Bolívar terminó reconociendo la mixtura entre los componentes europeos, indígenas y africanos (procedentes de la oprobiosa institución de la esclavitud), en nuestro legado cultural y social. En el pensamiento bolivariano se hallan evidentes influencias del utilitarismo inglés (la noción de la mayor suma de felicidad, propio de R. Bentley y J. Bentham), así como evidentes exposiciones inspiradas sobre todo en Montesquieu y Rousseau. Por su parte, Simón Rodríguez desarrolló unas propuestas educativas, donde se pueden identificar elementos tanto de la Ilustración europea, el primer positivismo proto-socialista de Saint Simon, como del utilitarismo inglés y hasta del pragmatismo norteamericano. El gran maestro

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

del Libertador impulsaba en sus textos la integración en las escuelas públicas, de las clases sociales y de los diversos orígenes étnicos (aspectos destacables, dada la profunda división de castas y racismo de la sociedad colonial que se dejaba atrás), así como propuestas educativas programáticas donde se juntaban el trabajo manual con lo básico para el desarrollo del aspecto intelectual y emocional de los niños y jóvenes.

Pero si atendemos a los ensayos de interpretación escritos en el resto del siglo XIX, podemos advertir visiones correspondientes al positivismo europeo inicial, donde factores como la raza, la geografía, el clima, son de gran importancia para el conocimiento del devenir histórico. Este enfoque, ya presente en Montesquieu, se profundiza en el positivismo que, por lo demás, en nuestras tierras se convirtió en un fiero defensor del desarrollo de las ciencias naturales contra la formación hegemónica de la teología, en los ambientes académicos latinoamericanos. Esto conllevó a planteamientos claramente racistas y a los análisis del clima y de las características generales del territorio como determinantes de la forma de ser de los defectos de los pueblos. Sarmiento en Argentina, con sus lamentos por nuestros orígenes indígenas y sus llamados a eliminar lo que él consideraba algo detestable en nuestro Ser, Vallenilla Lanz en Venezuela, José Yves Limantour y el grupo de los “científicos” en México, entre otros intelectuales de formación similar en casi todos los países, de mediados del siglo XIX y hasta principios del siglo siguiente, desarrollaron teorías e interpretaciones del proceso de la guerra de independencia y demás episodios de la historia, con las cuales terminaron por justificar dictaduras oligárquicas.

Toda esta producción ensayística intelectual tenía una evidente marca positivista, y como tal, insistían como motivo recurrente la exaltación y búsqueda en nuestros países del *orden y el progreso*. Como han advertido varios autores, el discurso positivista, comenzando por Comte y culminando con Spencer y Durkheim, se sintonizó, gracias a su evolucionismo, conservadurismo, optimismo histórico, con anteriores construcciones discursivas, como aquella de la *evangelización*, propia del proceso de colonización, que se proponía incorporar a las colonias a la cristiandad. Los positivistas criollos confrontaron así la *barbarie* propia de estas tierras (derivada de los componentes raciales indígena y africana), con la *civilización*. Idénticos valores que servían de orientación a las

propuestas políticas y sociales, recibieron los nuevos nombres del *Progreso* y, poco después, la *Modernización*.

El motivo recurrente del enfrentamiento de La Civilización contra la Barbarie, se convirtió en tema, no sólo de ensayos de interpretación, proclamas políticas y hasta leyes de migración, que promovían la importación de la Humanidad europea para “mejorar la raza”, sino de obras literarias, como es destacable en la novelística latinoamericana de las primeras décadas del siglo XX. O sea, era un eje ideológico dominante en nuestra Cultura, sobre todo la académica, y entró en nuestras tierras de la mano del rechazo de la preponderancia teológica y la admiración hacia las ciencias naturales y la técnica industrial.

Aún así, hubo intentos posteriores de responder al positivismo, sobre todo por su adscripción política con detestables y superados regímenes despóticos y oligárquicos durante las primeras décadas del siglo XX. Así, el mestizaje se reexaminó y se les destacaron sus aspectos positivos, por ejemplo en la obra de José Vasconcelos, “la Raza Cósmica”. Igualmente en el ensayo de interpretación cultural “Ariel” del uruguayo Rodó, quien confrontaba, en tiempos de la guerra hispano-norteamericana, los personajes de Shakespeare Ariel y Calibán, identificando el primero con la bondadosa idealidad romántica de los latinoamericanos y el segundo con el brusca y rústico pragmatismo anglosajón. Igualmente, el inflamado nacionalismo de José Martí motivó densas reflexiones acerca del horizonte político emancipatorio de las naciones latinoamericanas. Por otro lado, en una tendencia de pensamiento opuesto al romanticismo idealista, José Carlos Mariátegui desarrolló un marxismo original, apartado de los cánones de la tercera Internacional Comunista, organismo responsable de divulgar y asentar esa corriente política y teórica en el continente. Mariátegui es pionero, no sólo del materialismo histórico en nuestras tierras, sino de un análisis específico de las realidades de su país, Perú, donde la problemática de la segregación de la población indígena se articula con la explicación del desarrollo particular del capitalismo, la lucha de clases y la situación de los campesinos.

De modo que los intelectuales latinoamericanos se debatieron durante todo el XIX y parte importante del XX, entre el pesimismo racista, adorador del Progreso, del positivismo, el optimismo humanista romántico del idealismo,

y un marxismo que pugnaba por ser original frente al dogmatismo naciente de una Internacional Comunista sometida a los dictados teóricos y políticos de la URSS.

Cuando el pensamiento social y político pretendió el status científico, con la entrada de la economía y luego la sociología, en los ambientes académicos, se podrá observar el mismo dilema en nuevos términos. Ahora la sucesión Evangelización-Civilización-Progreso, cadena de ideas claves de los sectores hegemónicos, devendrá crecimiento, desarrollo, modernización. Por el otro lado, la búsqueda de una identidad y destino propios, la “raza cósmica”, la idealidad de Ariel, devendrá eventualmente en Emancipación, Liberación y ruptura de la dependencia.

4.2. La entrada de la sociología en la Universidad Latinoamericana y sus aportes más relevantes

La fundación de las Facultades de Ciencias Económicas y Sociales en las universidades de los principales países de América Latina se verificaron en la segunda mitad de la década de los 30: Brasil, México, Venezuela, Argentina, Chile, etc. en cuanto a las escuelas de Sociología, éstas comenzaron a funcionar desde la primera mitad de la década de los cincuenta. Esas fechas son significativas si las consideramos indicadores de contextos históricos importantes. La segunda mitad de los treinta es la época preparatoria de la Segunda Guerra Mundial, cuando están en su apogeo el poderío del nazifascismo en Alemania, Italia, Japón y España, y, por otro lado, en la URSS se consolida el poder de Stalin y la potencia militar soviética. Se viene de una crisis de la profundidad del crack financiero de 1929 y en la academia norteamericana Parsons y sus colaboradores realizan la gran síntesis de las sociologías clásicas que se venían desarrollando en Francia, Alemania e Italia: el estructural-funcionalismo. En cambio, la década de los cincuenta enmarca la expansión norteamericana, la afirmación de la hegemonía de los Estados Unidos en el hemisferio occidental y la agudización de la Guerra Fría, la cual ya se había iniciado inmediatamente al final de la Gran Guerra, en 1945, y llega a su clímax en la siguiente década, los sesenta; igualmente eran tiempos de rebeliones, luchas anticoloniales en Asia y África y aparición de lo que Theotonio Dos Santos (2003) llama “El espíritu de

Bandung”, es decir, el tercermundismo, una postura de independencia política, económica y cultural frente a los bloques en conflicto de la Guerra Fría. Ambas situaciones históricas configuran el contexto en que las significaciones de las ciencias sociales eran orientadas por la noción del *desarrollo* para nuestros países. Esa noción sustituirá, conservándolas, a las otras que han centrado el pensamiento: Civilización, Progreso, Modernización.

Es fácil entender por qué la sociología que hegemonizó los programas de las nacientes escuelas de sociología en América Latina, haya sido desde el principio, la del estructural funcionalismo norteamericano, con énfasis en los estudios empíricos y una atención fundamental en los métodos estadísticos y cuantitativos. Pero muy pronto, esta herencia teórica paradigmática va a verse revisada.

Estos cambios fueron iniciados en los espacios universitarios, por supuesto, pero su generalización a todo el Continente y más allá (por ejemplo, el economista egipcio Samir Amin recibió evidentes influencias de las ciencias sociales latinoamericanas), se debe a instituciones internacionales, tales como, en las décadas de los cincuenta y sesenta, la UNESCO y la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) y, más adelante, un entramado de organismos como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, la CLACSO, la ALAS, etc., que posibilitaron los intercambios entre los investigadores y las mutuas influencias en tres los académicos de los países.

Así, pueden diferenciarse varias etapas claramente identificables por la instauración de consensos conceptuales que conformaban sucesivos paradigmas. Partiendo del estructural-funcionalismo, se marchó hacia las teorías del desarrollo, las tesis acerca del centro-periferia (el cepalismo), las distintas tendencias de la Teoría de la Dependencia, el marxismo crítico, la postmodernidad y el postestructuralismo, la entrada de las corrientes neoliberales, las corrientes politológicas centradas en la reforma del estado y las transiciones democráticas de los países del cono sur, etc.

López Segrera (en Marini, Dos Santos, López Segrera et al, 1999) hace una lista de temas, aportes (y “axiomas”) de las ciencias sociales latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX, que marcan (mencionando los autores emble-

máticos de cada enunciado clave) su desarrollo como confluencia de disciplinas (economía, sociología, historia, antropología, politología):

1. El axioma del capitalismo colonial (Sergio Bagú): el régimen económico luso-hispano del período colonial no es feudalismo. Es capitalismo colonial el cual se presenta ciertas manifestaciones externas que lo asemejan al feudalismo europeo, lo cual significa un perfil equívoco, pero conservando un incuestionable índole capitalista. América ingresó con sorprendente celeridad dentro del capitalismo comercial ya inaugurado en Europa, haciendo posible esa circunstancia la iniciación del capitalismo industrial décadas más tarde.
2. El axioma “centro-periferia” (Raúl Prebisch), el cual señala que, mientras los centros han retenido íntegramente el fruto del progreso técnico de su industria, los países de la periferia les han traspasado una parte del fruto de su propio progreso técnico.
3. El axioma del “sub-imperialismo” (Ruy Mauro Marini) según el cual existe un escalonamiento, una jerarquización de los países en forma piramidal y, por consiguiente, la emergencia de potencias capitalistas medianas, un subimperialismo, desde países como Brasil y los llamados “Tigres Asiáticos” en la nueva división internacional del trabajo.
4. El axioma “dependencia” (Theotonio Dos Santos) según la cual hay una situación por la cual la economía de un cierto grupo de países está condicionada por el desarrollo y la expansión de otra economía. La estructura de la economía mundial determina que determinados países resulten favorecidos en detrimento de otros, lo cual, a su vez, determina las posibilidades de desarrollo de las economías internas.

Entre otros muchos aportes de las ciencias sociales en el continente, López Segrera (Ob. Cit.) menciona un extenso balance de estudios, que incluye:

- a. Los estudios tipológicos sobre los pueblos y el proceso civilizatorio (Darcy Ribeiro)
- b. La sociología del hambre d(Josué de Castro)
- c. La metodología de la Investigación- Acción Participativa (Orlando Fals Borda)

- d. Los conceptos de la colonialidad del poder, del saber y del Ser, así como el de decolonialidad (Aníbal Quijano, Walter Dignolo, etc.)
- e. La pedagogía del oprimido (Paulo Freire)
- f. Las visiones críticas de la globalización (Octavio Ianni, Celso Furtado)
- g. La crítica a la visión fundamentalista de la integración globalizada (Aldo Ferrer)
- h. La teología y la filosofía de la Liberación (Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, Enrique Dussel, Franz Hinkelammert)
- i. La teoría de la marginalidad (Gino Germani, José Nun)
- j. El enfoque de la dependencia (Henrique Cardoso, Enzo Faletto) y la Teoría de la dependencia (Dos Santos, Marini, Bamberger y Gunder Frank)
- k. Estudios sobre el “México marginal”, el nuevo orden mundial y la democracia no excluyente (Pablo González Casanova)
- l. La crítica al neoliberalismo (Atilio Borón)
- m. La tesis de una civilización geocultural alternativa emergente (Xavier Gorostiaga)
- n. La tesis sobre transición democrática, democracia y Estado (Francisco Delich, Manuel Antonio Garretón, Norbert Lechner, Guillermo O’Donnell)
- o. La tesis de las culturas híbridas (Néstor García Canclini)
- p. Los estudios acerca de la economía de la coca (Hermes Tovar Pinzón)
- q. La sociología del Caribe (Gerard Pierre Charles, Suzy Castor)
- r. La economía de plantaciones del Caribe (Ramiro Guerra, Eric Williams, Manuel Moreno Fraginals)
- s. La sociología centroamericana (Edelberto Torres Rivas)

4.3. El concepto del Desarrollo

A finales de la década de los cincuenta, en el marco de unas ciencias sociales que se debatían entre el estructural-funcionalismo y el empirismo de inspiración norteamericana, y el marxismo que pugnaba por romper los rígidos moldes soviéticos para hacerlo útil en el conocimiento de la realidad latinoamericana, aparece el pensamiento desarrollista original de la Comisión económica para la América Latina (CEPAL), la cual desarrolla su pensamiento en el ambiente creado por la Guerra Fría, por una parte, pero también la emergencia de las

luchas anticoloniales en el mundo, la irrupción de la preocupación por una proyección independiente de las nuevas naciones apartándose de los dictados de los dos grandes polos de poder norteamericano y soviético.

Respondiendo a esta problemática, surge entonces el enfoque multidisciplinario del desarrollo de la CEPAL, gracias a los estudios de Raúl Prebisch, el gran pionero. Esta corriente naciente combina estudios económicos, sociológicos y antropológicos. Por otra parte, por su metodología, que se apoya en modelos estructurales de las relacionadas entre los países en el marco del sistema capitalista mundial y su expresión en el comercio planetario, se le denomina a veces como el estructuralismo latinoamericano en los estudios sociales y económicos.

El planteamiento central de Prebisch es el de la polarización de la estructura de la economía mundial en un centro, donde se agrupan los países más industrializados, ricos y poderosos, y una periferia, en la cual se alinean los países llamados subdesarrollados. El teórico argentino polemiza con las tesis decimonónicas de la división internacional del trabajo en el comercio exterior y las ventajas comparativas, según las cuales el propio mercado mundial determinaba el rol, en términos de producción y exportación, de los productos para los cuales estaban mejor dotados. Según este esquema, unos países “sirven” para producir y vender materias primas (productos agrícolas o minerales), mientras que otros pueden, importando aquello, desarrollar su industria y técnica moderna. De esta manera, el mismo mercado organizaba las estructuras de la economía mundial, logrando así un crecimiento armónico del conjunto. El fruto del progreso técnico tendería a repartirse parejamente entre toda la colectividad internacional, por bajas y subidas de precios e ingresos, siendo beneficiados incluso los países de producción primaria que no necesitarían, entonces, industrializarse. Prebisch denuncia que esto es falso. Lejos de lo que indican las viejas teorías económicas, se ha producido un deterioro en los términos de intercambio entre las materias primas y las industrializadas. Las ingentes ventajas del desarrollo de la productividad no llegan a los países de la periferia (productores de materias primas) y esto agudiza las extremas diferencias entre los niveles de vida de las poblaciones de unas y otras naciones, evidenciándose así un inmenso desequilibrio.

Para el autor, la elevación del nivel de vida de las masas de la periferia sólo puede lograrse con una fuerte inversión de capital e industrialización, que puede provenir del capital internacional, pero es necesario un esfuerzo inicial que no se concilia con el tipo de consumo de ciertos sectores poderosos ni con la elevada proporción del ingreso nacional en ciertos gastos fiscales que no aumentan directa ni indirectamente la productividad nacional. Antes de la gran depresión de la década de los treinta, los países de América Latina crecieron impulsados desde fuera por el crecimiento de sus exportaciones, incluso algunos países dieron los primeros pasos en su industrialización; pero ya eso no es posible, por lo que se convierte en imperativo impulsar la industrialización en función de un mercado interno. Otro hecho que lo muestra es que la relación de los precios en el mercado internacional se ha movido constantemente en contra de la producción primaria, es decir, en forma adversa a los países de la periferia, salvo ciertos momentos, como el de la gran conflagración mundial (1938-1945), en que han subido los precios de las materias primas circunstancialmente.

Todo ello repercute, de una manera estructural, es decir, constante y con refuerzos constantes debidos al mismo funcionamiento de la economía, en que los grandes centros industriales, no sólo retienen para sí el fruto de la aplicación de las innovaciones técnicas a su propia economía, sino que están asimismo en posición favorable para captar una parte del progreso técnico de la periferia. Los centros son centros porque acumulan capital pero también progreso técnico, que se traduce en mejoramiento del nivel de vida de su población y aumento sistemático de su productividad (Prebisch, en Ob. Cit. P. 173-185).

Prebisch propone como idea central de cualquier plan de desarrollo, el cual implícitamente pero lógicamente lo impulsarían los Estados, sería la sustitución de importaciones, lema de muchos gobiernos latinoamericanos a partir de finales de los cincuenta, pero que se había aplicado ya, en parte, en algunos países adelantados en la industrialización, tales como Argentina, Brasil y México, en las décadas de los treinta y los cuarenta. Las medidas que debieran aplicarse son perentorias en momentos de ascenso, cuando se acrecienta el ahorro y hay mayores recursos para importar bienes de capitales, cuando los precios de las materias primas aumentan por circunstancias precisas en el comercio mundial. La propuesta de la industrialización y el crecimiento se instrumentalizaría, en-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

tonces, con el aumento de las capacidades de ahorro, inversión y expansión de un mercado interno de los países de la periferia. El sujeto de estas políticas de sustitución de importaciones, terminó siendo el estado, pero la CEPAL no adelantó en su momento un análisis de este factor clave.

Ya para entonces, crecimiento económico es sinónimo de desarrollo. Y así lo entiende el economista norteamericano W.W. Rostow con sus tesis sobre las etapas del crecimiento y el “despegue” (“take-off”) de los países, descrito con una reconstrucción histórica de los casos de los actuales países del centro capitalista.

La propuesta de Rostow (1960) responde a un modelado que se inspira, entonces, en lo que se consideran los factores universales del desarrollo que se identificaban y deducían de la práctica que había tenido lugar en algunos países, que se convierten en modelos de crecimiento para los periféricos en busca de su desarrollo. El desarrollo industrial de los países centrales, en especial los Estados Unidos, no se debió únicamente a circunstancias especiales, sino a la acción de determinados agentes. Para identificarlos en el caso de los países subdesarrollados, se requerían entonces los instrumentos de las ciencias sociales. La función principal de los sociólogos entonces sería dar forma a los agentes sociales de cambio que la economía del crecimiento consideraba implícitos. Se trataba entonces de crear las condiciones para el debido “despegue” (take-off) de las economías. Ellas son: a) aumento de las inversiones productivas del 5% al 10% o más del consumo nacional o PIB (Producto Interno Bruto), b) desarrollo de uno o varios sectores industriales con una alta tasa de crecimiento, y c) la creación de un marco social y político que utilice los impulsos para una expansión en el sector industrial y los potenciales económicos externos de la fase de despegue y que haga avanzar el crecimiento. Este se concibe como auto reproductiva. Es decir, al “despegar” la economía podía sostener su crecimiento por sí misma.

Como señala Mires (1993), la teoría de Rostow, aparte de Modelizar unas etapas con sus metas para el crecimiento económico, era una tesis acerca de la necesidad de agentes sociales o de élites modernizadoras políticas y económicas que dieran cuenta de la sociedad tradicional y sus representantes, los

cuales debían ser definitivamente derrotados y superados. Insiste Rostow en la necesidad de la acción decidida y eficaz de un grupo social, de personalidades emprendedoras de diverso tipo (desde funcionarios estatales, hasta empresarios emprendedores y arriesgados). Señala Mires:

La teoría del desarrollo económico de Rostow no podía ser sino una teoría evolucionista. De acuerdo con ella, el despegue debería aparecer como resultado de condiciones muy precisas, las que al fructificarse mutuamente permitirían a la sociedad abandonar su “prehistoria” del orden tradicional, hasta llegar al punto en que el crecimiento industrial, liberado del vientre materno, alcanza su vida propia y se transforma en desarrollo autosostenido (Mires, 1993: 43)

Pero elementos importantes de esta visión del desarrollo latinoamericano no eran exclusivas de este enfoque rostowiano. Algunos son compartidos por todas las teorías, incluso por su antípoda ideológico, es decir, el marxismo ortodoxo de los cincuenta, hasta bien entrados los sesenta: el objetivo era la industrialización sostenida, a través de una acumulación racional de capital, que suponga la superación de las estructuras de la “sociedad tradicional” gracias a la acción de una “élite social modernizadora” que, en la concepción rostowiana era representada sobre todo por los “empresarios emprendedores e innovadores”, pero que en la versión de la Tercera Internacional Comunista la representaba una “burguesía nacional” o un grupo altamente disciplinado en la dirección del Estado (el partido único).

De modo que un elemento común de estas teorías del desarrollo (cepalista, desarrollista rostowiana, marxista de la tercera Internacional) era la existencia y acción de un agente de cambio social (empresarios, burguesías nacionales, Estados, funcionarios o militantes), que impulsara los cambios fundamentales para pasar a un estadio más avanzado en la evolución de las sociedades latinoamericanas. El problema era que, por una parte, desde el punto de vista histórico, las clases o grupos que habían intentado desde el siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX modernizar a estos países, pertenecían a una oligarquía propietaria de tierras, beneficiaria del Estado o comercial-importadora, que no tenían las características que idealmente reuniría una élite modernizadora como un empresariado dinámico y progresista o un sector tecnócrata con

poder de Estado. Por otra parte, las propuestas (sobre todo de la CEPAL) eran enfocadas primordialmente hacia la economía y, aunque reconocían la relevancia de cambios en las estructuras sociales y culturales (como lo evidencia, por ejemplo, la teoría de la cultura política democrática de Almond y Verba, o las tesis de la modernización educativa de Alex Inkeles, inspiradas ambas en el estructural-funcionalismo norteamericano), no analizaban la estructuración de esas “vanguardias” o “élites” que asumieran los cambios necesarios para el desarrollo y la modernización.

Por lo demás, efectivamente en América Latina hubo avances industrializadores, aunque no con todas las características positivas que imaginaron los teóricos. No hubo una reproducción ampliada de la industrialización, sino que ésta se concentró en enclaves dependientes del capital, tecnología e, incluso, materias primas, del exterior. Tampoco se absorbió mano de obra que, por otra parte, se esperaba que el Estado calificara. En tercer lugar, esa industrialización (que pronto se calificará como “dependiente”) creó nuevos focos de miseria que, con el correr del tiempo, se han convertido en estructurales (ver Mires, Ob. Cit.: 50-53).

4.4. Teoría de la dependencia

La revolución cubana del primero de enero de 1960 y su declaración como socialista al año siguiente, fue un acontecimiento histórico que tuvo una repercusión importante en el deslinde de posiciones en el seno de organizaciones políticas y sociales y, en consecuencia, académicas de las ciencias sociales latinoamericanas, y especialmente, la sociología. A partir de entonces, las luchas políticas y los debates teóricos adquirieron una nueva dimensión y sentido para sus actores. Esas diferencias y conflictos se manifestaron, por supuesto, en los sindicatos, gremios, partidos políticos y hasta integrantes de gobiernos, determinando escisiones significativas y decisiones importantes de reorientación de líneas políticas, hacia la organización de la lucha armada. Incluso la Iglesia Católica fue tocada por el debate, al aparecer curas guerrilleros y comunidades de base convertidas en semilleros de cuadros para las nacientes organizaciones combatientes. También se escenificaron las discusiones al interior de las instituciones académicas y los grupos de investigadores, así como en las organizacio-

nes políticas y los gobiernos.

El suceso cubano tuvo un gran impacto incluso en las formulaciones ortodoxas del marxismo, doctrina que animaba supuestamente el proceso revolucionario. Quedó desplazada la tesis tradicional de la Tercera Internacional Comunista acerca de la “revolución por etapas”, la cual llevaba a apoyar los esfuerzos democratizadores y modernizadores de una presunta “burguesía nacional”, que encabezaría una etapa de liberación nacional y democracia, previa para plantearse el objetivo del socialismo. La decisión de la comandancia del triunfante “Movimiento 26 de Julio” de avanzar directamente al socialismo, también tuvo su impacto en las elaboraciones teóricas de las ciencias sociales institucionalizadas, dando como resultado un conjunto de propuestas conceptuales que, globalmente, fueron conocidas como la Teoría o el enfoque de la dependencia.

De hecho, los principales teóricos de la nueva corriente fueron discípulos y trabajaron estrechamente junto al máximo representante de las tesis cepalinas, Raúl Prebisch. Puede afirmarse entonces que la teoría de la dependencia se inicia en el seno del pensamiento industrializador y modernizador cepalino, puesto que, hasta cierto punto, comparten metodologías y modelos de partida, a partir de sus primeras formulaciones al inicio de la década de los 70. Las disputas entre sus tendencias y de todas ellas con las tradiciones ya establecidas del pensamiento estructuralista y desarrollistas de la CEPAL; se sintieron incluso en las instituciones técnicas de asesoría de la ONU y demás organizaciones de alcance continental.

De inmediato, luego de su irrupción en las corporaciones académicas y científicas nacionales y continentales, los dependentistas comenzaron sus deslindes internos. Para Pirela (1990), en ese momento inicial, podían distinguirse tres tendencias básicas: a) la institucional, b) la académico-estadista y c) la radical. La primera corriente, todavía liderizada por Raúl Prebisch, recomendaba como política de desarrollo, la industrialización vía sustitución de importaciones y proteccionismo estatal, la integración económica entre los países de la periferia como mecanismo de integración de los mercados y ganancias en economías de escala, negociación de acuerdos de reciprocidad comercial, así como de control y estabilidad de precios en el mercado mundial de las materias primas y algu-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

nas modalidades de inversión extranjera. La tendencia académica estatista, que agrupó entre otros a Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso y Theotonio Dos Santos, sostiene que el único mecanismo capaz de impulsar las transformaciones estructurales que necesitan los países para salir de la dependencia, es el Estado, mediante la planificación central y ciertas formas de concentración del poder político. Finalmente, los “radicales”, encabezados por Gunder Frank, James Petras, J.D. Coccoft y Rui Mauro Marini, plantean la revolución social como solución para salir de la dependencia. También le dan al Estado el papel protagónico en las transformaciones necesarias para ese objetivo, mediante una concentración del poder político más profunda que la propuesta por la corriente explicada anteriormente.

De acuerdo a uno de los representantes más emblemáticos del dependentismo, Theotonio Dos Santos, las tesis centrales de esa teoría serían las siguientes:

- a. el subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados.
- b. el desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes de un mismo proceso universal.
- c. el subdesarrollo no puede ser considerado como primera condición para un proceso evolucionista.
- d. la dependencia, aparte de su aspecto externo (en conexión con el conjunto del capitalismo mundial) se manifiesta también bajo diferentes formas en las estructuras internas (social, ideológica, política).

A partir de estas premisas comunes, se ramifica la producción científica de esta corriente. Dos Santos (Ob. cit.) ensaya varias clasificaciones para las múltiples tendencias que pronto entrarían en polémica. En primer lugar, él distingue cuatro tendencias, siguiendo a Blomstron y Hettne: a) la autocrítica estructuralista desarrollada por los científicos sociales ligados a la CEPAL que descubren los límites de un proyecto nacional autónomo. En este grupo se colocan Oswaldo Sunkel, Celso Furtado y la obra última del propio Raúl Prebisch, b) la corriente neomarxista que reúne los trabajos del propio Theotonio Dos Santos, Rui Mauro Marini y Vania Bambirra, así como los investigadores del Centro de Estudios Socioeconómicos de la Universidad de Chile, c) una corriente marxista-

ta más ortodoxa que expresa una aceptación del papel positivo del desarrollo capitalista y de la imposibilidad o inutilidad del socialismo para alcanzar el socialismo y d) la cristalización de la teoría de la dependencia fuera de las tradiciones marxistas, sistematizada por André Gunder Frank. Otra clasificación de los “dependentistas”, expuesta por Dos Santos (Ob. Cit.: 27-29) : los reformistas, los no marxistas, los marxistas y los neomarxistas.

Tanto López Segrera como Dos Santos, resaltan del desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas, cualidades tan importantes como su vocación inter y transdisciplinaria, la cual contribuyó a la aparición de pensadores tan originales como José Carlos Mariátegui, Gilberto Freire, Josué de Castro, Caio Prado Junior, Guerreiro Ramos, Sergio Bagú, entre muchos otros, que combinan métodos y enfoques novedosos de la sociología, con conceptualizaciones y modelizaciones de la antropología, la historia, la economía y otras ciencias humanas.

Estas fortalezas de las ciencias sociales latinoamericanas fueron notables en relación a debates fundamentales, como el de la definición de la sociedad colonial, rechazando la caracterización de feudalismo, para ubicarla como “capitalismo colonial”. La discusión fue iniciada por Gunder Frank quien, a partir de un apoyo al paso de la revolución cubana hacia el proyecto socialista, sostuvo la tesis de que América Latina fue capitalista desde su inicio colonial, por cuanto fue producto del capitalismo comercial europeo, ya que el mundo colonial hispano y lusitano constituyó un sistema de apropiación de excedentes económicos generados en los más recónditos lugares del planeta. Aunque las relaciones de producción basadas en la explotación del trabajo asalariado es la única forma de producción que asegura una reproducción ampliada del capitalismo, América Latina surgió como una economía mercantil volcada hacia el comercio mundial, y las relaciones serviles y esclavistas, verificadas en la región durante la colonia, fueron parte de un conjunto de fuerzas comandadas por el capital mercantil financiero en pleno proceso de acumulación primitiva u originaria, como la caracterizó Marx. Este contexto histórico explica la rapidez con que avanzaron las relaciones asalariadas, y la importancia de las clases medias y el proletariado urbano naciente.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Esta adquisición teórica constituyó la premisa a otra revisión importante en el saber social latinoamericano: el papel de la burguesía nacional, elemento fundamental para el “mundo colonial” en las teorías de la Tercera Internacional Comunista, es decir, el marxismo clásico de corte soviético. La revisión teórica emprendida dio evidencias para negar el carácter nacional (o nacionalista) de la burguesía latinoamericana, pues ésta, desde su origen, se identifican con los intereses del comercio internacional, el capital imperialista, por lo que abdicaban de cualquier aspiración nacional y democrática. Varios estudios mostraban los límites del empresariado de la región, caracterizado por el poco conocimiento de la realidad política de sus países, poca presencia junto al sistema de poder, poco alcance técnico y económico y falta de una postura innovadora o de una voluntad de oponerse a los intereses del capital internacional.

Sin embargo, estas tesis acerca de las burguesías nacionales debían ser matizadas a la luz de la historia de casos de cada país, como es la situación vivida en Brasil, donde, a partir de los 30, se formuló un proyecto de desarrollo de alto contenido nacionalista que se expresó en el apoyo al gobierno de Getulio Vargas. Tales fuerzas se mostraron, sin embargo, vacilantes cuando pudieron valorar sus fuerzas y la profundidad de la oposición de los centros de poder mundial. El suicidio de Vargas llevó a una situación de compromiso, emblemática por el gobierno de Kubitschek quien abrió las puertas del país al capital internacional con la garantía de exigir un alto grado de integración de su arque industrial. Se produjo entonces un enorme crecimiento industrial en las décadas de los cincuenta y sesenta, pero la burguesía brasileña descubrió que el camino de la profundización de la industria exigía la reforma agraria y otros cambios para amplificar el mercado interno y la generación de una base intelectual científica y técnica capaz de sustentar el proyecto alternativo. Esto abrió un período de gran agitación social y política, que fue interrumpido por el golpe de Estado de 1964, que revirtió todas las tendencias nacionalistas y progresistas, alineando al Brasil de acuerdo a los intereses norteamericano. Estas circunstancias históricas llevaron a pensar a teóricos, como Fernando Henrique Cardoso, en los límites históricos del proyecto nacional democrático y del populismo que lo conducía y, a partir de 1974, este académico aceptó la irreversibilidad del desarrollo dependiente y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia representativa. De hecho, Cardoso terminó asumiendo las tesis neoliberales del llamado “Con-

senso de Washington”, al igual de una amplia alianza de centro-derecha que en varios países (México, Argentina, Perú, Venezuela, Bolivia y el mismo Brasil) el cual se adhirió al programa de ajuste económico, acorde con las políticas del FMI para solventar la crisis de la deuda desatada en la década de los 80, denominada por varios estudiosos como la “década perdida”.

La hegemonía del llamado “Consenso de Washington”, a partir de la década de los ochenta, llevó a la ejecución continental de un programa que contemplaba, no sólo el desmantelamiento de las políticas asumidas desde los sesenta, apoyadas en el papel clave del Estado en la economía, sino a medidas de privatización masivas, reducción de los déficits fiscales a través del retiro del llamado “gasto social” (salud, educación, infraestructura, empresas de extracción minera), desregulaciones financieras, anulación del proteccionismo fiscal a la empresa nacional. La onda neoliberal que caracterizó la realidad latinoamericana, y que tuvo bastante influencia en el desarrollo de las ciencias sociales, con más fuerza desde los noventa, combinó políticas económicas recesivas con transiciones democráticas, apertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión social, y colocó a las naciones de la región en el camino de proyectos integradores y de liberalización de los mercados como el ALCA, que beneficiaban ampliamente a los Estados Unidos.

Surgieron resistencias al proyecto neoliberal en diversos frentes: desde sectores de la Iglesia Católica, los militares, sectores de la burocracia estatal hasta los sindicatos, gremios y los profesionales técnicos y científicos. Estas resistencias pronto adquirieron expresiones masivas, y motivaron ascensos políticos espectaculares, como el kirchnerismo en Argentina, el PT de Lula da Silva en Brasil, Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia y otros, que motivó hablar, durante la primera década del siglo XXI, de un renacer de la izquierda.

4.5. Otros desarrollos teóricos

Como señalara López Segrera (en Ob. Cit.), América Latina es cuna de originales e innovadores desarrollos teóricos en el campo de las ciencias sociales. Acá sólo mencionaremos algunos, tomándolos de la lista que hemos expuesto

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

en páginas anteriores. Casi todas estas nuevas teorizaciones responden, no sólo a un debate académico o científico, sino a circunstancias y procesos sociales complejos en los distintos países.

Tenemos, por ejemplo, el desarrollo epistemológico y metodológico de la Investigación Acción del colombiano Orlando Fals Borda, quien rompe con su propia formación estructural-funcionalista, para fundamentar una práctica científica que incorpora al propio investigador en el impulso de movimientos sociales y populares, combinando metodologías de raigambre antropológico, como son las etnografías y las historias locales, con una nueva concepción del saber a partir del acuerdo y el debate con los participantes de los propios fenómenos sociales en estudio, trascendiendo la fenomenología al incorporar en la conceptualización el “sentipensamiento”, es decir, los sentimientos de los grupos sociales estudiados, lo cual constituye un desbordamiento de los muros universitarios hacia las realidades populares. Tanto así, que el propio Fals Borda devino en militante revolucionario, en superación de su rol de mero intelectual académico.

Una de las líneas más interesantes de las ciencias sociales latinoamericanas, según López Segrera, es la del *hambre*, desarrollada por el científico social brasileño, Josué de Castro. A finales de la década de los cuarenta, con las conferencias internacionales realizadas y que culminaron con la constitución de la organización de las Naciones Unidas para la Alimentación, FAO, fue la circunstancia propicia para revelar el silencio acerca del tema del hambre para las ciencias en general, y las ciencias sociales, en particular. Este silencio, manifestada en una gran pobreza bibliográfica de la que da cuenta castro (en Ob. Cit.: 149), es tanto más extraña y chocante, cuando se medita acerca del contenido del tema del hambre misma, su trascendental importancia y su categórica finalidad orgánica, tanto en el aspecto estricto de “sensación”, impulso o instinto que ha servido de fuerza motriz de la civilización, como en su aspecto más amplio de calamidad universal. De hecho, resalta el autor, no se ha investigado a cabalidad sus causas y sus efectos, y de hecho constituye el motivo más frecuente de las guerras y la preparación de grandes epidemias. El hambre es, entonces, tanto la de alimentos como la sexual, un tema silenciado por nuestra cultura racionalista. Ilumina una visión del ser humano como animal, lo cual es rechazado por

la cultura ilustrada moderna, que no asume el poder creador de los instintos. Además de los prejuicios culturales, Castro señala como obstaculizadores del conocimiento del tema, los intereses económicos, sociales y políticos. El desconocimiento generalizado acerca del tema constituye un gran obstáculo para el diseño de grandes políticas para hacerle frente, aparte de su extrema complejidad que incluye aspectos biológicos, económicos, sociales y culturales. Castro, entonces, se propone realizar un estudio desde una geografía de métodos renovados, más cualitativa, que ubique las zonas donde se concentra el problema y los determinantes de todo tipo.

El cuadro que presenta Castro de América Latina, en este sentido, es desolador. Aun cuando se trata de la síntesis de la situación para la década de los sesenta, es seguro que no ha habido muchos cambios en el panorama general:

- a. Más de dos tercios de la población de América Latina sufre de desnutrición y en algunas zonas, ésta es absoluta.
- b. Tres cuartos de la población de la mayor parte de los países de América Latina son analfabetos.
- c. Más de la mitad de la población latinoamericana sufre de dolencias infecciosas derivadas de las carencias alimenticias.
- d. Dos tercios de la población del continente no goza de los beneficios de la asistencia social.
- e. Una sorprendente mayoría de la población rural no posee tierras.
- f. Existe un gran desequilibrio económico entre las diferentes zonas de un mismo país.
- g. La capacidad productiva del trabajador latinoamericano es muy inferior a la del norteamericano o al europeo, por las razones ya mencionadas: desnutrición, ignorancia y falta de asistencia.

Una de las líneas de investigación más interesantes, desarrollada entre la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI, es la de los llamados *Estudios Culturales* (en adelante, EC). Estos fueron iniciados en Inglaterra y de allí pasaron a los Estados Unidos, pero, en realidad, muchas de las asunciones metodológicas ya venían siendo avanzadas por los intelectuales latinoamericanos gracias a la tradición ensayística que utilizó para la investigación y la

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

reflexión acerca de la cultura de nuestros pueblos, las grandes líneas que los EC habían internacionalizados. Estas orientaciones generales tienen que ver con la transdisciplinariedad. Los EC, tanto los latinoamericanos como los británicos y los norteamericanos, tomaron conceptos claves de la tradición del marxismo crítico, es decir, de aquél que no sirvió de ideología de los gobiernos del bloque soviético o chino, así como elementos del estructuralismo y el postestructuralismo, la semiótica, y demás exploraciones que tenían como objetos de estudio los contextos sociales de la literatura y el arte, además del abordaje de la problemática de los medios de comunicación social desde el enfoque de la Industria Cultural. Además, los EC pretendieron elaborar conceptualmente las perspectivas de movimientos sociales importantes, tales como el feminismo, las luchas reivindicativas de las etnias indígenas, minorías como los gay y los grupos en general segregados (los “negros”, etc.), los cuales conformarían un nuevo bloque social. Para los autores representativos (García Canclini, Martín Barbero, Renato Ortiz, Alejandro Grimson, Nelly Richards, Catherine Walsh, Manuel Garretón, entre muchos otros), los EC se posibilitan por la convergencia de los estudios literarios, la sociología de la literatura y las artes, así como las investigaciones de comunicología (massmediación de la política, políticas culturales, etc.). Luego de más de dos décadas, los EC han aportado a las ciencias sociales del continente, conceptos interpretativos nuevos como el de las “Culturas híbridas” de García Canclini, y la interrelación entre los medios y las mediaciones de Jesús Martín Barbero (ver García Canclini, 2002, Martín Barbero, 2000, Richard –compiladora, 2010).

Otra corriente muy importante de pensamiento latinoamericano del presente siglo, es el *Pensamiento Decolonial*. Por tal se entiende la reunión del trabajo de una gran variedad de científicos sociales de variadas disciplinas, con una perspectiva igualmente transdisciplinaria, los cuales en cierta forma actualizan las mejores tradiciones del pensamiento social latinoamericano, con los aportes fundamentales del análisis del sistema mundo (Braudel, Wallerstein), el debate filosófico ético (Levinas, Habermas, Appel, Jonas), la polémica acerca del agotamiento de la modernidad (Lyotard, Baudrillard, Vattimo, Rorty, etc.). En medio de estas discusiones, se ha elaborado un corpus de textos y aportes que abarcan la filosofía, la ética y el pensamiento político (la Filosofía de la Liberación, Enrique Dussel), las teorías acerca de la colonialidad del poder, del saber y

del ser, una nueva epistemología del diálogo intercultural y civilizacional. En la nómina de los autores decoloniales se cuentan Aníbal Quijano, Walter Dignolo, Enrique Dussel, Ramón Grosfoguel (Castro-Gómez, Grosfoguel, 2007).

Hay algunos enunciados que sirven de premisas comunes de los autores agrupados en la *decolonialidad*. En primer lugar, la premisa de que la colonialidad no es más que la otra cara, implicada y necesaria, de la Modernidad europea, que no arranca ni con el Iluminismo, la revolución francesa o la industrial de los siglos XVIII, sino del contacto, conquista y colonización del continente americano, incorporando este inmenso territorio a las redes del comercio internacional, para terminar y cerrar la construcción del sistema mundo capitalista en el cual vivimos actualmente. En otras palabras, el inicio del sistema mundo capitalista coincide con la colonización de América, que incluyó el exterminio de las civilizaciones indígenas, incluido el genocidio de esa inmensa población pero también la destrucción de culturas y saberes, así como el sometimiento y genocidio de poblaciones africanas esclavizadas por los europeos.

Siendo la colonialidad la otra cara de la Modernidad, se instaura una colonialidad del poder, del saber y del Ser. La primera tiene que ver con el reparto conflictivo de los territorios y áreas de influencia entre los diferentes centros, cuyo desarrollo y prosperidad son alimentadas por el sometimiento y la dependencia de las regiones de la periferia. Como se puede observar, los decoloniales heredan el concepto parado de centro-periferia de la Escuela Latinoamericana de pensamiento económico y social, que comprende el cepalismo y la teoría de la dependencia ya referidos aquí. Esta dependencia y dominio de la periferia por los centros, tiene un componente cultural que va más allá de la ideología, como sistema de representaciones imaginarias que justifican o disimulan las relaciones de dominación. No sólo se trata de preconcepciones, creencias, orientaciones para la acción o valores al servicio de las clases dominantes y los centros, sino que incluso esas significaciones son asumidas por los individuos y las instituciones, hasta tocar las condiciones mismas del conocimiento. De hecho, la colonización ha implicado un “epistemicidio” (como la caracteriza Boaventura de Souza Santos), la eliminación de otras formas y patrimonios de saberes de los pueblos dominados y en ocasiones, sencillamente exterminados, por el dominio colonial. Esto se evidencia, no sólo en la producción intelectual

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

y artística, sino en la orientación general de instituciones como universidades y centros de investigación. Es la colonialidad del Saber, que complementa y refuerza la colonialidad del Poder y del Saber.

Los procesos de decolonización incluyen los movimientos sociales y populares emancipadores, pero todos ellos, para uno de los autores decoloniales, Enrique Dussel, han de ser orientados por una política y una ética de la liberación. Esta última, en contraste con la kantiana e incluso los pensadores de la ética del discurso (Apel y Habermas), se guía por unos imperativos, no formales ni abstractos, sino por unos imperativos materiales, concretos: el imperativo de la Vida, de permitir y exaltar la Vida. La Ética parte del reconocimiento y diálogo con el Otro, con quien se contrae una responsabilidad por su vida. Este Otro es un lugar que ocupan todos los sectores nacionales, sociales, de género, étnicos, que han sido borrados por la colonialidad del Ser. Esta ética es prioritaria respecto de la metafísica, tal y como lo concibe Levinas, teórico que Dussel y sus seguidores aceptan como antecesor directo. Estas premisas éticas (que son igualmente políticas) apuntan a superar la ética eurocéntrica, basada en una reflexión del sujeto sobre sí mismo, buscando imperativos universalizables por medio de la Razón (Kant), o por medio del diálogo en una situación ideal de Habla (Apel, Habermas).

De allí que, si bien la modernidad como pensamiento europeo se ha agotado, en virtud de sus rasgos racistas, eurocentristas, que por su solipsismo existencial niegan al Otro, no se ha agotado a la manera como lo indican los postmodernos (sobre todo Lyotard), que se limitan a señalar la deslegitimación de los relatos modernos (emancipación y el saber Absoluto hegeliano). Se impone para los decoloniales, la lucha por la transmodernidad, una negación de la modernidad como la otra cara de la colonialidad, para que los avances efectivamente se universalicen comprometiéndose en el reconocimiento y el diálogo con el Otro, con la Alteridad.

La mayoría de los autores de la decolonialidad se han identificado políticamente con la experiencia de la llamada Nueva izquierda latinoamericana, que se concretó en la irrupción, por medio de victorias electorales, de una serie de gobiernos (Venezuela, Ecuador, Bolivia, Brasil, Argentina, Nicaragua), los cua-

les tuvieron como rasgos comunes la ruptura con el neoliberalismo y los planes de tratados de libre comercio que intentó imponer los Estados Unidos a inicios del siglo XXI. En su desempeño como gobiernos, esta tendencia política implementó políticas sociales de salud, alimentación y educación, que significaron la reversión de las propuestas del “Consenso de Washington” de privatización generalizada, reducción de la inversión social, control, de déficits fiscales y apertura comercial y financiera. Así mismo, estas direcciones de estado impulsaron la formación de nuevas organizaciones de integración continental, con un enfoque más político, de resistencia de la hegemonía norteamericana (UNASUR, ALBA, MERCOSUR, etc.). Por otra parte, la nueva izquierda latinoamericana se aprovechó del aumento de los precios de las materias primas, debido al crecimiento sin precedentes de la economía china, la cual además implicó un reacomodo en el sistema mundo capitalista, en perspectivas del desplazamiento global de la hegemonía norteamericana, a favor de potencias emergentes tales como China, Rusia, India, Brasil, etc., es decir, los llamados países del BRICS. Estos aumentos de las llamadas “commodityes” permitió un auge financiero importante que constituyó una fortaleza de esos países, por lo menos hasta que la nueva crisis financiera de 2008 y la ralentización del crecimiento de China, por un giro en su política económica hacia el mercado interno, determinó nuevas restricciones económicas que se unieron a conflictos políticos irresueltos, a un “cierre del ciclo de los gobiernos progresistas”, como lo caracterizaron algunos analistas, para referirse al retroceso de la izquierda, sucesivamente, en Brasil, Argentina, Ecuador y la crisis de Venezuela y Nicaragua.

Ha surgido también en los últimos años importantes trabajos en los campos de la ecología política y un nuevo feminismo que, en varios desarrollos, a los temas de más tradición como la marginación de las mujeres, la necesidad de su reconocimiento cultural y las luchas de los movimientos sociales, se ha articulado con la ecología. La crítica del extractivismo de la ecología política. La ecología política ha hecho importantes análisis acerca de la lucha por los territorios y la crítica del extractivismo, como mecanismo de acumulación de capital reñido con la preservación de importantes ecosistemas, así como los sistemas de vida de las poblaciones indígenas arraigadas a sus regiones.

Estas nuevas tendencias (ecología política, feminismo) se hicieron más visi-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

bles, así como el balance crítico de las experiencias de los gobiernos llamados “progresistas” de la nueva izquierda latinoamericana en las últimas dos décadas, en reuniones científicas, como la de CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), en Argentina.

CAPÍTULO V

EL DEBATE EPISTEMOLÓGICO



www.mawil.us

5.1. Sociología y epistemología

La epistemología es aquella disciplina filosófica que se ocupa específicamente de la ciencia, sus criterios de validez, su corrección lógica, los métodos, la coherencia de sus teorías y sus distintas partes, así como las diversas posiciones que pueden adoptarse en torno a esos problemas. No hay que confundirla con la Teoría del Conocimiento, parte también de la filosofía pero que aborda el tema general de la posibilidad del conocimiento y la verdad, las vías para su producción y las posibilidades de su transmisión. Igualmente, hay quienes distinguen la epistemología tajantemente de la historia de la ciencia. Aun así es pertinente la distinción de Losee entre *epistemología prescriptiva logicista* y *epistemología descriptiva historicista*. La primera, teoriza, juzga y legisla acerca de cómo debe ser la ciencia partiendo de la razón, no necesariamente refiriendo hechos de la historia de la ciencia; la otra, describe la historia estableciendo, en la práctica, claves de interpretación de la historia de la ciencia, para inferir de ellas elementos que permita juzgar la cuestiones epistemológicas claves ya señaladas.

No se trata directa y absolutamente los *criterios de verdad científicos*. En todo caso, ellos se infieren, pero indirectamente: a través de la demarcación de la ciencia, respecto de lo que no lo es, sino otra cosa (metafísica, poesía, charlatanería, especulación sin base, lenguaje sin sentido). Es decir, se trata también de un criterio de cientificidad. En fin, la epistemología se ocupa de tres cosas al mismo tiempo:

- criterios de validez del conocimiento (o de verdad científica),
- criterios de evaluación del trabajo científico y
- criterios de cientificidad, de demarcación de lo que es y lo que no es ciencia.

La epistemología es un área de conocimiento pertinente para ejercer el control racional de los procedimientos de producción de conocimiento del científico social. La sociología misma surgió en un momento histórico en que se tenía que justificar filosóficamente un conocimiento acerca de los seres humanos, con los mismos criterios de validez de las ciencias naturales. De allí los esfuerzos de la sociología clásica del siglo XIX, representada por los positivistas y los

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

marxistas, para sostener que lo que hacían era ciencia, y no simple opinión, ensayismo social o cultural o discurso político o jurídico, sin más. Este comienzo positivista fue nuevamente puesto en cuestión hacia las últimas décadas del siglo XIX, cuando se afirmó la consistencia de otras maneras de plantearse la cientificidad de las ciencias del Hombre, al considerar otras tradiciones, como el romanticismo alemán, del cual surgió la filosofía hermenéutica hacia comienzos de la centuria del XIX. Más tarde, a mitad del siglo XX, la visión positivista fue nuevamente discutida, incluso por pensadores provenientes de su seno (Popper, Berlin, Wittgenstein), en medio de los que se ha dado en llamar “giro lingüístico” de la filosofía, que promovió el encuentro de las tradiciones de pensamiento anglosajonas (empiristas, logicistas) con las “continentales” (más señaladas como hermenéuticas).

De hecho, se cruzan en la epistemología dos disciplinas diferentes: la filosofía de la ciencia y la historia de la ciencia, que vienen siendo, por una parte, la justificación racional de las normas y valores de la ciencia, y por la otra, una reconstrucción histórica de sus prácticas y evolución. A esto debemos agregar las generalizaciones de las tradiciones de los científicos prácticos, una suerte de racionalización de su “sentido común”.

Tal vez por eso, la epistemología es un escenario conflictivo, con sus altibajos. Podemos mencionar cuatro momentos de gran polémica en su seno:

- Su época inicial, cuando racionalistas y empiristas se enfrentan hasta conseguir un árbitro provisional en la filosofía crítica de Kant quien dio una justificación filosófica a la matemática y la física de Newton, uno de los iniciadores de las ciencias naturales modernas;
- Un segundo momento, cuando se enfrentaron, por un lado, los que sostenían la unidad terminante de las ciencias en torno a la física, ciencia que proveía a las demás de una lógica (matemática), unos criterios de validez, una metodología, que determinaban, sin lugar a dudas, qué era, qué no era y qué pudiera ser ciencia, y por otro lado, la postura de que el “Espíritu”, o mejor, el Hombre, no podía ser un objeto de conocimiento entre otros, y ello demandaba unos criterios de validez y metodologías específicas de las ciencias humanas (o Humanidades), diferentes, hasta

en sus objetivos, de las ciencias inspiradas en la física.

- Posteriormente, en una tercera situación, se enfrentan posturas intuicionistas contra las científicas, justo cuando nuevos descubrimientos y teorías, sobre todo la Relatividad, parecían dibujar una nueva aurora en el horizonte de la física. La reina de las ciencias hasta entonces, se sintió golpeada en sus fundamentos, entró en una situación problemática, y esto desató las polémicas en torno a la relación entre la conciencia y lo real, reeditándose algunas posiciones kantianas. En respuesta a ciertas reacciones que lucían irracionistas e incluso anti-científicas, surgió una propuesta filosófica terminante, una epistemología que se reconocía a sí misma como tal y como teoría de batalla para defender la cientificidad frente a sus enemigos animistas, escatológicos, irracionistas y metafísicos. Quiso ser la historia nuevamente irónica, y resultó que del propio seno de ese combativo e irreductible científico neopositivista, surgió una duda fundamental acerca de esa asertividad de la ciencia precisamente, lo cual le dio nuevo chance a las posturas hermenéuticas que poco antes habían sido consideradas irracionales y meramente intuitivas, para replantear la polémica acerca de la unidad de las ciencias, la pluralidad metodológica, la fundamentación y los rasgos mismos del conocimiento: la fría explicación o la cálida comprensión.
- El siguiente conflicto epistemológico que mencionaremos aquí en estas notas introductorias, es el planteado por el pensamiento postmoderno, el cual constata, por una parte, una deslegitimación de la propia ciencia, la pérdida de sentido de los discursos que la hacían una institución reverencial, digna del mayor crédito, guía de las demás, por los aportes que supuestamente debía hacer para lograr un Saber Universal y una sociedad emancipada y más racional, y por otra, se echa una mirada desconcertada hacia el abismo vertiginoso de la desfundamentación de los dos pilares asumidos del conocimiento científico: la lógica matemática y la constatación empírica.

Hasta aquí las discusiones de la epistemología que, podemos decir, son internas al mundo occidental, eurocéntrico si se quiere; porque aún hay otra polémica planteada, una quinta discusión, donde intervendrían saberes procedentes de otras civilizaciones, de ese otro que acompaña como una sombra muda,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

dolida, a la Modernidad Occidental desde hace por lo menos cinco siglos; para no hablar de la nueva presencia poderosa de civilizaciones milenarias como la china que, indudablemente, tienen mucho que decir en momentos en que hacemos conciencia de que el planeta es el mismo para todos los seres humanos y con sus mismos peligros, independientemente de sus tradiciones culturales y sus trayectorias como pueblos diferentes.

Corrientes/ Rasgos	(Neo)Positivismo	Hermenéutica	Falsacionismo	Teoría Crítica (Marxismo)	Fenomenología
Principales representantes	Comte, Durkheim, Carnap, Ayer, Russell, Wittgenstein	Gadamer, Ricoeur, Freud, Geertz, Weber	Karl Popper	Marx, Lenin, Lukacs, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas	Husserl, Schutz, Sartre ¿Cassirer?
Visión sociopolítica	Orden y Progreso	Resguardo de tradiciones e identidad	Sociedad “abierta”	Crítica a la injusticia y la dominación del capitalismo	Respeto por el “Mundo de Vida”. Libertad y compromiso (Sartre)
Metodología	Inductivismo-deductivo, Experimentalismo, verificacionista	Pluralismo metodológico. Interpretación. Círculo hermenéutico. Múltiples lecturas	Hipotético-deductivo, individualismo metodológico, modelos de máxima racionalidad	Dialéctica. Punto de vista de la totalidad social. Identificación de las contradicciones y conflictos. Crítica desde lo razonable. Punto de vista de la clase oprimida	Descripción de la subjetividad: nivel ideacional y simbólico.
Carácter del saber producido (teoría)	Objetivo. Empírico. Racional. Verificable. Descriptivo	Comprensión intersubjetiva y de tradiciones, lingüística, simbólica, búsqueda de significación	Racional, refutable. Empírico.	Crítica del orden injusto dado	Comprensión intersubjetiva
Lenguaje	Precisión, Distinto al lenguaje ordinario, coherencia	Cercanía al lenguaje literario	Precisión.	Rechazo a la estandarización positivista. Dialéctico.	Cercanía al lenguaje literario-simbólico. Apertura a la filosofía.

En todo caso, no hay un consenso total entre los científicos, acerca de lo que es y no es ciencia y, por consiguiente, en su demarcación. Por ello hay muy diversas corrientes epistemológicas y hay sus disputas. Un cuadro no exhaustivo, luciría así:

Mapa de las principales corrientes epistemológicas.

Corrientes/ rasgos	Paradigmas	Programas de Investigación	Estructuralismo	Funcionalismo	Teoría de sistemas
Principales representantes	Thomas Kuhn	Imre Lakatos	De Saussure, Levy-Strauss	Parsons	Bertalanfy, Bateson
Visión sociopolítica	“sociedad abierta”	“sociedad abierta”	Contra el eurocentrismo	Búsqueda de equilibrio y estabilidad de las sociedades dadas	Reconocimiento de las crisis y las estabildades
Metodología	Cada paradigma tiene el suyo, el cual es incompatible con los otros	Criterios racionales para escoger entre Programas de Investigación	Grilla clasificatoria, búsqueda de estructura inconsciente “profunda”, modelos estructurales	Modelado de sistemas sociales homeostáticos, acción social permitido por roles y funciones del sistema	Modelado de sistemas con retroacciones positivas o negativas, autopoiesis. Orden y desorden.
Carácter del saber producido (teoría)	Relativo a cada paradigma	Racional aunque depende de cada Programa de Investigación.	Racional, objetivo	Racional, Objetivo	Racional, objetivo
Lenguaje	Relativo a cada paradigma	Depende de cada P.I.	Descriptivo, lógico	Descriptivo, explicativo	Descriptivo, explicativo

Aparte de ser incompleto, pues deja fuera nada menos que, por ejemplo, el pensamiento complejo¹, este cuadro tiene la ventaja de dar cuenta de los espacios de debate entre las principales corrientes epistemológicas.

Cabe explicar que entendemos por “corrientes epistemológicas” posturas de principios en cuanto a los problemas reseñados por los títulos de la primera columna de la izquierda: visión sociopolítica, postura metodológica, carácter del saber producido por la ciencia y la cuestión del lenguaje científico. Suponemos que hay un vínculo de consistencia lógica entre las respuestas que cada corriente da a cada uno de estos problemas. Por ejemplo, se nota una concatenación lógica entre la postura lógica, metodológica y respecto al lenguaje en el positivismo y el falsacionismo, así como en el estructuralismo, el funcionalis-

1 Y otras corrientes que, aunque referidas a disciplinas particulares como la sociología y la psicología, tienen importantes implicaciones epistemológicas, tales como el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la Gestalt. En todo caso, ellas tienen elementos comunes con alguna de las “grandes” corrientes, que incorpora el mapa general aquí propuesto. El posmodernismo, aparte de no ser una corriente unificada, retoma, en cierto modo, los planteamientos hermenéuticos, fenomenológicos y de la Teoría Crítica, aunque, para decirlo de alguna manera, radicalizándolos. Hablaremos de ello en el siguiente capítulo.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

mo e, incluso, la teoría de los sistemas. Hemos colocado una fila al inicio para mencionar los más notables representantes de cada pensamiento. Lo que hemos comentado en este texto como “criterios de validez” aparecen tanto en las filas relativas a la “postura metodológica” y la del “carácter del saber producido”. Todo esto facilita la comparación.

Así, el positivismo (y el neopositivismo) retoma la visión sociopolítica del “orden y progreso” típico del siglo XIX², el cual se resignifica a partir de 1933 (toma del poder por Hitler), al calor de la Guerra Mundial y, luego, la Guerra Fría, en la década de los 1940, para enfrentar la sociedad “totalitaria”(representada, por supuesto, por la URSS), colocando como ideal una “sociedad abierta” liberal (Estados Unidos y Europa Occidental), que adquiere su expresión directa en el pensamiento de Popper. Como ya hemos reseñado, mientras el positivismo admite la inducción como paso metodológico y la verificación como criterio de validez de los enunciados teóricos, el falsacionismo no admite otro método que el hipotético-deductivo, depurado de todo inductivismo. La confianza en la objetividad, la razón y la lógica se sostiene en ambos. Igualmente el ideal de un lenguaje científico con sus características específicas, aunque la argumentación de Popper echa por tierra el proyecto de un lenguaje absolutamente separado del ordinario.

En lo que hemos englobado bajo el concepto de hermenéutica, debemos distinguir, por una parte, la hermenéutica de fundamentos heideggerianos, que hace énfasis en lo histórico fáctico y en las tradiciones como sinónimas de la cultura en general, y por la otra, la interpretación de bases fenomenológicas, centrada en la subjetividad y la intersubjetividad, en lo cual coincide con los elementos de la columna correspondiente a la fenomenología en el cuadro. Lo común de estas diferentes propuestas filosóficas y metodológicas, principalmente dirigidas a las Humanidades y las ciencias sociales, es el objetivo de *comprender* los sentidos o la significación. Gadamer y Ricoeur, respectivamente, son los principales representantes de esas dos grandes vertientes hermenéuticas contemporáneas; pero entre los hermeneutas debemos colocar también a

2 El lema, que figura en la bandera nacional de Brasil, resumía la ideología positivista de las dictaduras oligárquicas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX y hasta bien entrado el siglo XX, como lo ilustra en caso de Gómez en Venezuela y, también, Porfirio Díaz en México.

Freud e, incluso, a Weber, aunque delimitados por sus respectivas disciplinas: el psicoanálisis y la sociología “comprensiva”. Pusimos, por supuesto, a Edmund Husserl como punto de partida para la fundamentación filosófica de la corriente fenomenológica, y sus aplicaciones en el campo de la sociología por parte de Schutz.

Por una parte, el psicoanálisis “reescribe” los textos de los sueños, los lapsus, las asociaciones libres, los síntomas en general, en los términos de un texto maestro ya escrito en el drama sentimental del niño de pocos años, que tiene la forma de mitos fundamentales (como el de Edipo) y en el cual van construyéndose unas tópicos, unos modelos espaciales, de la psique, en los que el paso a cada “piso” está “regulado” por diversos “mecanismos de defensa”, “trabajo onírico”, represión y sublimación, etc. Por la otra, la sociología interpretativa se fundamenta en una capacidad empática que se asume más o menos universal, esa aptitud de “ponerse en el lugar del otro” para, desde mi propia subjetividad, describir lo que ocurre en la del sujeto observado, en términos de “modelos ideales” de proyectos y finalidades.

Esta corriente epistemológica hermenéutica asume la pluralidad metodológica como resultado de la “lucha por los métodos”, debate que tuvo su culminación hacia principios del siglo XX, cuando se llegó a un acuerdo digamos que de “conveniencia”, con la separación epistemológica de las ciencias naturales, por un lado, y las ciencias de la cultura, humanas o Humanidades, por el otro, cada tipo con sus respectivas exigencias metodológicas. Habría, por tanto y en principio, dos métodos, el propio de las ciencias que estudian los fenómenos naturales (física, química, biología, y sus derivaciones) y el de las Humanidades (historia, filología, Derecho, literatura, arte, la ética, la estética). Con Windelband tal distinción correspondió a la de las ciencias *nomotéticas* que buscaban descubrir leyes (regularidades universales y lógicamente necesarias) y, una vez formuladas deducir de ellas hipótesis que serían confirmadas en experimentos, y las ciencias *idiográficas*, que buscaban describir y comprender objetos únicos, singulares. Rickert añadió el criterio de la valoración, por lo cual proponía una rejilla de clasificación específica (ver gráfico 1 “Clasificación de las ciencias con los criterios de Rickert” en el capítulo anterior), en la cual podían ubicarse las ciencias según si eran nomotéticas valorativas o no, o idiográficas según fue-

ran valorativas o no. Cassirer (1955) terció en el debate para llamar la atención acerca de las características lógicas específicas de cada tipo de ciencia, que no incluían, en el caso de las Humanidades, su carácter necesariamente valorativo ni idiosincrático. Colocando como ejemplo los conceptos de la historia del arte y de la historia y estudio comparado de las lenguas, Cassirer una especificidad de las ciencias de la cultura basada en los diferentes modos en que subsumen lo particular de los casos en lo general de las teorías.

Gadamer (2005) propone para la hermenéutica una orientación metodológica basada en el juego entre la lectura inmediata, lineal, de cada obra, y su gradual ubicación en la totalidad de ella, y, en un movimiento alternativo, de la captación del sentido del Todo, hacia la comprensión de cada parte: el *círculo hermenéutico* (el movimiento circular de la interpretación, que va de la parte al todo y de éste a aquél) que, extendido a la consideración de obras completas de autores, de períodos históricos, de naciones o continentes, nos lleva a una creciente *contextualización*, aunque de tipo principalmente cultural, es decir, relativa a tradiciones. En otra parte (Puerta, 2016) hemos propuesto un círculo hermenéutico que integre momentos estéticos, inspirados en las categorías de la experiencia del gusto sugeridas por Jauss: *katarsis* (expresión emocional), *poiesis* (disfrute por la producción misma) y *aistesis* (sensibilidad especial). Gadamer ya había previsto que la interpretación, no sólo tenía pertinencia a propósito de textos artísticos, sino que la comprensión misma *debía* tener ese aspecto. Esta comprensión hermenéutica nunca es completa ni definitiva, por ello no ofrece una verdad sobre el texto, sino más bien varias interpretaciones posibles, de entre las cuales, en todo caso, se elaborará la más plausible. Ricoeur propone complementar la descripción y la explicación del texto que provee el análisis estructural, con la comprensión, apropiación y aplicación de sus sentidos, que vendrían siendo las operaciones propiamente hermenéuticas. De esta manera, se establecería una relación de cooperación entre la crítica³ que conoce aspectos gramaticales, lógicos y estructurales en general, y la hermenéutica, con la cual

3 La crítica, antes de alimentar a la filosofía, en el caso de Kant, le servía a la filología, el estudio de los textos antiguos, en la determinación de asuntos como su autenticidad, su antigüedad, su corrección gramatical, su unidad estilística característica, etc. En cierto modo, la crítica filológica, como disciplina auxiliar, perseguía establecer la verdad del texto, antes de su sentido, cuestión que atañía, precisamente, a la hermenéutica propiamente dicha.

se establece el diálogo siempre buscado entre el lector y sus preguntas, y el texto y sus posibles respuestas, mediante la “conversación” siempre buscada por la interpretación. Todas estas variantes lo que nos indican es que la hermenéutica, más que buscar la verdad, en el sentido de la adecuación del conocimiento a los hechos, persigue conseguir un *sentido* o *significación*. Se trata entonces de producir un nuevo discurso a partir de otros discursos. En consecuencia, la hermenéutica no puede proponer un lenguaje científico radicalmente distinto, ni del lenguaje ordinario, ni, mucho menos, del de la literatura, la filosofía, etc., expresivo y rico en elementos retóricos (incluso estilísticos).

Con el nombre de Teoría Crítica agrupamos los pensadores adscritos al marxismo como tradición, paradigma y Programa de Investigación, aunque no como ideología oficial de los regímenes llamados “socialistas” en el siglo XX (la variante “marxista-leninista”⁴), sino como las propuestas de los teóricos de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Benjamin, Marcuse, Fromm, Habermas, etc.), los que Perry Anderson denominó como “marxismo occidental” (Lukacs, Korsch, Sartre, Bloch, entre otros, y los contemporáneos Jameson, Eagleton, Hall, Williams, etc.), las innovaciones provenientes de América Latina y otras regiones del Tercer Mundo (los postcoloniales y lo decoloniales, la Teoría de la Dependencia) y los aportes del análisis del Sistema-Mundo capitalista (Wallerstein, Dussel, etc.). Los principales rasgos de esta amplia corriente, es el sentido general que le encuentran a la actividad de pensar o producir conocimientos: el cuestionamiento de la dominación en general y, en específico, del sistema capitalista. En esa lucha, la ciencia no puede ser neutral, a menos que se pague el precio de la ingenuidad, lo cual tiene graves consecuencias morales y políticas. Aun cuando la obra de Marx y, en parte, la de Hegel y hasta la de Freud, juegan como referentes en torno a las cuales giran las discusiones internas de la corriente, cabe decir que lo que Lakatos llamaría el “núcleo” de la teoría se halla en permanente confrontación.

Después del aserto lukacsiano de que la auténtica “ortodoxia” marxista no se refiere a esta o aquella hipótesis o análisis parcial y predicción, sino al “punto de vista de la totalidad” que se identifica con el “punto de vista del proletariado” como “clase universal” que recoge las anteriores luchas de clase de los explota-

4 Analizada por Herbert Marcuse, uno de los teóricos críticos que aquí referimos.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

dos de toda la Humanidad. La “totalidad social e histórica” se refiere al modo de producción capitalista, el cual tiene niveles económico, ideológico y político. A partir de la crítica de la filosofía idealista de la historia que, aunque dotada de un “núcleo racional” (la dialéctica), ponía de cabeza el análisis histórico, por lo que era necesario ponerla de nuevo “sobre sus pies” a la dialéctica histórica, iniciando el análisis en la anatomía de la sociedad moderna, la economía política, y de la crítica de ella misma, emprendida por Marx. Esto da como resultado un cuestionamiento del efecto ideológico de eternizar las estructuras de esa totalidad, así como el desvelamiento del mecanismo clave de la explotación, la apropiación de la plusvalía del trabajo asalariado. Para Marx, Engels y demás representantes de esta tradición, estas “armas de la crítica”, solo era la preparación de la “crítica de las armas”, la revolución de las estructuras sociales, pasando por la toma del poder por parte del proletariado, lo cual iniciaría un proceso de transformación que dejaría atrás las relaciones de dominación que causaban la alienación y la explotación. De esta concepción, los “críticos” derivan una permanente tarea de desmontaje de las ideologías cómplices de la dominación, entre las cuales están las propias ciencias.

Asumiendo por su lado impugnador el dicho hegeliano de que “Todo lo real es racional, todo lo racional es real”, los críticos confrontan metódicamente lo dado, que ha sido resultado del devenir hasta ese punto, con “lo racional” que debe realizarse. Este proceso de permanente e indefinida impugnación de lo dado por lo racional, que informa la dialéctica, no culmina nunca; por ello Adorno decía que la “totalidad no es la verdad”.

No insistiremos aquí en las concepciones de los paradigmas kuhnianos y de los Programas de Investigación lakatosianos, puesto que antes (y después) insistiremos en ellos. En cuanto a las implicaciones epistemológicas de la Teoría de Sistemas las abordaremos en el próximo capítulo al tiempo que revisemos el pensamiento de la Complejidad.

Al comenzar la comparación en cuanto a las visiones sociopolíticas, salta a la vista el contraste entre el (neo)positivismo y el falsacionismo, respecto a la Teoría Crítica, por un lado, y la hermenéutica y la fenomenología, por la otra. Colocamos a la teoría de los paradigmas y los Programas de Investigación como

compartiendo la misma orientación, digamos, liberal, de la “sociedad abierta”, por el estilo de las críticas de Lakatos, por ejemplo, le hace al marxismo; mientras que Kuhn no ha mostrado un pensamiento claro al respecto, quizás por no considerarlo pertinente a la materia que trata: la historia de la ciencia. Ese silencio es bastante ruidoso si consideramos la relevancia que para las otras corrientes tiene esa visión sociopolítica.

Entre el “orden y progreso”, formulación política del más original de los positivismo, y la “sociedad abierta” hay una cuestión de grados; lo cual no es así al diferenciar esa visión liberal con la defensa de las tradiciones y el respeto al “Mundo de Vida” en las cuales se expresan la hermenéutica, por un lado, y la fenomenología, por el otro. Cabe destacar que el planteamiento funcionalista de Parsons, así como el estructuralismo en sus expresiones más filosóficas, son deudores de la fenomenología de Husserl al menos, al destacar el análisis lógico, aparte y por sobre el psicológico y el histórico.

En cuanto a lo metodológico, las diferencias más importantes son las que distancian el positivismo y el falsacionismo respecto de la dialéctica materialista del marxismo-teoría crítica, por una parte, pero también, muy importante, el monismo metodológico de Popper y los positivistas, frente al pluralismo metodológico de la hermenéutica, que admite, por lo menos, una bifurcación fundamental entre los métodos de las ciencias de la Naturaleza y los de las ciencias del hombre, humanas o, simplemente, las Humanidades.

Este contraste es más pronunciado en cuanto al carácter del saber producido: mientras que el positivismo aspira a un saber verificable, racional, objetivo, etc., la hermenéutica y la fenomenología buscan el significado, mientras que la teoría crítica se orienta a poner en cuestionamiento las condiciones sociales de posibilidad del objeto dado y su conocimiento.

Nótese que, en los casos de la teoría de los paradigmas y de los Programas de Investigación, hemos dejado dependiendo de cada paradigma o P.I. las respuestas a la cuestión del lenguaje, porque el contraste entre las dos corrientes se nota más en cuanto a la metodología, respecto a lo cual destacamos la confian-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

za de Lakatos respecto de la posibilidad de criterios racionales (racionalidad, progresividad, heurística positiva, abarcabilidad) para escoger entre distintas soluciones científicas.

Las principales oposiciones se nos muestran en el triángulo que forman las posiciones del positivismo y el falsacionismo, en un vértice, la hermenéutica y la fenomenología, en el segundo, y la teoría crítica y el marxismo, por el tercero. Otro cuadro de divergencias se plantean entre la confianza en la razón y la experiencia que muestran el positivismo y el falsacionismo, frente al relativismo, abierto a lo “irracional” de la teoría de los paradigmas, atendida a las aceptaciones gestálticas por parte de las comunidades científicas, y en el medio de la cuestión, la corriente de los Programas de Investigación, con su confianza en criterios racionales de selección entre P.I. De hecho, las hipótesis *ad hoc* de defensa de cada núcleo teórico en cada P.I., vienen siendo “racionalizaciones”, en el sentido freudiano, de los partidarios de cada teoría, con lo cual se le deja la puerta abierta a cierta psicología pertinente a la historia de la ciencia. Otro nivel de divergencias se encontraría entre la tendencia a la estabilidad, lógica en el caso del estructuralismo, dinámica y homeostática en el caso del funcionalismo, y la aceptación y promoción del conflicto y la contradicción que ostentan la Teoría Crítica y la teoría de los Sistemas, de la cual puede admitírsele una apertura que, por cierto, explotaría después el pensamiento complejo.

Este mapa de las coincidencias y divergencias entre las distintas corrientes epistemológicas, nos muestra algo en lo que hemos insistido a lo largo de este capítulo: no existe un consenso acerca de lo que es la ciencia y, por tanto, en lo que no es ciencia. No hay un criterio de demarcación de la ciencia universalmente aceptado. En todo caso, cada corriente epistemológica tiene el suyo, que intenta imponer a nivel institucional o comunitario.

Pero no hay que absolutizar esas diferencias. Todas parten de ciertos consensos de fondo que atañen a su común lugar histórico y de vida: la Modernidad. Una forma de entender esos acuerdos de fondo, sería apelar a una articulación relativa de los conceptos de paradigma de Kuhn y de episteme de Foucault (): las comunidades científicas ya no producen sus discursos o realizan su práctica en general, de acuerdo a las reglas de la Similitud o la Signatura, es decir, del

episteme previo al período moderno clásico que le daba cierta legitimidad a la Magia, las distintas mánticas, la Astrología o la Alquimia. De hecho, esos “saberes” han quedado excluidos radicalmente de la Academia y la Ciencia institucional, y sólo mantienen cierto interés para la antropología o propuestas como la de los decoloniales. Algunas disciplinas atraviesan la etapa de la preeminencia de las taxonomías (episteme clásico), en perspectivas de alcanzar la regularidad de las explicaciones históricas. Algunos conocimientos ya oscilan hacia un episteme post-moderno, en el cual ya el Hombre no puede construirse como objeto de estudio. Así, nos mantenemos, en términos muy generales, dentro de las demarcaciones posibles propias de las epistemes moderna, posmoderna y clásica.

5.2. El debate explicación/comprensión

José María Mardones (1994) le opone a la ciencia unificada gracias a la matemática, caracterizada como galileana, otro estilo de conocimiento científico, caracterizado como “aristotélico”. Mientras aquélla es centralmente racionalista, elaborada desde el Mundo de las Ideas de inspiración platónica, con el punto de partida de una figuración geométrica y una formulación matemática; la que ha surgido bajo la guía de Aristóteles, parte de un empirismo de la observación de los hechos que aparecen ante los sentidos, para remontarse, a través de la inducción, a las generalizaciones, desde las cuales nuevamente retorna a la experiencia, mediante unas normas lógicas explícitas. Ver las ciencias a partir de estos dos ejes, nuevamente sugiere la figura de una oscilación, un eterno retorno o una espiral.

Las oposiciones también atañen al tipo de explicación que se consiguen. Mientras los “galileanos” proponen leyes, expresadas en fórmulas cuantitativas de las relaciones (causas eficientes y medibles: previas y externas al fenómeno en cuestión) entre los elementos, que culminan en hipótesis a corroborar en experimentos previamente concebidos; los “aristotélicos”, por su parte, aplican en sus explicaciones todas las clases aristotélicas de causas, especialmente las de tipo finalístico, teleológico, la “finalidad”, el “para qué” de cada cosa; así como su sustancia y su forma. La actitud del científico galileano es la de un juez que somete a su testigo a un interrogatorio previamente elaborado, en el cual se

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

prefija lo que se quiere indagar, sin parar el inquisidor, si es necesario, ante la utilización de torturas: la experimentación de Bacon. El aristotélico, por el contrario, deduce de la sustancia de cada cosa, inducida de múltiples observaciones anteriores, su comportamiento más posible, de acuerdo a una finalidad que ya está allí prevista.

Esta oposición Galileo/Aristóteles⁵ atañe, entonces, también a las formas de explicación, entendiendo por explicación el discurso que enseña, muestra y demuestra la razón (el por qué) de los fenómenos. Aunque, como se verá, los “galileanos” más bien se inclinan por la pregunta del “cómo” es o funciona esto o aquello. Mardones vincula directamente el par a la oposición entre explicación causal y explicación teleológica, entre la causalidad eficiente y la causalidad final, entre la Explicación (Erklaren) y la Comprensión (Verstehen). Por supuesto, la diferencia afecta igualmente asuntos metodológicos y de validez. Esto se reflejó en una polémica, una disputa por los métodos, y en general todos los problemas epistemológicos.

El primer episodio de esta disputa estuvo situada en el siglo XIX, cuando hubo un auge de ambos tipos de ciencia: aquella que se concentra en los fenómenos de la Naturaleza o el Universo, y la otra, que tiene como objeto de interés el Hombre: la cultura, el lenguaje, el trabajo. La discusión se polariza. De un lado están quienes afirman la unidad de la ciencia, basada en la unicidad de su método, de su estilo de explicación, de sus valores, que son en general, los de la física en clave newtoniana, disciplina madre que aparece, junto a la matemática, como la base de una pirámide jerárquica de conocimientos, en cuyo vértice se encuentra la Sociología, en la representación del positivista Augusto Comte. En la acera de enfrente los que defienden la pluralidad o, en todo caso, la dualidad de las ciencias: de un lado, las ciencias naturales; del otro, las ciencias del Hombre, o del Espíritu, o (en traducción de Ortega y Gasset) las Humanidades.

Según Dilthey, Windelband y Rickert, se impone una clasificación de las ciencias, no sólo de acuerdo al tipo de explicación propia de cada tipo (explicación causal matematizable vs. Comprensión significativa o finalista), sino también al rol que juegan en ellas la valoración (si la ciencia misma puede determinar lo que es Bueno, Bello o Justo) y al tipo de objeto: si es único e

5 Esta oposición pudo haber sido establecida entre Aristóteles y Platón, o entre Aristóteles y Pitágoras.

irrepetible (un acontecimiento histórico, una obra de arte) o diverso y sujeto a regulares apariciones (fenómenos físicos, astronómicos, químicos y hasta biológicos). Así, la Unidad de las Ciencias sólo es aceptable, no a partir de la hegemonía de la física, sino sobre la base del reconocimiento de una diversidad *epistemológica*.

Un cuadro ilustrativo, muy esquemático, inspirado en la clasificación de Rickert, puede servir de guía. Horizontalmente, se distinguen las ciencias *idiográficas* que se refieren a objetos singulares (acontecimientos históricos, obras de arte o literarias), de aquellas, las *nomotéticas*, que buscan regularidades susceptibles de ser formuladas en forma de leyes científicas (las ciencias naturales en general: astronomía, física, química, biología); verticalmente, se diferencian las ciencias *valorativas* (crítica e historia del arte, el Derecho, las ciencias políticas) de las no valorativas. Como ciencia ideográfica y no valorativa, podemos ubicar la historia. Como campo de conocimiento nomotético y no valorativo, las ciencias naturales. Los conocimientos valorativos pueden ser ideográficas (las relacionadas con la ética y la estética) o nomotéticas (el Derecho y el conocimiento jurídico y político en general).

Clasificación de las ciencias con los criterios de Rickert.

CIENCIAS	IDIOGRAFICAS	NOMOTÉTICAS
NO VALORATIVAS	Historia	Ciencias naturales
VALORATIVAS	Crítica e historia del arte y la literatura, ética, estética,	Derecho

Mardones identifica varios episodios de esta confrontación propiamente epistemológica.

- En el primero, se enfrentan, de un lado Comte y Stuart Mil, del otro Dilthey, Droysen, Windelband: más adelante, entre las dos guerras mundiales, estarán de un lado, en una campaña filosófica contra el presunto irracionalismo filosófico, muy notables a finales del siglo XIX, los pensadores del “círculo de Viena”, los neopositivistas o positivismo lógico

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

(B. Russel, Wittgenstein, Carnap, Ayer, y en una posición renovadora, K. Popper, entre otros); del otro, responden los investigadores agrupados en la llamada “Escuela de Frankfurt” con su teoría crítica (Adorno, Horkheimer, Marcuse, Benjamin, Fromm, Habermas), pero también, en una postura peculiar, los hermenéuticos: Gadamer, Ricoeur.

- Un tercer momento de esta historia, tendría otros protagonistas, pero argumentos análogos: Hempel, Von Wright, Taylor, pero también, desde un territorio histórico, Kuhn, el fenomenólogo Schutz, entre otros muchos.

La disputa entre galileanos y aristotélicos⁶ pone sobre la mesa los problemas propiamente epistemológicos: la validez del conocimiento, el tipo de explicación, los métodos adecuados a objetos ontológicamente diversos, la modalidad de las teorías, la demarcación de la ciencia. El siglo XIX, especialmente su segunda mitad, ha centrado la atención, no sólo en los grandes descubrimientos de las ciencias naturales (la termodinámica, las capas geológicas que sugieren una historia del planeta, la evolución de las especies biológicas), sino también en el desarrollo de nuevas teorías acerca de la cultura del Ser Humano (la observación sistemática de etnias diferentes a las europeas), su historia y la sociedad (desde el pensamiento político y jurídico derivado de la Ilustración del siglo XVIII, el nacimiento de la economía política y la sociología, hasta el marxismo y el positivismo, y en el tránsito hacia el siglo XX, la lingüística de De Saussure y el psicoanálisis freudiano).

Es en ese marco donde se deben buscar las condiciones que permitirán la aparición de la epistemología, distinta de la gnoseología, reuniendo elementos filosóficos e históricos. Como ya hemos dicho, la epistemología es el campo donde se enfrentan, alían, complementan e interactúan, distintas tendencias, escuelas, tesis y opiniones.

Los grandes problemas de la epistemología, es bueno insistir en ello, son los siguientes: los criterios de validez del conocimiento, la modalidad de las

6 La clasificación de Mardones es sólo una de las posibles, así como la de Rickert, Windelband y el propio Dilthey,

teorías y los tipos de explicación, la demarcación de la ciencia respecto a otros “saberes”. También la pluralidad metodológica y epistemológica, y finalmente, pero no menos importantes, los dilemas que hoy, mucho tiempo después del optimismo del siglo XIX, sacuden la conciencia ética y política de la ciencia, fundamentales en un mundo que tiene encima, como espadas de Damocles, dos grandes amenazas: la autodestrucción de la Humanidad en una guerra nuclear y la catástrofe ecológica, así como fantasmas que tienen de siniestros el ser nuevos y, por tanto, casi desconocidos: las fronteras de la Humanidad ante la posibilidad de transformar la especie misma gracias a la ingeniería genética o la creación de sustitutos tecnológicos (la Inteligencia Artificial y la robotización de la vida).

5.3. El desafío posmoderno

Desde la década de los ochenta, se ha discutido intensamente acerca de la modernidad, precisamente porque algunos filósofos, los llamados posmodernos⁷, llamaron la atención acerca de su rebasamiento, su fin o su superación.

Frente a ellos, en defensa del llamado proyecto moderno, surgió el llamado de atención de Habermas (1998), para quien la insistencia en hacer ver el fracaso del “proyecto de la modernidad” (es decir, el fracaso de la Razón, la democracia, el Sujeto, la Historia) implica un nuevo conservadurismo, que resuscitaría la resistencia por parte de los ideólogos de la aristocracia frente a todo lo que significó la revolución francesa, fundiéndola con elementos del neoliberalismo contemporáneo el cual se complace en negar toda alternativa al mundo tal cual está formado hoy día, y reconocer únicamente la supuesta racionalidad del mercado, sin tomar en cuenta que la modernidad es, en todo caso, un proyecto inconcluso, todavía por hacerse y, además, absolutamente deseable. Ese “proyecto moderno”, en general formulado durante la Ilustración europea, e intentado realizar a partir de la Revolución Francesa, prometía una sociedad racional donde fuera posible la emancipación, la Libertad, la Igualdad y la So-

⁷ Por “postmodernos” llamamos una serie de autores donde figuran Jean Francois Lyotard, Jean Baudrillard, Gianni Vattimo, Michel Maffesoli y, en Venezuela, Rigoberto Lanz. También se agregan a veces Michel Foucault, Jacques Derrida, quienes nunca se consideraron a sí mismos como postmodernos, aunque trataron temas muy afines y reivindicando cierto utillaje intelectual (la influencia de Nietzsche y en parte Heidegger, por ejemplo) que los acerca al grupo.

lidaridad.

La respuesta al posmodernismo, para Habermas, pasa por un relanzamiento de la racionalidad. Esta había sido ya vapuleada por sus maestros de la llamada “Escuela de Frankfurt”, quienes la acusaron de haberse reducido a su variedad instrumental. La “Escuela de Frankfurt”, de la cual Habermas participaba en calidad de última generación, era un grupo de pensadores y científicos sociales alemanes, que tuvo que escapar del terror nazi y emprendió, apoyándose en Marx, Hegel y Freud, una reorientación de la teoría hacia la crítica y el cuestionamiento de lo dado, en contraste con la tendencia predominante de la ciencia social a quedarse en la descripción de lo existente y buscar su estabilización. El objetivo de sus ataques fueron, tanto la sociedad capitalista, en su versión más odiosa del nazismo y en la modalidad “amable” de la sociedad norteamericana, donde los teóricos de Frankfurt identificaron factores de opresión ominosos; como también en el socialismo del siglo XX, especialmente en su “modelo”, la URSS, donde, a nombre de la emancipación, una de las grandes promesas de la Modernidad, se había instaurado un atroz régimen opresivo.

Por eso, Habermas enfatiza una distinción clave entre la racionalidad instrumental y la comunicativa. La racionalidad instrumental es aquella que se concentra en la adecuación de los medios a los fines ya dados y, de manera primordial, al perfeccionamiento o diseño de las herramientas y los instrumentos en abstracto, por encima, o en lugar, de discutir acerca de los valores y los horizontes de la sociedad. Por ello, la racionalidad instrumental tiende a reducir al ser humano a simple cosa, instrumento o medio para otra cosa.

En contraste, la moral moderna (enunciada, por ejemplo, por Kant) insistía en que el Hombre no podía ser sólo un medio, sino que debía ser, él mismo, el fin de todos los fines. Esta última dilucidación, la de los objetivos, las orientaciones básicas de la vida, se tenía que abordar, según Habermas, mediante otro tipo de racionalidad, la comunicativa, caracterizada así porque analiza los procesos comunicativos por los cuales los sujetos pueden llegar a acuerdos y consensos. El postulado central de esta racionalidad comunicativa es que la única manera de acordar objetivos generales, no sólo para la ciencia y la tecnología, sino en general, para la política y la cultura, la convivencia social pacífica y en libertad,

es el *diálogo*. Por supuesto, a través de un diálogo no puede llegarse a un acuerdo donde una de las partes deba ser aniquilada o aceptar su dominación. Pero, además, el que aludía Habermas, no era cualquier diálogo. El único que podía lograr esos acuerdos fundamentales, es aquel que cumple ciertas condiciones imprescindibles: un uso unificado del lenguaje, una especie de preacuerdo acerca del sentido de las palabras y las expresiones; una sinceridad que expresara una congruencia entre lo pensado y lo dicho, que evitara usar el lenguaje para la manipulación, sin objetivos ulteriores ni maniobras; un consenso acerca de las maneras con las cuales validaríamos nuestros enunciados y, finalmente, el respeto del derecho igualitario de todos y cada uno, a expresar su propia postura en entera libertad. Es decir, Habermas postulaba que ya había una ética (y hasta una justicia) como una condición *previa* al diálogo, el cual serviría, a su vez, para llegar a coincidir en los grandes fines y valores orientadores de la praxis.

Por supuesto, esas condiciones del diálogo son ideales, deseables, la descripción de una situación que, se asume, nunca se ha presentado en su integridad, y de la cual, incluso, se duda de que pudiera lograrse alguna vez. De todos modos, vale la pena intentarlo y proponerla como reactivación del proyecto moderno (Habermas, 2000).

El debate, del cual no nos ocuparemos aquí en extenso, tomó un nuevo cariz cuando, desde América Latina⁸, se denunció, no tanto el sinsentido del anuncio del final de la modernidad en unos lugares donde todavía la modernización no había llegado, al menos “adecuadamente”, sino que había sido impuesta a la fuerza, resultando a la postre en tan sólo una apariencia mentirosa, una delgada pátina. Los decoloniales señalan, más bien, el carácter eurocéntrico de la polémica misma sobre la posmodernidad; es decir, su limitación a una sola tradición cultural, la europea occidental, que incluye a los Estados Unidos, es decir, únicamente los centros metropolitanos del sistema mundo capitalista contemporáneo, con lo cual se excluyen los países de la periferia neocolonial y hasta períodos históricos enteros, cuando otros centros culturales (los árabes y los chinos, por ejemplo) fueron dominantes, con lo cual se hace pasar de contrabando la idea, muy parroquiana por cierto, de que lo que ocurría allí, en Europa, era lo

8 Aunque el movimiento provino de universidades norteamericanas donde trabajaba la mayoría de esos latinoamericanos.

único que pasaba y valía para el resto del mundo.

Se planteó entonces que la modernidad es tan solo una cara de una realidad histórica mucho más compleja, de la cual la otra faz sería la *colonialidad*, el sometimiento de pueblos enteros, la imposición del carácter de periferia a una muchedumbre de naciones, pueblos, pero sobre todo sociedades y culturas que quedan invisibilizados en esa versión de una historia universal que encubre demasiadas cosas: empezando por la pretensión de ser *una*, única, y no plural; pasando por registrar y jerarquizar los acontecimientos únicamente desde el punto de vista central, metropolitano, ocultando, desapareciendo o desvalorizando procesos sociales, históricos o culturales enteros; llegando hasta a negar un vínculo funcional, intrínseco, entre los supuestos avances culturales modernos, por un lado, y la realidad de explotación, dominación y destrucción de una inmensa área de la geografía del planeta, por el otro.

Este cambio de punto de vista implicó una revisión de los criterios de delimitación temporal e histórica de la modernidad misma (la cual se entiende ahora, desde esta concepción diferente, como modernidad-colonialidad).

Los acontecimientos de referencia para delimitar el período histórico ya no debían ser “El discurso del método” de Descartes, ni la Ilustración, la Revolución Francesa o la Revolución Industrial. La Modernidad-Colonialidad más bien tuvo su arranque como época, con el contacto y la conquista del continente americano por los europeos a finales del siglo XV. Fue entonces cuando se conectaron las líneas del comercio del sistema mundo capitalista, que vinculó a todo el globo (iniciando la planetarización o globalización); pero, sobre todo, fue entonces cuando se comenzó a implementar un proyecto de dominación colonial y la construcción de una periferia dominada en América, África y Asia, en torno a los centros imperiales europeos.

Para nosotros, esta deriva de la discusión tiene que ver con un desplazamiento de referentes de los discursos. Unos, los postmodernos, hablan de una situación nueva en la legitimación y por tanto en la relación entre la ciencia y la sociedad capitalista en los centros metropolitanos; mientras que los otros, los

decoloniales⁹, apuntan a la historia de un sistema-mundo en el cual efectivamente se oculta, mediante la ideología de la modernidad, por lo menos la mitad de su historia, la que da cuenta de la colonialidad, de la dominación y explotación coloniales, la destrucción, el “epistemicidio”. Pero ¿estas opiniones de veras son antagónicas con las de los posmodernos?

Veamos un poco más de cerca los planteamientos de los posmodernos. Lyotard (1985) se refiere al estado de deslegitimación de las ciencias y la tecnología en un momento del desarrollo del capitalismo tardío y sus consecuencias en el sistema universitario y el sistema de Ciencia y Tecnología de los países centrales. Señala que ya el desarrollo de la ciencia no se justifica ideológicamente por el logro de un Saber Absoluto, ni mucho menos por su aporte al logro de la emancipación humana, como pretendían hacerlo los “metarrelatos” modernos de la Ilustración y la filosofía hegeliana. La ciencia contemporánea, ya fundida a la tecnología en lo que se ha dado en llamar la “tecnociencia”, tiene su propia legitimación inmanente en su eficacia, en sus resultados, y en un mecanismo perpetuo de innovación que amplifica sus posibilidades de transformación y dominio de la naturaleza (incluida la humana). Tales logros científico-tecnológicos, autolegitimantes, sólo son posibles por grandes inversiones que únicamente pueden hacer los gobiernos de las grandes potencias o las inmensas corporaciones transnacionales, con lo cual la tecnociencia muestra su orientación abiertamente militar y comercial. Esta “autolegitimación” pragmática no tiene nada que ver con la justificación ideológica propia de la época clásica de la modernidad, el discurso de la emancipación, tampoco con el del Saber Absoluto hegeliano.

Aunque la conceptualización misma de Lyotard, esto de los “metarrelatos”, inspirada en la teoría de los “juegos del lenguaje” de Wittgenstein¹⁰, evita implícitamente la noción de “ideología” de la tradición marxista, indica la pérdida de asertividad de esos discursos, la declinación de su potencia, para convertirse en

9 Entre los autores decoloniales podemos mencionar a Walter Dignolo, Enrique Dussel (iniciador de la llamada “Filosofía de la Liberación”), Fernando Coronil, Santiago Castro Gómez, Ramón Grosfogel, Edgardo Lander, Catherine Walsh, Aníbal Quijano, Boaventura de Souza Santos, etc.

10 En pocas palabras, lo que Lyotard toma de Wittgenstein es la idea de que la multitud de lenguajes corresponde a una multitud de “juegos de lenguaje”, cada uno con sus propias reglas de uso, aplicación, ganancia o pérdida, relaciones entre los jugadores, etc. Por lo demás, para esta concepción pragmática del lenguaje, el significado se identifica con su uso en las situaciones concretas de comunicación.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

unos discursos meramente justificativos y encubridores que ya no convencen: su fuerza deriva únicamente de las reglas pragmáticas de comunicación del relato, por las cuales hay un narrador que es escuchado en virtud de una autoridad no discutida, y no de la adecuación del discurso mismo a una realidad, es decir, a su veracidad. Se escucha y se atiende el metarrelato, no porque éste sea, de alguna manera, verdadero, ni siquiera “racional”; sino por el hecho mismo de ser contado o narrado. No se trata de un discurso verdadero, sino de un discurso persuasivo, pero ni siquiera por sus cualidades retóricas, sino por las relaciones que mantienen los participantes en el proceso de la comunicación, donde uno cuenta y los otros, simplemente, escuchan. ¿No es esta la descripción de la escenificación del mito por parte del Poeta? Lyotard mismo advierte el parecido:

Es cierto que, igual que los mitos, su finalidad (de los metarrelatos) es legitimar las instituciones y las prácticas sociales y políticas, las legislaciones, las éticas, las maneras de pensar. Pero a diferencia de los mitos, estos relatos no buscan la referida legitimidad en un acto original fundacional, sino en un futuro que ha de producir, es decir, es una Idea a realizar. Esta Idea (de libertad, de luz, de socialismo) posee un valor legitimante porque es universal. Como tal, orienta todas las realidades humanas, da a la Modernidad su modo característico: el proyecto, ese proyecto que Habermas considera aún inacabado y que debe ser retomado, renovado (Lyotard, 2005: 30).

Es decir, Lyotard halla la principal diferencia entre el mito y el metarrelato, en su contenido semántico y su referencia, o no, a los orígenes (tanto del mundo en general, como del mundo específicamente humano) o al futuro, pero no encuentra ningún contraste entre los dos tipos de discurso, en lo que se refiere a su función social, que es el de *legitimar*, es decir, justificar lo establecido o instituido.

La diferencia esencial respecto a la situación del mito en la Antigüedad (enfrentado a la emergencia de la Razón de los filósofos en la Antigüedad), es que el relato no pierde su potencia legitimadora en dirección al logro de la autonomía, y ello porque la razón misma es parte de un mito, del “metarrelato moderno” mismo. Se trata más bien del desfallecimiento o implosión de *ese* mito en particular.

¿Se capta la ironía? La razón, que irrumpe contra el mito, se ha convertido paradójicamente en otro mito, y ahora es, a su vez, desplazado. Ya Adorno y Horkheimer, en su *Dialéctica del Iluminismo*, lo habían advertido. En la posmodernidad, lo justificado (la ciencia y la tecnología, su eficiencia, eficacia e innovación) ha dejado atrás a la justificación (el discurso de la emancipación o el Saber Absoluto), y ha creado sus propias legitimaciones internas, inmanentes, a partir de su propia lógica de eficiencia y eficacia, innovación y dominación. De este modo, se asiste al eclipse de una verdad que conducía a la autonomía, la cual es sustituida por el posicionamiento de una verdad trivial, inmediata, de eficacia técnica, de artesano o ingeniero.

Esta verdad, por supuesto, no es universal, ni en el espacio, mucho menos en el tiempo: cambia, innova, es siempre provisional y descartable. Tampoco se orienta hacia la autonomía: la dependencia de la tecnociencia de las grandes inversiones, su costo y las exigencias que se le hacen desde lo militar y lo comercial, la convierten a dependiente, heterónoma.

En este punto advertimos que esa deslegitimación, esa desmitificación, viene siendo algo así como un *desencantamiento, una desacralización*. Los metarrelatos ya no convencen porque tampoco emocionan, entusiasman o ilusionan. Mucho menos poseen ya la veneración, el respeto y el encanto propios de los mitos o las verdades reveladas de las religiones o de la magia. Max Weber había caracterizado a la sociedad moderna por un proceso de secularización, de desencanto; en este sentido: lo que antes aparecía con un atractiva y colorida aura divina, extraordinaria, hasta sobrenatural, era reducido a una “jaula de hierro” fría e indiferente, en virtud de la imposición de una racionalidad formal, propia de las burocracias con sus grises reglas, rutinas, controles y funcionamientos automáticos, medidos y despersonalizados.

El gran sociólogo alemán se refería a la emergente sociedad capitalista de finales del siglo XIX, la misma en la cual Husserl advertía una “crisis” en la cual los sentidos del mundo de la vida se pierden, debido a la lejana, lógica y eficiente distancia científica; el mismo panorama que Nietzsche, casi al mismo tiempo, caracterizaba con una frase tan contundente como “la muerte de Dios”, la disipación de lo sagrado, la pérdida de sentido de los valores trascendentales,

el nihilismo. La palabra y el concepto de “crisis” de nuevo la encontramos en el pensamiento de Ortega y Gasset, cuando constata la emergencia de la mediocridad (la “rebelión de las masas”) y la extrema especialización, lo cual hace que la ciencia pierda sentidos cuando extravía la visión del conjunto. Parece ser esta la misma situación que avistaba Marx en su horizonte, a mediados del XIX, cuando advertía que todos los valores tradicionales terminaban rindiéndose al frío interés mercantil, al único valor que vale en el capitalismo mundial: el de cambio ¿No será que lo que observan los posmodernos es sólo uno de los extremos entre los cuales oscila el péndulo de la cultura moderna? ¿Algo que se repite cada cierto tiempo? ¿Es la posmodernidad una reedición de la crisis crónica y cíclica de la sociedad moderna capitalista burocratizada, nihilista, universalmente mercantilizada?.

Así, los postmodernos están *denunciando* una particular situación histórica en los centros del sistema mundo, efectivamente, donde se ven negados los metarrelatos legitimantes, en una dialéctica irónica en que lo justificado deja atrás las justificaciones, hasta negarlas. Es cierto que el punto de vista desde el cual esto es visible, está situado en los mismos centros del sistema, donde el proceso de deslegitimación es más agudo¹¹ y parece repetir el círculo del desencantamiento y el reencantamiento. Esta es una forma de denuncia, aunque los posmodernos tampoco se quejan demasiado, mucho menos se proponen revertir el proceso; más bien prefieren (algunos hasta lo celebran) seguir adelante con una situación que consideran irremediable o irreversible.

Pero se puede denunciar la modernidad desde un punto de vista externo respecto de estos centros, o por lo menos, desde la periferia de ese sistema, con una amplitud suficiente de miras que vislumbre un alargamiento del círculo que se torna elipse. Esto es lo que proponen los decoloniales. Y sí visualizan una suerte de remedio.

Denunciar la modernidad como tan solo una cara de la colonialidad, supone un discurso veraz que señala con su dedo acusador a una *ideología que encubre y justifica una dominación*; el discurso moderno resulta ser una mentira

¹¹ Tanto así que el propio Habermas, defensor de la Modernidad como proyecto aún inconcluso y, en todo caso, deseable, dedica un libro completo a analizar los problemas de deslegitimación en el capitalismo tardío.

o, cuando menos, un encubrimiento culpable. La “narración” del “metarrelato”, como hecho comunicativo, ha sido impuesta con una violencia de la cual no se habla, ni siquiera se relata desde la modernidad. Así, la denuncia continúa con un desvelamiento, el descubrimiento de algo encubierto: la historia de la colonización, de la destrucción, el genocidio y el epistemicidio. Las luchas por las cuales la modernidad se impuso frente al Medioevo, a la tradición teológica, a la superstición incluso, no nos incumbe a los neocolonizados. Ese es un asunto de europeos o norteamericanos. Así funcionaría la “herida colonial”, desde la cual más bien se debe (mandato ético) explorar alguna manera de *liberación*.

Pero hay en los pensadores decoloniales (por lo menos en algunos, o principalmente en Dussel, uno de los más representativos), un reconocimiento de la orientación a la autonomía del discurso de la Modernidad, cuando se proponen una “transmodernidad” la cual supone la negación de la negación específica que hace el discurso moderno respecto de los *otros*, de las víctimas de la colonialidad, de la periferia. Esa negación de la negación reconoce y asume el punto de vista del *Otro*, esa alteridad que agrupa a las Víctimas de la colonialidad, para exigir que los logros modernos alcancen para ellos, para que los valores de Libertad, Igualdad y Solidaridad alcancen para todos, es decir, alcanzando su *Universalidad* (ver Dussel, 2009), o por lo menos, que el Otro en tanto Otro quede reivindicado.

Nuevamente nos encontramos con un discurso veraz y universal como el de los primeros filósofos desmitificadores. Esa nueva veracidad, que proviene de un punto de vista fuera de los centros, periférica, se propone criticar, desenmascarar, una ideología justificadora de unas relaciones de dominación. Gno-seológicamente hablando, esta verdad sólo es accesible desde el punto de vista del *Otro* de la Modernidad, ubicado en la periferia¹²: sus víctimas, las etnias indígenas expoliados, los negros africanos esclavizados, los pueblos sometidos al imperialismo, las mujeres oprimidas e invisibilizadas, sometidos todos a la lógica del capital transnacional y los diversos despotismos que lo sustentan. Desde ese punto de vista geopolíticamente situado, se ensaya entonces un saber que además está orientado hacia la *liberación*, otro nombre para la *autonomía*.

12 Por cierto, que para Dussel el inicio de la filosofía se dio en las colonias o la periferia de Atenas, en Mileto, etc., de donde migraron a la metrópolis comercial (capitalista antigua) griega.

La posibilidad de esta visión veraz y desmitificadora tiene su razón de ser en la excentricidad, en su ubicación fuera del centro, del punto de vista.

5.4. Teoría de sistemas, Complejidad y análisis del sistema-mundo

La noción de complejidad puede entenderse desde diversos acercamientos o distintas representaciones.

Uno, el matemático, nos habla de cómo dar razón, mediante una fórmula o algoritmo, de una serie completamente irregular de números. Sean, por ejemplo, tres series: $1,2,3,4\dots n$, $2,4,6,8\dots n$ y $0,4,7,1,8,1\dots n$, podemos decir que la primera puede expresarse así: $n+1$, la segunda $2n$, pero la tercera ameritaría muchos más elementos en un algoritmo¹³ más extenso. En la medida en que sea más larga la serie, más compleja será. A medida que aparecen los números, el observador se sorprende porque no logra dar con una regularidad entre un número y el siguiente.

Otra aproximación a lo complejo, sería el de un fenómeno que observamos causado o vinculado con una multitud de factores que, a su vez, interactúan entre ellos, formando un “enmarañamiento” de relaciones. Por ejemplo, la delincuencia es un problema que tiene una gran diversidad de factores: legales, psicológicos, sociológicos, económicos, culturales, incluso biológicos, si asumimos que las conductas delictivas tienen que ver con factores cerebrales, aparte de que puede concebirse una epidemiología del delito, una “contaminación” de ese tipo de comportamientos, etc. Pero esta representación de la complejidad es inadecuada, pues deja fuera la otra noción necesariamente implicada: la de “sistema” o “totalidad”.

Son los sistemas los que son complejos o no, y lo son en relación, no sólo consigo mismos y sus integrantes, sino también respecto a su entorno. Como se sabe, un sistema no es la suma de sus elementos o componentes, sino el conjunto de las relaciones entre cada uno de ellos, de todos ellos con cada uno y de la totalidad consigo misma. Es este cúmulo de relaciones, lo que posibilita las propiedades emergentes, aquellas que adquiere el todo a diferencia de las de los

13 Formulación de un conjunto más o menos extenso de operaciones.

componentes aislados. El agua, un ejemplo muy socorrido, nos muestra esto: ella tiene características completamente diferentes de las de los componentes químicos, el hidrógeno y el oxígeno, que la constituyen. Ellos son combustibles; el agua, no, etc. La complejidad es siempre relativa: al entorno, que se asume más complejo que el interior de cada sistema, puesto que no todos los elementos tienen relaciones inmediatas con los otros; y al interior, con cada elemento y su sumatoria. Es importante, no sólo el número de los componentes, sino, sobre todo, el número de las relaciones para determinar el grado de complejidad.

Niklas Luhman, teórico de una sociología sistémica, define la complejidad de la siguiente manera:

Aquella suma de elementos conexos en la que, en razón de una limitación inmanente a la capacidad de acoplamiento, ya no resulta posible que cada elemento sea vinculado a cada otro, en todo momento (...) es un estado de cosas autocondicionado, debido a que los elementos deben constituirse complejamente para fungir como unidad en el nivel superior de la formación de sistemas y, por lo tanto, su capacidad de acoplamiento es limitada (Luhman, 1998: 47).

Siguiendo igual a Luhman, los sistemas desarrollan regularidades y lógicas para la combinación de sus elementos, pero también para tomar del entorno aquello que le permita persistir en el tiempo y hasta crecer y desarrollarse. Estas reglas también tienden a hacerse cada vez más complejas, por lo que la complejidad es también un grado de indeterminación de esas eficacias (en el sentido de causalidades) de componente a componente. Por ello, complejidad también es un grado de déficit de información para establecer esas reglas de combinación del interior del sistema y de selección del entorno. El sistema se torna entonces “autorreferente”. Es decir, tiene relaciones consigo mismo en el tiempo, y el hecho mismo de ser sistema influye en su carácter de sistema en el tiempo. Ahora bien, son los sistemas los autorreferentes no las complejidades, por lo mismo que decíamos de su indeterminación creciente. En este sentido, se establecen relaciones también entre complejidades, las del entorno y las del sistema. Este último tiende a ser menos complejo que su entorno, puesto que en éste último no se pueden determinar las regularidades (tal vez ni siquiera existan) por las cuales un elemento se relacione con otro cualquiera.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

La descripción y explicación de tales “complejidades” se viene dando en diversas disciplinas, comenzando por las “ciencias duras”, y tiene que ver, para nosotros, con un cambio en la imaginación científica influido por la relatividad, la física cuántica y otras líneas de investigación. Las imágenes o “temas” (en la acepción de Holton) orientan las observaciones y la teorización (conceptualización y explicaciones) hacia la complejidad de totalidades autorreferentes y relativas a entornos más complejos. Estas pueden ser organismos vivos, sujetos, campos magnéticos, niveles de realidad (de la física cuántica; véase abajo referencias de Nicolescu), sistemas mundos y sistemas históricos (Wallerstein), noosfera (la esfera de las ideas, según Morin), biosfera, semiosis ilimitadas (Peirce, Eco), campos sociales (a partir de la modelización estructural-genético de Bourdieu), etc. A ese cambio de la imaginación científica apuntaron Einstein, los físicos cuánticos, y en el campo de la epistemología, el ya mencionado Holton, pero ya fue entrevista por Cassirer, en la década de los cincuenta, cuando evaluaba el impacto de la teoría de la relatividad en el pensamiento (ver Cassirer, 1955)

Edgar Morin y Carlos Reynoso, representantes de dos visiones completamente divergentes del pensamiento complejo, reconocen tres teorías como las fuentes principales de este concepto: la Teoría de la Información de Shannon, la Cibernética de Norbert Wiener y la Teoría General de los Sistemas de Von Bertalanfy.

La información, como medida de indeterminación e improbabilidad, es una de las tres cosas que pueden intercambiar los sistemas, junto a la materia y la energía. Esa información no sólo se dirige hacia afuera de los sistemas, sino hacia adentro, logrando un efecto de *retroacción* (feedback) que puede, o bien amplificarse, abriendo la posibilidad de crisis destructivas y transformadoras, o bien reducirse y regularse, logrando una estabilidad homeostática, en la que la información de sí mismo consigue un equilibrio en el sistema. La retroacción es el aporte conceptual principal de la cibernética. Por su parte, la Teoría General de Sistemas aporta los modelos con los cuales se pueden estudiar objetos de observación de muy diversas disciplinas, desde la física, hasta la biología y las ciencias sociales.

En este proceso de confluencia de conceptos y teorías, un rol fundamental de integración jugó el antropólogo y psiquiatra norteamericano Gregory Bateson. El aplicó esos conceptos y modelos a la descripción y explicación de la comunicación y las relaciones humanas, haciendo aportes significativos en el análisis de la generación de la esquizofrenia, los conflictos humanos y sociales y otros objetos de estudio. Igualmente, los aportes del matemático René Thom, su “teoría del caos”, aunque en abierta polémica con Morin, apunta en la misma dirección. También se señalan en la tendencia a la complejidad, los trabajos del físico Prigogine y su análisis de las “estructuras disipativas”, así como la biología cognitiva del biólogo Humberto Maturana.

Por su parte, Basarab Nicolescu, físico cuántico, fundador del Centro de Estudios y Estudios Transdisciplinarios, coautor de la “Carta de la transdisciplinariedad” (1994) suscrito por varias decenas de científicos y sabios reunidos en el convento de la Arrávida, Portugal, vincula la visión compleja con el descubrimiento de las “distintas realidades” implicada en la física cuántica.

Junto al concepto de “sistema”, la complejidad debe asociarse con la propuesta propiamente epistemológica de la transdisciplinariedad.

Nicolescu ha indicado, en coincidencia con Wallerstein, que: “en estos últimos tiempos, los signos de acercamiento entre las dos culturas (la científica y la humanística) se multiplican, sobre todo en el campo del *diálogo entre la ciencia y el arte*, eje fundador del diálogo entre la cultura científica y la cultura humanista” (1998: 83). El autor que comentamos ha indicado que la transdisciplinariedad es un horizonte, hacia el cual, como grados de realización, hay que considerar la multidisciplinariedad, donde cada disciplina mantiene su identidad y su “jurisdicción” y “soberanía” teórica y metodológica, la interdisciplinariedad, donde dos o más disciplinas colaboran y comparten teorías, conceptos y modelos, hasta llegar a la transdisciplinariedad, donde tienen su lugar incluso el arte y la poesía, así como el diálogo con saberes tradicionales y de otras esferas culturales diferentes a la occidental moderna. Por supuesto, hay teorías, modelos y líneas de reflexión filosóficas que se prestan más que otras para el logro del avance en este horizonte: la teoría de sistemas, la cibernética, los holismos

sociológicos y antropológicos¹⁴, incluso el marxismo en sus desarrollos críticos, y hasta la generalización de la hermenéutica.

De entrada, la motivación de Nicolescu y sus compañeros es ética y política. Su propuesta viene a superar la contradicción entre una acumulación impresionante y creciente de conocimientos, y un empobrecimiento cada vez más profundo del propio Ser Humano. Afirma que la transdisciplinariedad es la “en-causadora de la esperanza”, pues significa la resurrección del Sujeto y la recuperación de la Historia, justo en el momento en que se habla del fin del Hombre y de la Historia¹⁵. Advierte el sabio que la Humanidad está hoy, en contraste con cualquier otra época, confrontada con la posibilidad real de autodestruirse definitivamente. Las revoluciones cuántica e informática, de extraordinarias potencialidades para construir un mundo mejor, han sido apropiadas por los factores comerciales y de poder; por eso la era de la racionalidad triunfante es también, paradoja terrible, la de la máxima irracionalidad. Las armas nucleares constituyen una amenaza inminente. Armada con el conocimiento que pudiera llevarla a modificar su patrimonio genético, ante la falta de una nueva visión del mundo, la Humanidad puede autodestruirse biológicamente. Esa autodestrucción puede ser también espiritual, si las extraordinarias posibilidades de las tecnologías de información y comunicación, con su capacidad de crear realidades virtuales alternas, son controladas por los poderes de siempre. Esta preocupación ética y política también se consigue en la obra de Edgar Morin. Para él, desde por lo menos el siglo XV, cuando se inició la conquista europea del continente americano, se ha habido desarrollando un proceso de mundialización que hoy llega a su culminación, por cuanto han emergido problemas que involucran a toda la Humanidad y que implican una verdadera amenaza para las futuras generaciones y la vida misma en el planeta.

Estos peligros, se ven reforzados por el cientificismo, que ha reducido a una sola la realidad. Pero el descubrimiento físico grandioso de Max Planck, la discontinuidad de la realidad, la estructura discreta y discontinua de la energía, los

14 Por tendencias holísticas en esas disciplinas, entendemos, desde el estructuralismo y el funcionalismo, hasta el marxismo, que conciben la primacía del todo sobre las partes, de las relaciones sobre los individuos.

15 Obviamente, se refiere al famoso texto de Francis Fukuyama “El fin de la historia y el último Hombre”.

quantas de luz, rompió con la concepción convencional de la causalidad en toda la ciencia, pues no había *nada* entre los puntos discretos y, a pesar de ello, las entidades cuánticas seguían interactuando todavía grandes distancias. Todo estaba interconectado. Un nuevo tipo de causalidad global había sido descubierto por las decenas de científicos cuánticos, que confirmaban sus hipótesis con gran rigurosidad. Así como la causalidad local fue trascendida por una causalidad global, que atañe a todo el universo afectando a todos componentes, por más distantes y lejanos que estén, el determinismo también tambaleó para caer a la postre. Los quantas pueden considerarse por igual como corpúsculos u ondas. Son constitutivamente azarosos y, a la vez, constructivos; es imposible determinar a la vez posición y velocidad de las partículas subatómicas; pero tampoco es posible establecer unas trayectorias determinadas, porque la noción misma de necesidad ha quedado trascendida a este nivel físico. Todos estos descubrimientos conllevan a postular varios niveles de realidad, o quizás varias realidades. La lógica tradicional, aristotélica, basada en el tercero excluido, queda desplazada. A es y no es, a la vez, A. las dualidades supuestas, comenzando por la de Sujeto/ Objeto, ha quedado atrás, transgredida por una realidad expandida en varios, infinitos, niveles.

En el “Manifiesto de la Transdisciplinariedad”, Nicolescu y sus compañeros rechazan cualquier reducción del Ser Humano a términos de estructuras formales, asumen diferentes niveles de la realidad con lógicas diversas; defienden la transdisciplinariedad, no para negar las disciplinas, mucho menos instaurar la hegemonía de una sobre las otras, sino para atender a lo que las atraviesa y supera, el “a través” y el “más allá”; impulsan el diálogo entre las formalidades lógico-matemáticas y el arte, la literatura, la experiencia interior; reconocer la dignidad cósmica del Ser Humano; se abren al mito, la religión y la poesía; defienden el principio de que la economía debe estar al servicio del Hombre y no al revés; defienden sobre todo el diálogo y la mutua comprensión; levantan los valores del Rigor, la Apertura y la Tolerancia. Llama la atención que el artículo 7 de este “Manifiesto” le niegue a la transdisciplinariedad su carácter de nueva religión, nueva filosofía, nueva metafísica o ciencia de la ciencia. Al negarse a sí misma ese status, la transdisciplinariedad se niega como epistemología *normativa*, aunque existen en estos textos un pensamiento epistemológico, es decir referido a las ciencias, que es, a la vez, crítico, histórico, global y propositivo.

¿Cómo respondería la complejidad a los asuntos centrales de la epistemología? Podríamos sintetizarlo con los siguientes puntos de acuerdo a los criterios del cuadro general de las corrientes epistemológicas que expusimos en el capítulo anterior: visión sociopolítica, carácter del conocimiento, postura metodológica, criterios de lenguaje y de exposición.

En lo que se refiere a su visión sociopolítica, algunos pensadores complejos, principalmente Morin, Nicolescu y Wallerstein, asumen la responsabilidad ética y política de la ciencia, en vistas de las grandes amenazas del tipo de civilización (la Modernidad) que tiene como elementos de gran importancia la ciencia tal y como la conocemos, orientada sobre todo al dominio, la explotación y la manipulación. Morin, por ejemplo, desarrolla la idea de una “antropo-política” que deja atrás al marxismo y a cualquier otra ideología moderna. Hace propuestas muy concretas en asuntos que van desde la urbanización, las ciudades, la salud, la política internacional, etc., en vistas de su compromiso con el nuevo tipo de problemas implicados por la mundialización (o globalización) que amenazan, como ya señalamos, la vida en el planeta. Es más propone lo que hemos interpretado como un nuevo patriotismo: el de Planeta. Lo resume con el título de uno de sus políticos: Tierra-Patria. El impulso para avanzar en la transdisciplinariedad es ético y político, puesto que se coloca como respuesta a las grandes amenazas de autodestrucción de la Humanidad, justo en un momento de gran acumulación de conocimientos, pero de empobrecimiento moral y surgimiento de peligros ciertos para la supervivencia y el mantenimiento de la vida en el Planeta, en una época de bifurcación de la historia de larga duración del sistema-mundo capitalista.

En cuanto al carácter del conocimiento que se propone desarrollar, el pensamiento complejo considera que los modelos, las teorías, los conceptos, los mapas cognitivos en general, son sólo representaciones de una realidad plural, de varios niveles, como Nicolescu deriva de la física cuántica.

La labor del científico es entonces avanzar construyendo modelos lógico-lingüísticos que integren procedimientos y les den la pertinencia debidamente justificada. Esto supera la exclusión artificial entre métodos cualitativos y cuanti-

tativos, o la distinción entre enfoques precisos y otros intuitivos, interpretativos, simbólicos, etc. No hay norma ni regla fija para hacer, ni para validar, una investigación científica compleja o transdisciplinaria, a menos que tomemos como referencia las experiencias de desarrollo y solución de problemas sobre estos temas que se han dado en todas las disciplinas, tanto las “duras” o naturales, como las “blandas” o humanísticas y sociales. La complejidad transdisciplinaria no es una epistemología normativa; en todo caso, hace una reconstrucción histórica de importantes descubrimientos y aportes científicos que abren nuevos caminos a la complejidad en las ciencias.

La apertura a los debates, la pluralidad posible de posiciones, las críticas mutuas entre los representantes de este pensamiento, la tolerancia exigida, nos muestran un campo diverso y hasta contradictorio, donde igual se dan cita posiciones marcadamente disciplinarios y hasta cientificistas (como la de Carlos Reynoso), pasando por compromisos políticos, hasta versiones más “inspiradas” en valores estéticos, morales y hasta religiosos. Estas últimas posiciones coinciden con la crítica posmoderna (y hasta podrían intentarse puentes de diálogo con posturas decoloniales), en destacar los límites críticos, finales, del tipo de civilización y de ciencia de la Modernidad.

El pensamiento complejo es consciente de su propia emergencia histórica, porque surge de la confluencia de desarrollos de vanguardia en las ciencias, la consolidación del sistema-mundo capitalista y su llegada a un “punto de bifurcación”, las propuestas de reestructuración de los espacios académicos-científicos y el pensamiento de importantes autores que intentan dar perspectivas al movimiento en su conjunto. En todo caso, hay un compromiso para el esclarecimiento, y esto pasa por la desambiguación de los conceptos y las teorías con fines de lograr una comunicación adecuada, necesaria porque se une a un compromiso ético y político, por el mejoramiento de la Humanidad y del Planeta.

Existen en la historia de las ciencias sociales varios ejemplos cercanos a los modelos sistémicos, que debemos tomar en cuenta a la hora de construir nuestra propia versión. Ellos van desde el marxismo, donde se conjuga el punto de vista de la totalidad (holismo), la construcción de estructuras, la comprensión del movimiento histórico de acuerdo a la dialéctica y el análisis de coyunturas,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

pasando por el estructural-funcionalismo que representa a la sociedad más bien como un sistema homeostático cuyas retroacciones, a la manera de un sistema cibernético, buscan su equilibrio superando las disfunciones, llegando al estructuralismo genético de Pierre Bourdieu, cuyos campos de fuerza muestra elementos estructurantes, así como estructurados, y el modelo mixto de Habermas, que combina la consideración de la estructura funcional-sistémico y lo fenomenológico hermenéutico (el mundo de vida). Igual valen los modelos de sistema-mundo y sistemas históricos de Wallerstein, que son incorporados en el pensamiento decolonial.

La transdisciplinariedad y la complejidad contesta a todos los problemas epistemológicos que hemos planteado: visión sociopolítica, métodos, carácter del conocimiento, lenguaje. Pero mantiene una amplitud abierta a la innovación teórica y metodológica.

Hay un desarrollo epistemológico pendiente en relación a la construcción de puentes con las grandes teorías holísticas (marxismo, estructuralismo, funcionalismo), y la comprensión de los aportes de las “nuevas reglas sociológicas” de tipo fenomenológico, hermenéuticas y “cualitativas”. Los desarrollos de la llamada “microsociología” (interaccionismo simbólico, etnometodología), así como las propuestas individualistas metodológicas que se focalizan en las micro-racionalidades, y la visión de la sociología de la cotidianidad, como la de Agnes Heller, que vincula una reflexión sobre los modos de producción y la observación inmediata de las prácticas, tienen que ver, como indica Giddens, con la incorporación de la Significación a los conceptos claves de Poder y Valor, muy caras a la tradición de las ciencias sociales. Esto abre un espacio específico a la fenomenología y la hermenéutica.

Pero, desde un punto de vista filosófico, el estudio del pensamiento complejo nos muestra, de nuevo, que hay una “verdad vital” animando las verdades epistemológicas. La política y la ética son motivaciones que ya los científicos no pueden negar, sin el riesgo de la ingenuidad o la culpa, o por lo menos, la responsabilidad por los males y las amenazas a la Humanidad y el Planeta. Por otra parte, la Ciencia es una institución, es objeto de políticas públicas, tiene consecuencias sociales, y estos problemas (institucionales, políticos, sociales)

son propios de las ciencias sociales.

5.5. La transdisciplinariedad y la confluencia de las ciencias

Immanuel Wallerstein narra la evolución de las ciencias a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, en la cual se confrontan dos “estructuras de saber”: por una parte, la premoderna, que se asienta en una sola verdad, la teológica, aunque comprenda muy diversos sistemas de pensamiento; la otra, la moderna, que se caracterizará de entrada por estar escindida en dos “culturas”: la de las ciencias naturales y la de las Humanidades. Esta oposición data de, por lo menos, el siglo que va de 1750 a 1850, cuando se realizó la separación de la filosofía y la ciencia, que repercutió en la reorganización de las facultades de la Universidad, especialmente en la distinción de dos: la de Ciencias y la de las Humanidades. Las primeras tuvieron un creciente prestigio y enriquecimiento con el desarrollo de nuevas disciplinas, mientras que las segundas se opacaron por completo, luego de una lucha epistemológica de décadas.

En medio de estas tensiones y pugnas por el espacio académico, surgieron y se institucionalizaron las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XIX. Pero éstas reprodujeron a su interior la disputa epistemológica anterior, “ata-das a dos caballos que galopaban en sentidos opuestos” como dice Wallerstein. Mientras algunas se adscribieron a una epistemología idiográfica, que estudiaba objetos únicos, por la vía de la interpretación o la intuición, para descifrar signifi-cados; las otras, procuraron adoptar a sus objetos de estudio a una epistemolo-gía nomotética, que buscaba regularidades formulables en leyes universales, de acuerdo a un método hipotético deductivo. Posteriormente, cuando las ciencias sociales a partir de 1945, terminaron de instalarse en el ambiente académico, se definieron claramente seis disciplinas, de acuerdo a tres clivajes. Primero, la oposición pasado (historia)/presente (economía, ciencias políticas, sociología; segundo, occidente (las mismas cuatro disciplinas mencionadas)/resto del mun-do (antropología) y, finalmente, la distinción dentro del mundo occidental entre la lógica del mercado (economía), el Estado (ciencia política) y la sociedad civil (sociología).

Esta evolución y diferenciación entre los campos referenciales de las dife-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

rentes clases de ciencias, se ve acompañada de mutaciones a lo interno de cada campo científico. Por supuesto, la manera de periodizar esos cambios, dependen del enfoque y la clave interpretativa escogida. Ya mencionamos la sucesión de epistemes de Foucault los cuales aluden a un contexto cultural trascendente a las propias ciencias, en tanto se refieren a códigos culturales fundamentales que regulan las posibilidades mismas de la experiencia y su representación simbólica y discursiva. Gaston Bachelard (1973), por su parte, expone desde la perspectiva del avance de la razón frente a las experiencias directas, la ingenuidad del realismo ingenuo y la observación inmediata, cómo se manifiesta la geometrización y, luego, a una mayor abstracción, llegando a sus principios puros, matemáticos. Bachelard habla, en este sentido, de tres períodos:

- Un estado precientífico desde la antigüedad clásica y los tiempos del renacimiento en los siglos XVI, XVII y XVIII;
- Un segundo período, el estado científico, en preparación desde finales del siglo XVIII y que se extendería hasta los comienzos del siglo XX, y
- La era del “nuevo período científico” a partir de 1905, con la teoría de la Relatividad como hito fundador,

Escribe Bachelard, evidentemente colocando en el foco a la física:

A partir de esta fecha, la razón multiplica sus objeciones, disocia y reconfigura las nociones fundamentales y ensaya las abstracciones más audaces. En veinticinco años, como signos de una asombrosa madurez espiritual, aparecieron tales pensamientos que uno solo de ellos bastaría para dar lustre a un siglo. Son la mecánica cuántica, la mecánica ondulatoria de Louis Broglie, la física de las matrices de Heisenberg, la mecánica de Dirac, las mecánicas abstractas y, sin duda, muy pronto, las físicas abstractas que ordenarán todas las posibilidades de la experiencia (Bachelard, 1973: 9).

Bachelard está haciendo la historia de *una* científicidad: la de la física. Podríamos conceder que, efectivamente, esa ha sido su trayectoria: ir de la experiencia directa de los fenómenos, a su formalización geométrica y, finalmente, puramente matemática. En ese camino, el epistemólogo advierte que su avance es la superación de diversos “obstáculos epistemológicos” que no sólo estancan

el avance de la racionalidad científica, sino que puede estancar y hasta hacer retroceder la actividad científica.

Sí hay “obstáculos epistemológicos” en los ámbitos de las ciencias sociales y las Humanidades, pero son de otra naturaleza: compromisos políticos circunstanciales¹⁶, preservación de tradiciones culturales, inclinaciones estéticas personales o de grupo, prejuicios morales¹⁷, presiones desde la exterioridad de la ciencia; factores todos de parálisis de la reflexión crítica. Incluso, tales “obstáculos” pueden tener que ver con la evolución del pensamiento del científico mismo, desde la juventud filosófica hasta la madurez plenamente científica¹⁸. Además, casi ningún científico social admitiría que el ideal del conocimiento de sus disciplinas pueda ser su matematización o formalización absoluta. Lo “cualitativo” no es la inmadurez de lo “cuantitativo”.

Cassirer (1955) ha abundado respecto de las peculiaridades lógicas de las ciencias de la cultura, que se notan, no sólo en la articulación de sus razonamientos, sino en sus conceptos mismos, algunos de los cuales, como el de “estructura” tienen cierto “aire de familia” con modelos como el de “campo de fuerza” de Faraday y Maxwell que rompió con la imaginación científica de la física, basada más en la causalidad eficiente de entidades discretas, que en las formas que adquieren las totalidades funcionales o autoestabilizadas, lo cual procedía de Newton.

Ahora bien, para Wallerstein, la estructura moderna del saber que separa a las ciencias de la naturaleza de las Humanidades y de las ciencias sociales, comenzó a evidenciar graves síntomas de desintegración, a partir de la década de los 70 del siglo XX, en parte debido a la presión de grupos sociales anteriormente excluidos y que ahora merecieron la apertura de nuevos programas de

16 Ejemplos sobran; pero los más representativos pudieran ser la biología de Lysenko y la lingüística que apoyó Stalin en la URSS. Los representantes de otras explicaciones fueron castigados, no sólo con la expulsión de la academia, sino con la cárcel inclusive. Pero también, se interpreta la tendencia del estructural funcionalismo como manifestación de la posición conservadora de Parsons.

17 Fromm, Klein y otros muchos psicoanalistas, aplicando un análisis textual, han atribuido las debilidades de la teoría freudiana en relación a la sexualidad femenina y, en general, la consideración de las mujeres, a una especie de “machismo” o “patriarcalismo” de Freud.

18 A eso se refiere Althusser, al expulsar nociones como la “alienación” de la auténtica doctrina marxista, por ser vestigios o residuos del pasado hegeliano de Marx, restos de una ideología reñida con la científicidad plena que sólo se alcanzaría con El capital y sus avances en otras obras.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

estudios ya claramente interdisciplinarios. Hay que aclarar que estas referencias de Wallerstein son principalmente norteamericanas. Está historiando la apertura de los llamados “estudios temáticos” en la Academia estadounidense, que dieron espacio a los estudios sobre la raza (a propósito del movimiento de reivindicación de los negros durante la década de los sesenta), el género (apoyada en la combatividad del feminismo), áreas geopolíticas (de gran funcionalidad para la estructura del estado imperialista, con sus presencia política y militar internacional, aunque dejara entrar a veces propuestas teóricas provenientes de la periferia, o acerca de ésta, de claro filo antiimperialista), los estudios culturales (que significaron, de entrada, una revisión y transformación del canon literario tradicional de Occidente, incorporando géneros literarios diferentes y de procedencias periféricas; aparte de darle lugar a propuestas de inspiración marxista crítica y postestructuralistas). Se trata de la misma historia que reconstruye Fred Jameson, según la cual las universidades en los Estados Unidos se convirtieron en la retaguardia de los movimientos de la “Nueva Izquierda” de los sesenta (negros, mujeres, contracultura, después los ecologistas), que después de la Guerra de Vietnam, a falta de otra causa unificadora como la de su rechazo, se introdujeron en los espacios académicos. Habría que hacer notar que algo parecido ocurrió con los dirigentes de la fracasada lucha armada de la década de los 60, que buscaron cobijo en las casas de estudios superior, y se hicieron portadores de importantes discusiones que expresaron la crisis del marxismo y todo el pensamiento de la izquierda en los 1970 y 1980.

Las sacudidas de la estructura moderna del saber, también se debieron a los cuestionamientos contra la división disciplinaria, surgidas, por un lado, de las propias ciencias físicas, que previamente habían servido de modelo de cientificidad, y que a partir de cierto momento incursionan en territorios que pronto tomaron el nombre de “ciencias de la complejidad”; y por el otro lado, la crítica desde las Humanidades, bajo la forma de los denominados “Estudios Culturales”¹⁹, los cuales se nutrieron, de paso, con las discusiones filosóficas a propósito de la postmodernidad, el postestructuralismo y la hermenéutica, corrientes de pensamiento que tendían todas, bien a establecer puentes, diálogo y colaboraciones entre las disciplinas, o a atravesarlas como momento transver-

¹⁹ Los Estudios Culturales integraron conceptualmente por lo menos tres tradiciones: la marxista-crítica, la postestructuralista y la hermenéutica, aparte de abrirse a los aportes del ensayismo de América Latina, por ejemplo. Su propuesta, de entrada inter y transdisciplinaria, se refería sobre todo a las ciencias sociales.

sal, cuando no exponían las separaciones disciplinarias a “ordenes de discurso” que contribuían a mantener ciertas relaciones de poder. Así surge el horizonte transdisciplinario.

Wallerstein describe el nuevo mapa epistemológico del siglo XXI, para proponer el horizonte de la transdisciplinarietà:

Entonces, pasamos al siglo XXI con una considerable incertidumbre acerca de la validez de los límites disciplinarios dentro de las ciencias sociales y con un cuestionamiento real, por primera vez en dos siglos, de la legitimidad de la línea divisoria epistemológica entre “las dos culturas” y, con ellos, de la partición triple del saber en las supercategorías ciencias naturales, humanidades y ciencias sociales, éstas últimas ubicadas en el centro (Wallerstein, 2005: 28).

Esta tesis supone una interpretación de la historia de la ciencia y, más allá, de las estructuras del saber que corresponden al actual sistema-mundo. Esta formulación, que destaca la idea de la correspondencia entre los dos planos²⁰, plantea dos términos generales del problema: de un lado, la estructura del saber, y del otro, el sistema-mundo, de los cuales es conveniente dar cuenta. Si queremos entender la “correspondencia” de la que habla Wallerstein, debemos considerar el otro elemento, el otro plano, el sistema-mundo, con el cual se relaciona la nueva “estructura de saber” que se anuncia con el sacudimiento de la división disciplinaria moderna.

El campo de estudios fundado por el propio Wallerstein, es el del “análisis de los sistemas-mundo” (no “teoría”, porque considera que esta supondría una generalización conclusiva, y prefiere hacer “intuiciones teóricas”), donde confluyen aportes provenientes de la historia y de las llamadas “ciencias de la complejidad”, así como pensamientos igualmente integradores y críticos, como el de Frantz Fanon que, articulando el psicoanálisis, la historia, la sociología y la economía, plantea una problemática diferente, en de las sociedad del llamado “Tercer Mundo”²¹, a las tradicionales en la repartición de las seis disciplinas

20 Muy parecida esta relación a la que plantea el marxismo entre estructura (económica) y superestructura (política, ideológica)

21 Wallerstein destaca que, en la década de los 60, mientras la mayoría consideraba como central la contradicción entre el Occidente capitalista y el Oriente socialista, él defendía la primacía de la oposición

canónicas de las ciencias sociales. De la historia, específicamente de la obra de Fernand Braudel, se toma el concepto de “mundo” (adogado a la economía o a “sistema”) como construcción a partir de relaciones, y no como espacio; por eso no habla de economía mundial, sino de “economía-mundo”: son las relaciones las que constituyen el espacio que puede abarcar una parte del planeta, pero que ya, en la actualidad y desde el siglo XVI, abarca toda la Tierra. Por eso, se hace necesario hablar de historia de larga duración, el otro concepto clave de Braudel, que abarca diversas duraciones: corta, media y larga, enfoque que le permite a Wallerstein conceptualizar “sistemas históricos”, con lo que caracteriza una entidad que es a la vez sistémica (con límites y mecanismos o reglas de funcionamiento) e histórica (que comienzan en algún momento, evolucionan en el tiempo y, finalmente, entran en crisis y eventualmente dejan de existir). Esos momentos de crisis, Wallerstein las concibe como “bifurcaciones” recogiendo el pensamiento del físico Prigogine quien se refiere a sistemas dinámicos lejanos del equilibrio. Asimilar estos aportes de la física, le dio el siguiente rendimiento al análisis de los sistemas-mundo; primero, mostró la indeterminación fundamental de toda realidad, física o social, y segundo, indicó que, llegados a un punto de bifurcación (puntos donde existen dos soluciones igualmente válidas para una ecuación), un sistema podía tomar cualquier camino de cambios, y es intrínsecamente imposible determinar a priori qué opción tomará el sistema.

Wallerstein no formula ninguna norma metodológica. Basa sus propuestas epistemológicas en una reconstrucción histórica de la estructura de saber moderna, su emergencia a partir del desplazamiento de la anterior, y el anuncio de una nueva, donde las dos culturas, la de las ciencias naturales y las Humanidades, establecen un puente a través de las ciencias sociales, y considera que, efectivamente, la práctica misma de la ciencia (y del análisis de sistema-mundo, en particular) lleva a plantearse asuntos de “racionalidad material” (valores morales, proyectos políticos), justo en el momento en que ya se avizora un punto de bifurcación en el sistema-mundo capitalista; pero estos problemas deben resolverse en la práctica misma de la producción del conocimiento:

Lejos de dejar esta tarea en manos de un grupo de filósofos especia-
entre el Norte industrializado y el Sur neocolonial subdesarrollado.

lizados en el tema, imbuidos de sabiduría y aislados del mundo circundante, tenemos que entender que esa es la actividad central de las ciencias sociales, que, con sus investigaciones empíricas, pueden eliminar las alternativas implausibles y poner a prueba las consecuencias reales de los cursos de acción propuestos y, de ese modo, construir un marco sólido para lo que en definitiva sigue siendo un debate metafísico, es decir, político. Sin embargo, en un mundo que supuestamente haya superado la división de las dos culturas, esto no debe preocuparnos, y mucho menos aterrorizarnos (Wallerstein, Ob. Cit.: 137)

Vale comentar que el *sistema-mundo*, concepto central del trabajo de Wallerstein, tomado del historiador Braudel, es hoy acogido por los teóricos agrupados bajo el nombre-paraguas del pensamiento postcolonial (Sader, Baba, etc.) y del decolonial (Dussel, Mignolo, Quijano, etc.). Pero, como él mismo señala, el impulso fundamental hacia un nuevo panorama de la diversidad epistemológica, la transdisciplinariedad, provino de las “ciencias duras”, especialmente las que comenzaron a tratar el asunto de la complejidad.

CAPÍTULO VI

UNA SOCIOLOGÍA PARA CADA COSA



www.mawil.us

Así como hay Teorías Generales de la Sociedad, o “Gran teoría” sociológica (no sólo los clásicos Marx, Comte, Durkheim, Parsons, etc., sino también los individualistas metodológicos tienen su concepción general, a pesar de que niegan la existencia de la sociedad como tal o se refieren, como hemos visto, a sus unidades como resultado de las interacciones entre los individuos), existen teorías sociológicas específicas o de “mediano alcance”. Ellas delimitan sus objetos de estudio mediante conceptos y modelos referidos en un campo de actividad social particular, como podrían ser la política, la educación, el arte y la literatura, incluso la cotidianidad, entre otras. Esta diversidad de objetos exige una mayor precisión en los conceptos y los métodos en general, así como resolver el problema de la relación entre estas especificidades y la totalidad social. Aquí igualmente haremos una reseña de las principales tendencias en ellas.

6.1. Sociología política

Hay que aclarar de arrancada que no existe una sola sociología política. Es más, por otra parte, en ciertos contextos académicos se actúa como si no hubiera o, directamente, se cuestiona la existencia de tal disciplina, existiendo otra, como las ciencias políticas o politología, descendiente de la historia y de los estudios jurídicos, que investigan y conocen del fenómeno político. De modo que existen tantos enfoques de sociología política como tendencias teóricas y metodológicas, de las cuales hemos dado cuenta en los capítulos anteriores. Habría entonces, una sociología política empirista o positivista, otra estructural-funcionalista, una más de perfil weberiano, también sociologías marxistas, estructuralistas; así como individualistas metodológicas. La cosa se complica cuando debemos producir argumentos para defender la independencia de estos enfoques teóricos, frente a una “ciencia política” que defiende su autonomía frente a las “invasiones” de esas sociologías políticas. En realidad, la definición profesional del politólogo frente al sociólogo que se ocupa de los asuntos políticos, responde a circunstancias específicas, concretas, de cada institución académica, aunque, a otro nivel general, ya es una tendencia internacional, debida al proceso de división del trabajo intelectual y la tendencia a la especialización propia de la modernidad, la existencia de un profesional politólogo distinto al sociólogo. Lo que sí se nota es que los campos de estudio se yuxtaponen y ello ha llevado a compartir enfoques teóricos y objetos particulares de observación.

Otra situación a considerar es que, para muchos autores, la sociología política y los estudios políticos o politología, son términos sinónimos.

La primera dificultad y motivo de debate es el objeto de estudio. Desde los estudios políticos descendientes del Derecho, se focaliza la atención en el Estado, sus instituciones, su estructura y funcionamiento, sus regularidades y fundamentos jurídicos, etc. Esta atención evidencia la filiación con el pensamiento clásico de Aristóteles y permite la recuperación de un conjunto de pensadores de la Ilustración (Montesquieu, Rousseau, Hobbes) y hasta del renacimiento (por ejemplo, Maquiavelo), que constituyen un legado universal de doctrina política. Abordar el Estado también exigiría la reflexión filosófica y la revisión histórica. Esto le da cierta especificidad ventajosa a los estudios políticos; pero, al mismo tiempo, impide plantearse problemas relativos a la conexión de la política con asuntos más generales o que la desbordan como podrían ser los fundamentos sociales y económicos de esas realidades. Los estudios políticos terminarían así, al centrarse en el Estado, dar prioridad a lo normativo sobre lo descriptivo o explicativo, y a invertir la cadena causal haciendo que los fenómenos políticos terminen determinando los sociales.

Otra opción sería definir al Poder como el objeto de estudio, postura que desde el último tercio del siglo XX ha sido compartida por la mayoría de los investigadores. De este modo, la política quedaría definida por la actividad de lucha por el poder, una variación de las posiciones de Nicolás Maquiavelo para quien el único deseo del hombre político es llegar a captar el poder y conservarlo. Pero se podría objetar que la lucha del poder, aunque importante, no es el único objeto de la actividad política, puesto que el Poder mismo es más asumido como instrumento para realizar un proyecto, que un fin en sí mismo. Asumir al Poder como objeto de estudio presenta la ventaja, que pronto se convierte en desventaja, de vincularse al estudio de la sociedad en general. Otras dificultades conceptuales, en las cuales se hacen pertinentes las diferentes posturas teóricas y epistemológicas, se refieren a la definición misma del Poder. Aristóteles, para remitirnos a la tradición clásica, lo definía a partir de la autoridad. David Easton, uno de los teóricos más respetados de la segunda mitad del siglo XX, definía la política por la distribución y asignación autoritaria de las cosas de valor. Ello nos remitiría a los distintos tipos de autoridades descritos por Weber:

la autoridad tradicional, la carismática y la burocrática.

Cot y Mounier (1985) prefieren el camino de ir definiendo lo político a través de definiciones provisionales que sirvan, por un lado, para delimitar un campo de problematización, observación y análisis, y por el otro, pueda irse redefiniendo a medida que avancen las investigaciones. De allí su carácter de provisional: de arrancada no se puede abarcar la sustancia de la cosa, sino que únicamente sirve para encaminar los estudios, sin anticipar mayor cosa sobre los resultados. En este sentido, los autores muestran su desconfianza de definir la política por su función, por cuanto las funciones de la política pueden multiplicarse hasta el infinito y, de hecho (como lo muestran por ejemplo los trabajos de Michel Foucault, quien rompe con la concepción “jurídica” del poder, para poder encontrarlo en prácticamente todas las relaciones humanas, donde siempre tiene un papel *constitutivo*) el poder es un elemento omnipresente en lo social. La propuesta alternativa sería, entonces, la definición de Max Weber de lo político: “es político un grupo dominante cuyas órdenes son ejecutadas en un territorio dado por una organización administrativa que dispone de la amenaza y puede recurrir a la violencia física” (Cott y Mounier, Ob. Cit.: 23). De esa definición, los autores retienen las nociones de territorio, organización y sujeción física o capacidad sancionatoria (que puede ser, no sólo física, sino también moral, por ejemplo). Esa definición de aires weberianos limita la política al ejercicio del poder del Estado y otras formas de organización pre-estatal (tribu, clan) y para-estatal (las corporaciones, la mafia).

Una opción, ubicada en la sociología holística (que como ya vimos, incluye una gran variedad de enfoques teóricos), es definir a la sociología política como una parte de la sociología general, según la cual existe un sistema político que se subsume en la totalidad del sistema social, en el marco del cual interactúan diversos sistemas sociales que le asignan una diversidad roles específicos a los individuos. De inmediato la diversidad de los paradigmas teóricos se hace pertinente. Para una orientación estructural-funcionalista, la política constituye un subsistema social, junto a otros, dependiente de los sistemas jerarquizados de la cultura, la economía, la personalidad y la biología. Para la tradición marxista, la política es una superestructura, junto a la ideológica, determinada en última instancia por la estructura económica (es decir, el avance de las fuerzas produc-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

tivas y las relaciones sociales de producción, que resultan en los antagonismos de la lucha de clases), aunque con su “autonomía relativa”, resaltada por teóricos como Gramsci y Althusser, que explican las matizaciones al concepto del Estado como simple “aparato de dominación de la clase dominante” (o “junta administradora de los intereses de la clase explotadora”) y la evidencia de determinadas situaciones excepcionales (que, en realidad, terminan siendo la norma) en que la causalidad de lo económico no se hacen sentir directa o “mecánicamente” en lo político, sino a través de múltiples mediaciones que corresponden a los conflictos y procesos específicamente políticos, observables y explicables a través de las circunstancias específicas de cada proceso a estudiar. Así, la revolución soviética es una circunstancia excepcional porque se produce, no donde preveía una interpretación del desarrollo histórico por el “lado bueno” de los países con mayor desarrollo industrial (como suponía la socialdemocracia alemana), sino por el “lado malo”, es decir, el país más atrasado de Europa, donde se acumularon una gran diversidad de conflictos que hicieron de Rusia el eslabón más débil de la cadena imperialista en el mundo, en 1917.

Así, se han desarrollado estudios acerca del Estado capitalista y las luchas en torno suyo, desplegando al máximo los elementos ya presentes en los análisis de coyunturas políticas de Marx y Engels (descuella “El 18 Brumario de Luís Bonaparte” y la descripción de la experiencia de la Comuna de París en 1871). Nicos Poulantzas, por ejemplo (), examina la complejidad de la política, avanzando un proceso de producción de conocimiento de “alcance medio”, a partir de las herramientas teóricas brindadas por las premisas del materialismo histórico. Así, la lucha de clases es un efecto, en el plano práctico, de las estructuras de relaciones sociales de producción, examinadas en el plano estructural abstracto. Aparecen en el terreno de la práctica política, que es el de la producción de nuevas circunstancias políticas a partir de la transformación de anteriores situaciones, elementos conceptuales nuevos tales como las fracciones de clase, categorías sociales, grupos y hasta personalidades, que remiten a niveles distintos de análisis, con heterogéneos niveles de abstracción.

La sociología política de corte más cercano al estructural-funcionalismo, se ha centrado en el estudio del subsistema político, como es obvio, pero focalizándose en la descripción de elementos más específicos de la sociedad con-

temporánea, tales como los Partidos Políticos (Michels, Ostrogorski, Maurice Duverger), investigaciones empíricas del comportamiento electoral de las masas (André Siegfried, Paul Lazarsfeld), los problemas implicados por las interacciones entre el sistema político y el resto del sistema social global, problema abordado por David Easton quien ha propuesto un modelo de análisis sistémico, articulado a su entorno social. Igualmente, estructuralistas como Levy Strauss, han hecho sus aportes, así como otros antropólogos han examinado formas de relación de dirección social, una especie de proto-política, en las etnias nómadas de Suramérica (Pierre Clastres).

El análisis sistémico de la política, desarrollado por David Easton, parte de un análisis estructural de éste, estableciendo claramente el sistema de roles y status de ese subsistema. Esto, que constituiría la anatomía de la política, debe ser completado por el examen de su funcionamiento y de su relación con el resto de los sistemas sociales, que se propone Easton. Easton parte de una definición de la política (como ya hemos mencionado) como la distribución y asignación de valores. Su modelo se sitúa en el marco de la teoría general de los sistemas y cumple con el objetivo de delimitar las fronteras de lo político para su estudio científico. Una vez hecho esto, Easton observa las transacciones del sistema y su entorno, las cuales pueden ser descritas por un circuito cibernético, lo cual rompe con el análisis estático de las partes y sus relaciones en el todo social político. El entorno del sistema político, comprende uno *intra-societal* y otro *extra-societal*. Así, el sistema político de cada país, tiene transacciones con los sistemas económico, cultural, de personalidad, etc. de su país, además de los que tiene con los sistemas de otros países, a nivel internacional. De esos entornos, los sistemas reciben *alimentaciones (inputs)* de las cuales las más importantes son las exigencias (“*demands*”) que expresan una opinión o petición acerca de la asignación de recursos. Todo sistema político tiene una determinada capacidad para recibir y procesar tales exigencias mediante su *satisfacción* (usando los recursos disponibles, que no son ilimitados), *reduciendo la sobrecarga* por medio de una selección de las exigencias, compensando la sobrecarga con el desarrollo del apoyo, lo cual conlleva una adaptación por medio de una modificación interna de la situación dada. El *apoyo (“support”)* es la otra categoría de input del sistema. Por otra parte, el sistema produce *outputs*, respuestas a los entornos, mediante decisiones, asignaciones de recursos, legislación, moviliza-

ción general, alocuciones de funcionarios, etc., todo lo cual puede provocar en el entorno nuevos inputs o exigencias.

El sistema puede verse sobrecargado de inputs o demandas, lo cual plantea el problema de la regulación del flujo de exigencias presentadas al sistema. Estas regulaciones pueden ser estructurales o culturales. Esto lleva al examen de los grupos de presión, los cuales muestran distintos tipos (exclusivos o parciales, privados o públicos, nacionales o extranjeros, medios de comunicación, etc.). Ahora bien, el sistema posee, para regular las exigencias, los guardianes y las barreras, los cuales regulan el acceso mismo al sistema de parte de los demandantes. Además, existen los medios, desde los políticos profesionales, organizaciones políticas, sindicales o gremiales, etc. Si estos guardianes y barreras no muestran mayor eficacia para evitar la sobrecarga y la consecuente inoperancia del sistema política, actúan los mismos guardianes en el freno a esas exigencias. Por otra parte, se encuentran los frenos planteados por las regulaciones culturales de las exigencias. Las estructurales y las culturales se afectan mutuamente. El debilitamiento de las estructuras de formulación de exigencias se traduce en la degradación de las inhibiciones culturales en la presentación de las exigencias políticas.

Otro aspecto examinado por la sociología política es el de la cultura política. En esta línea de investigación descuellan los estudios de Almond y Verba quienes, en la década de los 60, realizaron estudios empíricos (encuestas) en varios países para examinar la disposición de una cultura política capaz de sostener un sistema democrático representativo, a imagen y semejanza de los regímenes norteamericano e inglés. El modelo de cultura política concebido por Almond y Verba contempla tres aspectos fundamentales: uno cognitivo (conocimientos y saberes sobre el sistema político); dos, valorativo y, tres, emocional. De acuerdo a la tipificación ideal de la *cultura del ciudadano, del súbdito y del parroquiano*, sobre la base de los tres aspectos del modelo general, los autores delimitaron un modelo de *cultura cívica* (la cual combina el conocimiento de derechos y deberes, las funciones y atribuciones de la organización del Estado, la disposición a la participación política y el afecto hacia la libertad, la nación y la ciudadanía) adecuada para sostener una democracia liberal representativa, con los correspondientes conocimientos, valoraciones y actitudes de los individuos. Estos es-

tudios sobre cultura política han recibido muchas críticas, en primer lugar, por estar dirigido a establecer culturas políticas centradas en Estados Unidos y la Gran Bretaña, sin tomar en cuenta las funciones mismas de otras institucionalidades, con diferentes tradiciones culturales y políticas.

6.2 Sociología de la educación

La educación ha sido objeto de estudio de la sociología desde el momento de las formulaciones de sus autores clásicos: Durkheim, Weber y Marx. Luego, sus respectivos discípulos han profundizado y actualizado el cuerpo teórico y empírico de sus maestros, hasta constituir hoy un corpus muy extenso de conocimientos y doctrinas educativas. Aquí sólo referiremos muy someramente los puntos de partida de las tendencias más importantes de la sociología de la educación, partiendo de los fundadores clásicos de la disciplina. Tomaremos para ello la sistematización realizada por el profesor Castillo Romero (2015).

Cuando hablamos de sociología de la educación, necesariamente deberemos referirnos al trabajo pionero de Emile Durkheim, quien constituye o construye a la educación como objeto de estudio de la sociología, tomando en cuenta las reflexiones doctrinarias y sociales de varios antecesores que se remontan hasta la Ilustración del siglo XVIII. Otro mérito de Durkheim es el de haber propuesto a la educación como objeto específico de toda una rama de la sociología, llamándola precisamente “ciencia de la educación”.

La importancia del sistema educativo en toda sociedad, tiene que ver con que es uno de sus órganos por la cual se cumple una de sus funciones principales: el proceso de socialización, que consiste en introducir normas, creencias y sentimientos en todos los individuos. El mecanismo con que cuenta la sociedad para ejercer influencia sobre el individuo es la educación. La educación es, pues, un hecho social susceptible de ser estudiado de forma objetiva o científica. La educación intentará fijar, para su perpetuidad, las similitudes que estructuran la vida social o colectiva. A partir de estas premisas, Durkheim fue el primer pensador que implantó una cátedra universitaria de tal materia, otorgándole a la disciplina un campo de investigación socialmente reconocido, con estatutos teóricos y metodológicos propios.

El funcionalismo Durkhemiano entiende al *ser social* como un sistema de costumbres, sentimientos e ideas que expresan creencias religiosas, morales, tradiciones, profesiones u opiniones colectivas, no individuales, de cualquier clase. Por tanto la función de la educación es de generación, creación, construcción de un nuevo ser social, es decir, un individuo capaz de situarse en los límites de una vida social y moral determinada en tiempo y espacio por el contexto histórico que la determina. Los estudios de Durkheim sobre el hecho educativo se centraron en la escuela, la acción educativa, la relación pedagógica, la función educadora o socializadora del estado, el papel del maestro, la disciplina escolar entre otros; de tal forma que la educación responde a las necesidades sociales y a través de ella se actualiza, se regenera, avanza y se perpetúa.

Por su parte, Max Weber, aun cuando no abrió un espacio específico para el estudio de la educación como Durkheim, la consideró como un campo particular delimitado por la dominación ideológica. Para entender lo anterior debemos observar el hecho de que cada sistema educativo, Estado o sociedad se propone ayudar a crecer a los más jóvenes imponiéndoles un estilo de vida determinado. Tal influencia estructural que la sociedad ejerce sobre el individuo sugiere pensar en una élite o grupo en el poder que impone una dominación política específica, correspondiendo a cada élite un tipo ideal de educación. Existen así tres aspectos centrales para la educación, según la teoría sociológica de Weber, a saber: la relación estructural Iglesia-escuela, los diferentes tipos de educación (según la élite en el poder) y las relaciones entre la escuela y la burocracia. Sin embargo, la idea central de su planteamiento educativo lo encontramos en el concepto de dominación. Todo aspecto dentro de la organización capitalista, decía Weber, fomenta la burocracia. Dicha administración burocrática implica una dominación gracias al saber; éste representa su carácter racional fundamental o específico. Esa relación de saber-poder se encuentra condicionada por el saber de la especialidad, esto quiere decir que la burocracia (o el soberano que de ella se sirve) tiene la tendencia a acrecentar aún más su poder por medio del saber de servicio, también llamado secreto profesional.

Así dentro del desarrollo del modo de producción capitalista la administración burocrática pura es la experiencia más racional a la hora de ejercer una

dominación; y lo es en muchos sentidos: en precisión, continuidad, disciplina, rigor y confianza. El desarrollo de las formas “modernas” de asociaciones, coincide totalmente con el desarrollo e incremento creciente de la administración burocrática. Para Weber, existen tres tipos de dominación legitimada: De carácter *racional*: que descansa en la creencia en la legalidad y de los derechos de mando de los llamados políticos elegidos por sistemas de representación popular. De carácter *tradicional*: que descansa en la creencia cotidiana basada en la santidad de las tradiciones que rigieron desde tiempos lejanos (autoridad tradicional). De carácter *carismático*: que descansa en la entrega, digamos, extracotidiana entendida como heroísmo o ejemplaridad de una persona y las ordenaciones por ella creadas. En el caso de la autoridad tradicional se obedece a la persona del señor llamado por la tradición y vinculado con ella. En el caso de la autoridad carismática se obedece al caudillo carismáticamente calificado por razones de confianza y heroicidad.

Para Weber, entonces, la naturaleza de la sociedad se sitúa en la acción social que siempre tiene un motivo, sentido o motivación, dirigiéndose hacia personas o grupos y cuando existe reciprocidad entre ambas partes, podemos afirmar que existe una relación social. La sociología se ocupa de la comprensión interpretativa de la acción social. De aquí se deriva el hecho de que los sociólogos no pueden estar distanciados de los actores sociales, deben compartir su posición, comprendiendo su significado explícito mediante técnicas interpretativas. Hay que tomar en cuenta que Weber analizó la estratificación social (que determina en grado sumo el tipo de educación o los fines) estableciendo tres dimensiones: clase, status y partido, determinada la primera por lo económico, la segunda por lo social y la tercera por lo político, dando lugar a la afirmación de que las clases sociales en las sociedades capitalistas existen sólo en relación a su posición en la producción, esto es, en el mercado, situaciones de intercambio recíproco que tienden al mutuo beneficio.

La teoría construida por Max Weber ha abierto una gran cantidad de posibilidades al análisis de la sociología de la educación contemporánea, ya que su visión constituye un instrumento o herramienta analítica para relacionar las estructuras con las acciones en el campo de la educación.

Otro aporte fundamental para la sociología de la educación son las ideas de

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

Marx sobre educación, las cuales han servido para comprender varios aspectos de la educación que no se contemplaron en la corriente positivista. Entre sus preocupaciones podemos enumerar al sistema de enseñanza, la gratuidad-obligatoriedad de la enseñanza, la relación entre la escuela, el Estado, el gobierno y la Iglesia, el carácter público-privado de la enseñanza, la función educadora del estado, la decisión del trabajo social y la educación, la cultura los científicos y el papel de los intelectuales en la transformación social.

El trabajo, la transformación de la naturaleza en nuestro beneficio, se convierte así el problema central tanto de sus análisis científicos, como de sus propuestas educativas. El ser humano en dicho contexto se encuentra dotado naturalmente de un *potencial humano* cuyo desarrollo depende de las relaciones que el individuo entable con el resto de los individuos y las instituciones del Estado, por tanto no hay desarrollo fuera de la sociedad y no hay conciencia sin potencial humano. La conciencia es determinante en la concepción del cambio social de Marx, la cual consiste precisamente en la idea de conjuntar pensamiento y acción, en elegir entre actuar y no, en la capacidad de criticar la propia acción, proyectando cambios a futuro. El potencial humano se entiende, pues, tanto por el desarrollo de capacidades como la acción que deviene del allegarse lo que necesitamos. Las capacidades y sus necesidades hablarán así de la forma en que los humanos se apropian de la naturaleza, la cual dependerá siempre del entorno social.

Para la teoría marxista la educación posee una función conservadora del orden social existente, cuya característica esencial (en el modo de producción capitalista) es la explotación de la clase obrera o trabajadora por aquellos propietarios o dueños de los medios de producción (clase burguesa). La clase burguesa siempre buscará la reproducción de su status social y por ende siempre necesitará de una clase social que produzca a bajo costo las mercancías, para luego obtener de su venta una plusvalía o ganancia sin la cual no habría acumulación de capital, de la cual depende la idea capitalista. La preocupación por la educación se centra tanto en la reproducción del sistema, tanto como en la posible liberación de la clase obrera de tal función o mecanismo de sometimiento-explotación (sociedad socialista). De hecho Marx y Engels uno de sus contemporáneos, articulan la lucha de clases y el desarrollo histórico de la educación

con el rotundo rechazo de la idea de ubicar a la educación exclusivamente en el ámbito escolar y entendiéndola como un quehacer histórico del ser humano, estrechamente vinculado con la práctica productiva a nivel social.

La educación en el mundo capitalista se caracteriza por ser clasista, esto es, se convierte en un instrumento ideológico de las clases dominantes para perpetuar las relaciones desiguales y reproducir las condiciones existentes a nivel cultural como ideas, hábitos, costumbres y formas de relacionarse, mismas que dejarán sentado el mantenimiento del poder y el control o dominación social de una clase sobre otra.

Dentro de la tradición marxista, son destacables los aportes de Louis Althusser (1918-1990), Antonio Gramsci y Henri Giroux.

Althusser es considerado uno de los teóricos marxistas que más hizo por la academización del marxismo y por conferirle un status científico, incorporándolo plenamente al trabajo académico en las universidades (de hecho casi no existen planes y programas de estudio contemporáneos que no dediquen gran parte de sus estudios al materialismo histórico). Este pensador que forma parte de la corriente estructuralista francesa, desarrolló básicamente la idea marxista de ideología, misma que, ya vimos, es parte fundamental de la comprensión de los sistemas educativos bajo el orden capitalista. Según el teórico y filósofo la sociedad aparece formada por una jerarquía de estructuras independientes entre sí, aunque sujetas a los valores dominantes. Los medios de comunicación son para Althusser instrumentos destinados a la reproducción de las relaciones sociales. De hecho dichas estructuras se definen como ‘aparatos ideológicos’ del Estado, que aseguran la adhesión inconsciente de los individuos a los valores que definen la estructura social y despliegan los mecanismos de la dominación social. Junto a los medios, esa misión es cubierta por la escuela, la iglesia, el arte, los deportes y la familia.

Los medios articulan el sistema de relaciones y dan significado a la estructura social, argumentando la dominación o el liderazgo cultural a través de su capacidad de seducción y persuasión para la implantación de los valores domi-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

nantes (políticos, económicos, religiosos, educativos...), la creación de una opinión favorable, la inducción de hábitos, etc. De ésta manera forman parte de una estructura de instrumentos redundantes que permite establecer las posiciones dominantes sin recurrir a los aparatos represivos convencionales (ver el papel de los medios de comunicación en la reproducción del sistema).

Hace falta tener en cuenta lo dicho antes, y que ahora reunimos en tres puntos: 1.- Todos los aparatos del Estado funcionan a la vez mediante la represión y la ideología, con la diferencia de que el aparato (represivo) del Estado funciona de modo preponderante mediante la represión mientras que los aparatos ideológicos del Estado funcionan sobre todo mediante la ideología. 2.- Mientras el aparato (represivo) del estado constituye un todo organizado cuyos distintos miembros están centralizados bajo una unidad de mando la de la política de lucha de clases que aplican los representantes políticos de las clases dominantes que detentan el poder, los aparatos ideológicos del Estado, son múltiples, diferentes, relativamente autónomos y susceptibles de ofrecer un campo objetivo a las contradicciones que expresan, de modos limitados o extremos, los efectos de los choques entre la lucha de clases capitalista y la lucha de clases proletaria y sus formas subordinadas y, 3.- Mientras la unidad del aparato (represivo) del Estado asegura mediante su organización centralizada y unificada por los representantes de las clases en el poder, la unidad entre distintos aparatos ideológicos, por la acción de la ideología dominante.

Las ideas de Althusser como las de otros teóricos dan forma a lo que se han llamado teorías de la reproducción en educación, desarrolladas en el marco teórico de la sociología de la educación. Esos cuerpos teóricos entienden que la educación es un medio mediante el cual se reproducen o perpetúan las relaciones sociales desiguales vigentes. A diferencia de las teorías pedagógicas que proyectan intervenciones sobre la educación, las teorías educativas de la reproducción intentan describir y explicar el funcionamiento de la escuela, destacando fundamentalmente su papel reproductor de las relaciones de clase inmersas en el sistema capitalista.

Otro de los continuadores de las ideas marxistas fue Antonio Gramsci (1891-1937) quien llama a la teoría marxista “filosofía de la praxis”, que se refiere a

la interacción de teoría y práctica en el ámbito educativo, tendiente a la creación de un nuevo hombre que sería dirigente e intelectual, intelectual y técnico, mismo que borraría la división social del trabajo impuesta por el capitalismo. Partiendo de la idea de Marx de que el desarrollo de la revolución industrial y el triunfo del liberalismo dieron pauta para la transformación del aparato escolar, Gramsci afirma que el desarrollo de la base industrial, en la ciudad y el campo, trajo consigo un cambio en la orientación de la cultura y de la escuela clásica, así como la aparición de la escuela técnica, del sistema de escuelas particulares, de especialización que implica la separación entre trabajo intelectual y trabajo manual y atrajo también la crisis escolar mismo que representa un aspecto de la *crisis orgánica* del sistema capitalista. Esta misma crisis “abarcará a una solución que racionalmente debería seguir ésta línea: Escuela única (unitaria) inicial de cultura general, humanística, formativa, que *armonice* el desarrollo de las capacidades del trabajo intelectual. De este tipo de escuela única, a través de experiencias repetidas de orientación profesional, se pasará a una de escuelas especializadas o al trabajo productivo”²² El conocimiento podemos entrever, se encuentra determinado así por la visión de la clase que lo produce, lo analiza, sanciona y reproduce. De hecho constata la falta de continuidad educativa en la escuela estatal, debido a su carácter clasista frente a la continuidad existente en la escuela privada católica. La unidad que Gramsci busca en el principio educativo, y que en cierto modo existía en el nivel elemental, es la unidad entre instrucción y trabajo, entre educación e instrucción, entre la capacidad de dirigir y la adquisición de la capacidad para producir. De aquí su polémica contra la escuela idealista y fascista. De aquí también se desprende la visión de la escuela humanista, que tenía en el latín y en el griego su principio educativo único, universalmente válido, pero que a decir de Gramsci se encuentra en crisis y que no se ha logrado del todo sustituir por una verdadera pedagogía democrática, consistente en hacer de cada ciudadano un gobernante, en hacer coincidir gobernantes con gobernados. El estudio, afirmaba nuestro autor, deberá ser desinteresado, es decir, que no tenga objetivos prácticos inmediatos o demasiado inmediatos, debiendo ser de carácter formativo, aunque sea instructivo (rico en nociones concretas). En la escuela actual, debido a la crisis de la tradición cultural se verifica un proceso de progresiva degeneración, es decir, preocupadas por satisfacer solamente intereses prácticos inmediatos, vinculados a las necesidades de corte técnico productivo. De hecho la escuela tradicional bajo

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

la concepción materialista histórica ha sido oligárquica por estar destinada a la nueva generación de los grupos dirigentes. De hecho no es la adquisición de capacidades directivas o a formar nuevos seres humanos lo que da importancia a la forma de enseñar bajo la égida capitalista. Gramsci propone crear un tipo único de escuela preparatoria (elemental-media) que lleve a los jóvenes hasta la puerta de la elección profesional, formándolo entre tanto como persona capaz de pensar, de estudiar su realidad, de dirigir, o de controlar a quien dirige.

Los trabajos de Pierre Bourdieu (1930-2002) giran en torno a la transmisión cultural, como se observa en su libro *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza* (1970) y cuenta con la colaboración de Jean-Clau- de Passerón (1930-) y hace referencia a la transmisión de valores culturales entre las clases sociales y a cómo la burguesía se reproduce dentro de un mismo entorno cultural. Para él la educación es el agente fundamental de reproducción y de la estructura de las relaciones de poder y las relaciones simbólicas entre las clases, pone énfasis en la importancia del capital cultural heredado en la familia como clave del éxito en la escuela. Afirma que las escuelas son parte del universo de las instituciones simbólicas que reproducen las relaciones existentes de poder, a través de la reproducción de la cultura de las clases dominantes en las sociedades contemporáneas. Bourdieu considera que la permanencia de los sistemas socio-económicos de la sociedad capitalista están ligados con la reproducción cultural, la que a su vez contribuye a la reproducción social. La escuela, por lo tanto, tiene la misión de inculcar, transmitir y conservar la cultura dominante, reproducir la estructura social y sus relaciones de poder. Al profesor le corresponde la responsabilidad de formador y autoridad pedagógica. Este ejerce sus funciones mediante sus acciones pedagógicas, pero todas ellas dominadas y sometidas a las clases dominantes, donde se enseña siempre un tipo de arbitrariedad cultural (instrumentos de dominación y de reproducción) de tal forma que la cultura se reproduce y toda acción pedagógica se convierte en un tipo de violencia simbólica. Es debido a esto que al interiorizar estos principios arbitrarios, los hacemos habituales, como si de alguna manera nos pertenecieran (naturaleza cultural), inmortalizando el poder social, adquiridos en la familia, en la clase social y que nos sirven de base para poder actuar dentro de nuestro entorno social (proceso de sociabilización). El grupo de académicos o profesores se convierte así en una variante del *capital cultural* que posee

maneras propias de apropiación a través del llamado currículum escolar. Lo anterior significa que la reproducción cultural define aquello que es importante aprender (capital cultural) y con ello la estructura de relaciones de poder o de clases sociales al interior de la sociedad. La escuela nos enseña a obedecer, a ser leales con el sistema al legitimizar los hábitos, prácticas, valores y un conjunto de normas catalogadas como válidas. Se debe procurar así el capital cultural del estudiante, que es el que tiene que ver con todo aquello que el régimen quiere que se interiorice. Bourdieu y Passerón afirman que los profesores están siempre atentos al lenguaje que utilizan sus alumnos, ya que en el mercado cuando un joven domina tal lenguaje cultural, se establece una relación entre el origen social y el éxito social. En pocas palabras en la medida que poseamos más conocimientos y sepamos cómo utilizarlos, podremos ascender de clase social y tener éxito. El sistema educativo refleja así la estructura de dominación y control social, que utiliza el trabajo pedagógico para imponer a través del accionar docente y directivo, la familia y las instituciones de Estado, las normas, códigos y reglamentaciones que enmarcan las conductas (acción coercitiva del estado) del individuo en sociedad. De lo anterior podemos entrever que todas las culturas cuentan con arbitrariedades impuestas a través del sistema educativo, de corte cultural.

Las sociedades estratificadas o estructuradas en clases sociales, en especial las sociedades latinoamericanas, poseen en su seno una gran diversidad cultural que se caracteriza históricamente por la coexistencia, relaciones y unión entre diversas tradiciones culturales (todas ellas tratarán de influir política e ideológicamente en el aparato o sistema educativo). Cada grupo social, a su vez, promueve la instauración de reglamentaciones que se imponen de forma arbitraria pero inteligible, al menos para los niños que provienen de las clases sociales dirigentes, mismos que aprenderán no sólo a aceptarlas y seguirlas, sino a reproducirlas como parte de su cultura cotidiana, a diferencia de los estratos inferiores que, tomando conciencia de clase, buscarán cuestionarlas y transformarlas en su momento.

Henri Giroux es considerado uno de los pensadores más radicales de la corriente crítica educativa. Siguiendo las ideas de Marx este pensador norteamericano señala incansablemente que las escuelas priorizan su papel reproductor

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

del sistema capitalista por encima del desarrollo de valores que promuevan la libertad y la autonomía de los estudiantes. Este hecho marca el derrotero (tesis central) de todo sistema educativo en el proceso de sociabilización. Asimismo, indica: “La producción capitalista por lo tanto [...] produce no sólo mercancías, no sólo plusvalor, sino que también produce y reproduce la relación capitalista: por un lado el capitalista, por el otro, el trabajador asalariado.

Los educadores llamados “radicales”, entre los que podemos mencionar por su relevancia histórica a Giroux en E.U, Freire en Sudamérica o Amilcar Cabral en África, sostienen que la educación prioriza su papel reproductor de las ideologías dominantes, ello mediante la enseñanza o trasmisión de habilidades y capacidades necesarias bajo la división social del trabajo imperante y determinada para los procesos de producción de mercancías y su distribución. Entonces, la idea central descansa en el hecho de que existe una relación estructural entre el estado capitalista, la escuela y la economía. La escuela cumple su rol de legitimadora de la racionalidad capitalista.

El sociólogo Henry Giroux reconoce la lucha social por los intereses que identifican a los grupos sociales, donde los docentes y los alumnos tienen la posibilidad de resistir las prácticas sociales dominantes. Pero la resistencia no es el fin de la acción, sino un hecho en el cotidiano de las escuelas. La parte pedagógica trata acerca del involucramiento de los docentes en la contestación y la lucha en contra del carácter tradicionalista y reproductivo de las escuelas públicas, donde la ideología dominante se perpetúa y justifica. Desde la perspectiva de Giroux, el fracaso escolar sucede por responsabilidad de la sociedad y de la organización que la respalda. Paralelamente, la escuela es considerada también como el espacio para la transformación y el cambio de las sociedades mediante la resistencia y la lucha de clases.

Se establece así la importancia de que los grupos oprimidos encuentren una posibilidad transformadora, a través de una “teoría de participación o agencia humano” y que bajo una producción cultural, se desenvuelva un medio activo y progresista siendo parte de la inmensa transformación de las sociedades. Las políticas globales educativas influenciadas por la banca y el sistema de producción capitalista, observan a los docentes como objetivos de las reformas

educativas que homogenizan un mundo heterogéneo mediante la reproducción del grupo dominante. El profesor queda reducido al rol del técnico encargado de ejecutar dictámenes y objetivos decididos por expertos ajenos a la realidad cotidiana de la vida en el aula.

De ésta forma las teorías de la resistencia y de la producción cultural elaboran su discurso partiendo del reduccionismo de las teorías de la reproducción que relegan a los seres humanos a un papel pasivo dentro del proceso de socialización. Giroux basa su propuesta en el concepto de *concienciación* de Paulo Freire²⁶ (pensamiento crítico proveniente de la escuela de Francfort: Adorno, Marcuse, Fromm) que critica la visión de Bourdieu que no deja espacio para el cambio social, al no considerar posibilidad alguna de que la conciencia crítica cambie la posición de los actores sociales educativos. Para hacer frente a esa situación, Henry Giroux propone una *pedagogía crítica* donde se reclama del maestro que como profesional con conciencia social debería convertirse a sí mismo en un intelectual transformador, revolucionario, en un agitador social con una concepción dinámica del mundo y con un conocimiento de toda la ciencia, cultura y tecnología moderna en beneficio de la transformación de las sociedades, logrando una visión con rumbo consciente y planificado.

Es así como los teóricos de la resistencia han desarrollado un marco conceptual y un método de indagación que restauran la noción crítica de la intervención. Señalan no sólo el papel que juegan los estudiantes al desafiar los aspectos más opresivos de las escuelas, sino también las formas en que los estudiantes participan activamente a través de un comportamiento de oposición en una lógica que frecuentemente los relega a una posición de subordinación de clase y derrota política.

La posición radical (no en su uso o acepción peyorativa) de la teoría de la resistencia, nos dice que a los estudiantes no se les puede ver como un producto más del modo de producción. Tampoco asisten a clases de forma complaciente a obedecer los esquemas autoritarios de sus profesores. Para ellos las escuelas representan lugares donde de forma colectiva se estructuran las impugnaciones como forma de resistencia a las contradicciones a sus ojos evidentes de la organización capitalista. La noción de currículum oculto adquiere una nueva

fisonomía, ya que en su seno, se adquieren pautas ideológicas que son en principio contrapuestas al orden social impuesto. Conflicto y resistencia tienen lugar protagónico en un contexto de relaciones de poder asimétricas, en donde las clases dominantes siempre resultarán favorecidas por la acción conservadora del Estado; pero el punto esencial es que existen campos de resistencia complejos y creativos a través de los cuales las prácticas mediadas por la clase, la raza y el sexo a menudo niegan, rechazan y descartan los mensajes centrales de las escuelas:

6.3. Sociología del arte, del gusto y de la literatura

En realidad, la conciencia teórica que expresa el lema “la literatura es expresión de la sociedad”, que de alguna u otra manera refleja la orientación más general de toda sociología del gusto, el arte y la literatura, pertenece al siglo XVIII. Lo formuló por primera vez el vizconde de Bonald en alguna reunión del salón de tertulia de Madame de Stael, en vísperas de la revolución francesa. De hecho, es de esa época, la primera vez que se emplea el concepto de “literatura” en el sentido aún contemporáneo, de un corpus de obras de diversos géneros en verso y en prosa, de carácter ficticio y con fines centralmente estético; precisamente en una obra de la ya mencionada Madame de Stael, aristócrata francesa que recibía en su salón a la flor y nata de los intelectuales del Iluminismo y posterior disidente del bonapartismo, precisamente acerca de las relaciones que guardan las obras con las instituciones sociales. La Stael, usando de manera análoga a Montesquieu, respecto de las leyes y las formas de Estado, las influencias o determinaciones de las costumbres, la historia, el idioma, el clima o la geografía, establecía ciertas correlaciones entre esos factores y los géneros literarios.

Se trata de la influencia del primer romanticismo alemán en el resto de Europa. Entre los autores que figuran entre esos antecedentes de la Ilustración a la futura sociología de la literatura, se encuentra el filósofo germano Herder, quien veía en la literatura la expresión del “Espíritu del Pueblo”, a la vez que del “Espíritu del Tiempo”, que constituían como el “a priori” a considerar a la hora de comprender las obras poéticas o narrativas.

Después de la Ilustración y el romanticismo, cabe destacar como antecedente

del estudio social de la literatura, los aportes de los críticos rusos de mediados del siglo XIX Bielinsky, Dobrolyubov, Písarev y Chernichevsky, quienes sostenían que los contenidos literarios responden siempre a la posición histórica de la obra, portadora de ideas sociales y populares. Ellos afirmaron el realismo como la mejor orientación literaria, dado que las obras debían ser portadoras de mensajes dirigidos a mejorar la situación social de su país, pues la literatura debía cumplir así con su “función social”. En ello coincidieron con los llamados “socialistas utópicos”: Saint Simon, Fourier y Proudhon, que desarrollaron una aguda crítica de la sociedad burguesa moderna y propusieron procesos de cambios revolucionarios o evolutivos, así como planes concretos de renovación social. En esto, entraban en contradicción directa con las concepciones “artepuristas”, de “arte por el arte” que en diferentes naciones actualizaron las consignas de Thophile Gautier y otros escritores como Oscar Wilde.

En este contexto, el estudioso que más se aproximó a la orientación general de la nascente sociología a mediados del siglo XIX, fue la obra del francés Hippolyte Taine, quien concibe la obra literaria como la representación del estado espiritual de cada época. Taine propuso un método de análisis e interpretación, tomando en cuenta tres niveles de examen: la obra en su singularidad, en el contexto de la obra completa de un autor en particular y en el marco del conjunto de los escritores y obras de la “misma familia”, agrupados según constantes y semejanzas comparables, que permitiese inducir rasgos generales, que podían cotejarse y confrontarse con el estado general de las costumbres de la sociedad dada, las leyes, la situación política y guerras civiles e internacionales.

Las propuestas positivistas de Emile Durkheim, quien reconocía programáticamente la posibilidad de estudiar la literatura como “hecho social”, sólo explicable por otros hechos sociales, debidamente enmarcados en la historia de las formas sociales, económicas, políticas e ideológicas, tuvieron su eco en la crítica biográfica de Charles Saint Beuve, quien analizaba la realidad vital de los autores, considerando su temperamento, biografía, ideología y situación social. Así mismo, Ferdinand Brunetierre introdujo orientaciones positivistas en su teoría determinista de la evolución de los géneros literarios en la historia, en 1890. Otro de los autores que trabajaron en la misma línea fue Gustave Lanson, quien formuló su propio método para establecer el papel social de las obras li-

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

terarias, en tanto “hechos sociales”, planteando que, no sólo eran expresión de la sociedad, sino un complemento de la vida, influido por factores tales como la correlación de la literatura y la vida, las influencias nacionales y extranjeras, la cristalización de los géneros, la correlación entre formas y fines estéticos, la producción de la “obra cumbre” y la acción del libro sobre el público. Estas propuestas de estudio literario, contrastaba con las tendencias de la época hacia la crítica literaria impresionista, al estilo de Anatole France, Jules Lemaitre y Azorín.

Al lado de los antecedentes de trabajos pioneros desde el positivismo, la tradición marxista aportó importantes conceptualizaciones, expresadas en las obras críticas e históricas de autores como Anatoli Lunacharsky, George Plejanov, el propio Vladimir Lenin, Lev Trotsky, Georgy Lukacs, el estructuralismo genético de Lucien Goldman, las consideraciones estéticas e histórico-filosóficas de los pensadores de la “Escuela de Frankfurt” (Adorno, Marcuse, Benjamin), hasta llegar a los aportes más recientes del marxismo-estructuralismo de Louis Althusser, Alain Badiou y Pierre Macherey, así como la propuesta de una hermenéutica marxista de Fredric Jameson, la discusión teórica de críticos como Terry Eagleton y los enfoques poscoloniales de Said, Spivak y, ya decolonial, Walter D. Mignolo, entre otros autores. A ello se le suma la propuesta translingüística de Bajtin y su elogio del dialogismo y la “crítica del gusto” desde el punto de vista de la sociología de las obras de Pierre Bourdieu.

Ante la imposibilidad de hacer un resumen de todos estos aportes teóricos y analíticos, cuestión que desborda de lejos las posibilidades y límites del presente texto, sólo se referirá algunos ejes de los debates en el seno de la tradición marxista que se articula, en algunas ocasiones, con la estructuralista y la histórica. Como espacio de conocimiento, los enfoques sociológicos de las obras literarias y artísticas en general, se orientan, bien al análisis de las obras, agrupadas según su autor, su género, su perfil estético, temática o de acuerdo a la época. El estructuralismo ha hecho énfasis en el análisis inmanente de los textos, aislándolos mediante la abstracción metodológica, de elementos históricos y sociales, para poder captar su estructura, el uso del lenguaje y los códigos semánticos, bajo el influjo de los estudios propiamente lingüísticos, caracterizados por la marca saussureana. Esta descripción analítica se ve complementada por inves-

tigaciones enfocadas por la génesis de las obras literarias, su circulación y los públicos en los cuales tienen éxito. Así, se busca establecer sus determinantes o condiciones sociales de producción de las obras y su recepción, que tienden a la reproducción ideológica o de valores estéticos.

De esta manera, lo que para la crítica impresionista era lo fundamental es decir, la valoración subjetiva y estética de las obras, se ha visto desplazado por la descripción analítica y la comprensión histórica y social. Al mismo tiempo, se ha sometido a discusión la posibilidad misma de la existencia de una estética en la modernidad. Esto es especialmente notable dentro de la tradición marxista, la cual se vio impactada por el intento de imponer unas coordenadas a los artistas de acuerdo a los decretos del poder soviético, a partir de la primera mitad de la década de los 30, como resultado de una intensa polémica que terminó por marginar los planteamientos futuristas de algunos poetas comunistas (como Vladimir Maiakivsky), que se propusieron vincular el ánimo vanguardista de experimentación formal con las consignas de un presunto “qarte proletario revolucionario”. Con el auge del stalinismo, el aparato del Partido Comunista Soviético decretó el “realismo socialista” como consigna y, en el mismo movimiento, la condena de la vanguardia artística, movimiento internacional artístico de las primeras décadas del siglo XX. Este abuso de poder totalitario causó la crisis de la posibilidad misma de una estética marxista, a pesar de planteamientos alternativos, como el teatro del distanciamiento, dialéctico y político de Bertolt Brecht, por ejemplo. Las directivas dogmáticas del zdanovismo (es decir, la imposición stalinista de esquemas a los artistas) fue en aporte resultado de los debates en torno al realismo, sustentado en algunos fragmentos de Marx y Engels, en los cuales los fundadores del marxismo expresaban su gusto proclive, bien al clasicismo griego, bien al realismo de Balzac.

En realidad, la relevancia del debate en torno al realismo, se debe a los aportes de Giorgy Lukacs, quien resaltó, en su análisis de géneros (los dramas antiguos y modernos y la Novela moderna) y de obras concretas, la necesidad de retomar las leyes propias del género novelístico y del realismo en general en todo el arte. Lukacs, muy influido por la filosofía hegeliana, desarrolla una obra reflexiva y analítica, en una trayectoria intelectual muy rica en la cual es notable su evolución, desde premisas dialécticas idealistas hegelianas, pasando por la

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

fenomenología, hasta, en un nuevo vuelco, elaborar un nuevo enfoque de fundamentación ontológica del marxismo, como punto de vista de la totalidad, posibilitada por la existencia y lucha del proletariado, clase revolucionaria que da nuevo sentido a la historia. En sus libros sobre los dramas antiguos y modernos, y sobre todo, en su libro sobre la Novela, Lukacs asentaba que, luego de que el sentido general de la Historia se había disipado, al pasar, de una civilización “cerrada”, cuyos sentidos generales se establecían por la existencia y acción de los dioses, a una civilización problemática, la moderna, donde se han perdido los sentidos generales de la realidad. Para Lukacs la historicidad de la literatura, a través de sus géneros principales, especialmente el drama, tiene que ver con la manera en que la subjetividad significa las totalidades, y esto se refleja en el momento de la emergencia de la burguesía, frente a una aristocracia antigua, confiada en los dioses. Es en la Civilización problemática de la modernidad burguesa donde surgen las condiciones de posibilidad de la Novela, género que es una variación de la épica, con la diferencia, respecto de la epopeya antigua clásica, de que los héroes ya no tienen un sentido general de sus acciones, sino que realizan una continuada búsqueda de significación de sus circunstancias y esfuerzos.

Ya en su momento marxista, Lukacs advierte que ese sentido general de la totalidad, es recuperado por el proletariado, por ser la clase que, además de posibilitar un punto de vista de la totalidad de la sociedad burguesa y de la historia humana, le aporta una significación a la actuación de los héroes. El énfasis de la narración sobre la descripción es un signo del surgimiento de la Novela; pero ésta a su vez entra en su decadencia cuando la descripción entra a desbalancearla. El realismo del siglo XIX es el momento culminante de la evolución de la Novela como género, afirma Lukacs, apoyándose sobre todo en algunos fragmentos de Marx y Engels, donde se elogia la capacidad del realismo de Balzac para captar la realidad de Francia del siglo XVIII y XIX.

Contra la extrema simplificación y empobrecimiento estético del decreto del “realismo socialista”, emitido por los órganos del partido Comunista Soviético durante el auge del stalinismo, se levantaron voces importantes, desde el campo de los creadores, pero también de los teóricos, filósofos y estudiosos en general del Arte. Así, Theodor Adorno, Walter Benjamín y Herbert Marcuse,

de la escuela de Frankfurt, elaboraron una serie de enunciados críticos que, en conjunto, significaron una nueva apreciación de la vanguardia artística de la primera mitad del siglo XX. El arte, por supuesto, porta un contenido de culpa, por aparecer como un lujo en medio de las penurias y la opresión capitalistas, pero, en virtud de las contradicciones de clase en las que se encuentra sumergida, se salva, dialécticamente, a sí mismo, por las obras literarias y de arte, que, tomadas una a una, son revolucionarias por la posibilidad que brindan de abrir un nuevo espacio aparte de la dominación social. En cada obra, como afirma Adorno, existe una “promesa de felicidad”, pues, lejos de cumplirse los postulados de la estética kantiana que sostiene la capacidad de juicio de gusto en el desinterés, las obras de arte legitiman el interés humano por su liberación. El arte es el conocimiento en negativo de la realidad y así permite evadir la praxis de la dominación. Frente al contenidismo de Lukacs, Adorno insiste en que la forma no debe subordinarse al contenido, pues la absoluta libertad del arte, posible históricamente en la autonomía relativa de su esfera, contradice precisamente el sojuzgamiento a la racionalidad instrumental de la sociedad. Las obras de arte aluden, de maneras indirectas, a la realidad, y por ello el monólogo interior, por ejemplo, denuncia el aislamiento y la soledad del hombre alienado en la sociedad moderna. La realidad es mediada por el arte, y esa mediación, en tanto negación de la dominación, subvierte la mercantilización universal del capitalismo, y define al arte como un conocimiento *sui generis*, pues nada empírico permanece inmutable, sino en unidad dialéctica con la subjetividad. Adorno condena la Industria Cultural, como la tendencia de la dominación instrumental, por convertir en mercancía y producción estandarizada todo el Arte, negándole su autonomía, Marcuse coincide en esto con Marcuse, pero establece matices respecto a la valorización democratizadora que hace Benjamin de las posibilidades de los nuevos medios de “reproducción mecánica”, logradas en artes nuevos como el cine.

La reflexión filosófica marxista aborda entonces el tópico de la relación del arte con el conocimiento, representado por la ciencia, la ideología y la filosofía. En este punto, las posiciones se abren en el abanico de las posturas polémicas. Louis Althusser, aunque considera que en el arte hay conocimiento, su efecto específico no es ese, y por eso se coloca, por igual, distante tanto de la ideología, representación imaginaria de las relaciones sociales en vistas a su reproducción,

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

y la ciencia, cuyo efecto específico sí es el conocimiento. En cambio, Pierre Macherey (igual a Antonio Gramsci, pero desde posiciones muy diferentes, siendo él “historicista”, según juicio de Althusser) elabora con un instrumental teórico estructuralista, unos enunciados explicativos que sitúan al arte como otra producción, en el mismo “medio” de la ideología. Por su parte, Alain Badiou, en su época “althusseriana”, rechazaba terminantemente la inclusión del arte en la categoría de ideología. La misma posición, pero desde diferentes premisas, la asume cuando desarrolla su propia filosofía, en la cual desarrolla una labor específica ontológica usando las categorías de la matemática axiomática, declarando que el arte es una de las zonas donde la filosofía se hace co-posible. Las otras zonas son la ciencia, el amor y la política.

La interpretación histórica ha sido una constante en las obras de reflexión crítica de la literatura en su relación con la sociedad. Desde Antonio Gramsci y sus contribuciones al análisis histórico de la cultura italiana y europea en general, así como de la formación de los intelectuales tradicionales y los “orgánicos”, hasta Arnold Hausser y su esfuerzo titánico, basado en el materialismo histórico, de realizar una historia social de las artes y la literatura, en la cual se consideran las condiciones sociales de la producción artística, la situación de los creadores, la circulación y acumulación de las obras, hasta su recepción y la formación de los públicos. y el inconsciente político. También nos encontramos con la propuesta de Fredric Jameson de una hermenéutica marxista, inspirada en la tradición hermenéutica que se remonta a los Padres de la Iglesia, que dé cuenta de un “inconsciente político” de las obras literarias, contenido que es el máximo que pueden rendir las obras y comprensible a partir del análisis de las contradicciones textuales que se hallan en correspondencia con los conflictos a diferentes niveles de análisis de las estructuras sociales: las coyunturas políticas, las clases en su lucha ideológica y las transformaciones a más largo plazo de la articulación de los modos de producción en las formaciones sociales determinadas. Es a partir de esta interpretación, que Jameson emprende la crítica del postmodernismo como lógica cultural del capitalismo tardío, basada en la superficialidad, la ahistoricidad y la sociedad del espectáculo que es la culminación de la mercantilización del arte, la cual ha de ser respondida por una “revolución cultural” que retome la historicidad y la voluntad transformadora histórica.

Las teorías literarias, en expansión entre las décadas de los sesenta y los noventa, han sido ellas mismas objeto de crítica histórica y social. Así, Terry Eagleton, entre otros, han criticado el supuesto ideológico de todas las teorías críticas, desde el formalismo ruso, el estructuralismo, la teoría de la recepción y, finalmente, la posmodernidad, por hacer énfasis unilateral en la inmanencia de los textos, su abstracción de las luchas sociales y políticas, para resguardar una lectura puramente, liberal, hedonista e individual, propia de una pequeña burguesía que se refugia en su individualidad en medio del crecimiento de los grandes monopolios, propios del capitalismo tardío. Por su parte, Williams y Stuart Hall examinan las condiciones y propiedades de la “cultura popular” y la literatura de masas, así como las narrativas de los medios de comunicación masiva, para abordar la problemática básica de lo que después se proyectaría mundialmente como la inter y transdisciplinariedad de los “Estudios Culturales”. Estos aportes son paralelos a la aparición de la escuela del poscolonialismo (Said, Spivak, etc.) quienes abordan los textos literarios como elementos de fragmentación cultural y la construcción de una cultura que reproduce las condiciones emocionales y significativas de la colonialidad, incluso en aquellas naciones que han logrado su condición de coloniaje político. En el mismo camino, Walter Mignolo realiza un programa de investigación para desenterrar una tradición cultural en América Latina que nos permita “decolonializar” el Ser latinoamericano, revisando las centralidades y las periferias del sistema mundo.

El dialogismo del crítico ruso Bajtin, cuya culminación se produjo a partir del estudio de la obra de Dostoyevski, constituye un aporte muy significativo en la construcción de un paradigma para el análisis dialéctico de las obras literarias. Además de la contextualización de los textos en sus respectivos momentos históricos de producción, Bajtin los relaciona con determinadas fiestas (los carnavales), durante las cuales se instauran regímenes de comunicación que abren la evidencia de las desigualdades y las luchas sociales. Todo enunciado, para Bajtin, sólo es comprensible en el marco del tejido de intervenciones y respuestas a otros enunciados, en una cadena infinita del diálogo social, donde los enunciados de la vida diaria, de la cotidianidad de la cultura popular, es contestada por las obras cultas, los libros, los cuales son, a su vez, respondidas a nivel popular con los enunciados diarios. Este universal dialogismo social se expresa en algunas obras, como las de Dostoyevski, que logran superar el monólogo

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

de las obras de las clases dominantes al enfrentamiento, polémica, respuestas mutuas, comunicación, complementación y síntesis, que se logran en este juego amplificado del diálogo social.

La sociología de la literatura encuentra en autores como Lucien Goldman y Pierre Bourdieu, unos modelos, inspirados en el estructuralismo genético, donde hallan su explicación dialéctica la producción de las obras, como la explicación social del propio gusto que permite su valoración. Goldman utiliza explícitamente el instrumental categorial del pensamiento dialéctico, inspirado en Hegel y Lukacs, que confronta el conocimiento parcial e las realidades con las exigencias de la totalidad, el Ser con el “Deber Ser”, como un par dialéctico instalado en las realidades estudiadas. En este sentido, las obras de arte son, para Goldman, manifestaciones de las estructuras mentales de los sujetos sociales. En una obra literaria se da una coherencia interna de un sistema conceptual. Lo cual las convierte en totalidades cuyas partes pueden comprenderse una a partir de la otra y, sobre todo, a partir de la estructura de conjunto. Esa estructura del conjunto de la obra ha de confrontarse con las estructuras culturales del entorno social, en particular, de un grupo, una fracción o una totalidad de clase. De esta manera, Goldman logra vincular la estructura ideológica de las clases y grupos que introdujeron el jansenismo con las estructuras del drama del escritor francés Rancine, así como explica la novela de Malraux mostrando cómo a una sociedad individualista, cada vez más amenazada por la cosificación, el predominio del valor de cambio y la mercantilización, corresponde la estructura de una novela donde el héroe problemático está en constante enfrentamiento con su realidad en su búsqueda de valores auténticos.

Por su parte, Pierre Bourdieu emplea su modelización del campo social del arte, espacio y tiempo en los cuales se establecen relaciones conflictivas o colaborativas entre diferentes figuras sociales, que pugnan por un “capital” de prestigio o simbólico, y cada uno adquiere un determinado “habitus” o competencias adquiridas que se ponen “en juego”, para cuestionar la explicación kantiana del gusto. En realidad, este es resultado de los desenlaces de pugnas por capital simbólicos entre los grupos sociales. Esto se hace evidente cuando Bourdieu analiza la situación de la bohemia francesa de la segunda mitad del siglo XIX, enfrentada a la “vulgaridad” de la sociedad burguesa, frente a la cual

los artistas y poetas levantan sus valores de arte no mercantilizado, resultando en una jerarquización de los gustos y las propias artes, en la cual quedan en sus polos, por un lado, el vulgar y mercantilizado teatro, enfrentado contra la poesía elitista y especial. De modo, que las obras de arte y de la literatura se ubican en este juego por el capital simbólico planteado en un campo social específico.

Por supuesto que muchos de los teóricos y autores que han escrito y estudiado asuntos fundamentales de la sociología de la literatura, han quedado fuera de nuestra consideración, en parte por su cantidad y extensión y complejidad de sus obras, así como sus excursiones por territorios teóricos que van mucho más allá de la sociología, para adentrarse a terrenos interdisciplinarios, como la semiótica o la misma estética de la recepción. Pero, a estas alturas, cabe preguntarse ¿dónde, en realidad, se ubica en la estructura académica la sociología de la literatura y el arte? ¿En las escuelas de arte y letras o en los departamentos de sociología? En realidad, las teorías literarias, donde pugnan las propuestas propiamente sociológicas, con las semióticas y las psicoanalíticas, así como las más próximas a las antropologías como las críticas poscoloniales y decoloniales, han tenido cabida académica, principalmente en las escuelas de Letras o similares. Pero, aún así, la cultura y el arte es un tema que apasiona a muchos sociólogos y la copiosa producción teórica así lo atestigua.

Valga esta apretadísima reseña de esta modalidad de sociología, el colofón de una rápida exploración a través de una disciplina que no cesa de crecer en sus muchas variantes que, por supuesto, no fueron abarcadas en su totalidad aquí, donde a lo más nos hemos propuesto abrir el camino para la búsqueda y la profundización.

BIBLIOGRAFÍA

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI



www.mawil.us

- Adorno, Theodore, Horkheimer, Max (1944) *Dialéctica del Iluminismo* (edición en línea) recuperado en <http://www.quedelibros.com/libro/dialectica-del-iluminismo.html>.
- Althusser, Louis (1971) *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Bogotá. La Oveja Negra.
- Bachelard, Gastón (1972) *La formación del espíritu científico*. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo. Siglo XXI editores. México.
- Benjamin, Walter (1996) *La dialéctica en suspenso. Fragmentos sobre la historia*. Santiago de Chile. Universidad de las Artes y Ciencias Sociales. Arcis-LOM.
- Bourdieu, Pierre, Passeron, Jean Claude (1971) *La reproducción*. Madrid. Taunus.
- (1991) *La distinción*. Madrid. Taunus.
- (2009) *La pasión sociológica*. Caracas. El perro y la rana editores.
- Cot, Jean Pierre, Mounier, Jean Pierre (1985) *Sociología política*. Barcelona. Editorial Blume.
- Cassirer, Ernst (1955) *Los conceptos de la ciencia*. Madrid. Breviarios Fondo de Cultura Económica.
- Castillo Romero, Jorge (2012) *Sociología de la Educación*. México. Red Tercer Milenio.
- Castro-Gómez Santiago Y Grosfoguel , Ramón/ compiladores (2007) *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.
- Durkheim, Emile (1976) *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires. La Pléyade editores.
- Dos Santos, Theotonio (2003) *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. Buenos Aires. Plaza y Janés.
- Elster, Jon (1996) *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Barcelona. Gedisa Editorial.
- Foucault, Michel (2001) *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI editores. Barcelona. España.
- Fromm, Eric (1978) *El miedo de la libertad*. Barcelona. Paidós.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI

- (1981) *La patología de la normalidad*. Barcelona. Paidós.
- Gadamer, Hans (2005) *Verdad y método* (2 tomos) Ediciones Sígueme. Salamanca. España.
- García Canclini, Néstor (2001) *Culturas híbridas*. México. Mondadori editores. Colección de bolsillo.
- Gouldner, Alvin (2000) *La crisis de la sociología occidental*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Guidens, Anthoy (2000) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas*. Buenos Aires. Amorrortu editores.
- Habermas, Jurgen (1998) *Teoría de la acción Comunicativa*. 2 volúmenes. Madrid. Cátedra Editores.
- (2000) *Crisis de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid. Cátedra editores.
- Korsch, Karl (1978) *Marx y la filosofía*. México. Gedisa.
- Kuhn, Thomas (1983) *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Luhman, Niklas (1998) *El sistema social*. Barcelona. Paidós.
- (1997) *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona. Paidós.
- Inca Garcilaso de la Vega (2009) *Comentarios reales de los Incas*. Lima. Editorial Piki.
- Lyotard, Jean Francois (2005) *La postmodernidad (contada a los niños)*. Gedisa editorial. Barcelona.
- Losee, John (1989) *Filosofía de la ciencia e investigación histórica*. Alianza Universidad. Madrid. España.
- Marcuse, Herbert (1978) *Razón y revolución*. Barcelona. Barral.
- (1977) *El hombre unidimensional*. Barcelona. Barral.
- (1975) *El marxismo soviético*. Barcelona. Barral.
- Mardones, J.M. (1994) *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. Barcelona. Anthropos editorial del Hombre.
- Martín Barbero, Jesús (2000) *Medios y mediaciones*. Bogotá. Incom-UAB.
- Marx, Karl (2004) *Introducción a la crítica de la economía política*. México. Siglo XXI editores.
- Marx, Karl, Engels, Friedrich (1970) *Obras escogidas*. Moscú. Editorial Pro-

greso.

- (2007) *La ideología alemana*. Caracas. Fondo editorial el Perro y la Rana.
- Mires, Fernando (2000) *El discurso de la miseria o miseria de la sociología*. Caracas. Ediciones de la Nueva Sociedad.
- Parsons, Talcott (1968) *La Estructura de la acción social*. Madrid. Editorial Guadarrama.
- Pellegrini, Ornella (2004) *El oscuro objeto de la sociología*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela.
- Pirela, Arnoldo (1990) *La escuela latinoamericana del pensamiento económico social*. Caracas. CENDES UCV. Vadell hermanos. Colección Jorge Ahumada.
- Puerta, Jesús (2015) *Interpretar el horizonte. El sentido ético y político de la militancia*. Caracas. CELARG.
- Sánchez Trigueiros, Antonio et al (1996) *Sociología de la literatura*. Madrid. Editorial Síntesis.
- Richard, Nelly (editora) (2010) *En torno a los estudios culturales. Localidades, trayectorias y disputas*. Santiago de Chile. Editorial ARCIS. CLACSO.
- Wallerstein, Immanuel (2005) *Las incertidumbres del saber*. Gedisa editorial. México.
- Weber, Max (1964) *Economía y sociedad*. 2 volúmenes. México. Fondo de Cultura Económica.
- (1973) *Ensayos sobre metodología sociológica*. Madrid. Editorial Roca.

LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI



Publicado en Ecuador
Junio del 2019

Edición realizada desde el mes de noviembre del año 2018 hasta
enero del año 2019, en los talleres Editoriales de MAWIL
publicaciones impresas y digitales de la ciudad de Quito

Quito – Ecuador

Tiraje 50, Ejemplares, A5, 4 colores



LA SOCIOLOGÍA Y SU DESARROLLO EN LA UNIVERSIDAD EN EL SIGLO XXI



ISBN: 978-9942-787-62-0

